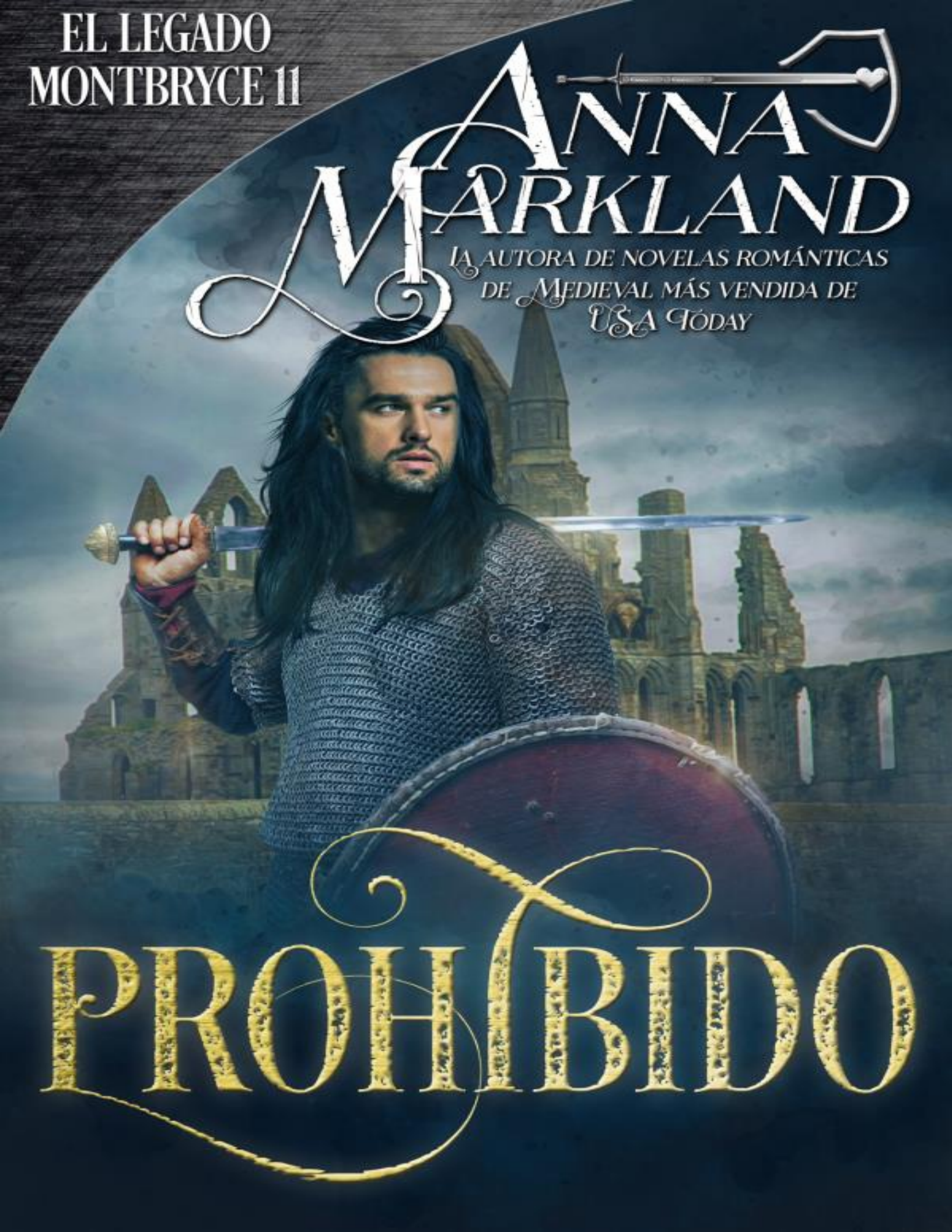


EL LEGADO
MONTBRYCE II

ANNA MARKLAND

LA AUTORA DE NOVELAS ROMÁNTICAS
DE MEDIEVAL MÁS VENDIDA DE
USA TODAY



PROHIBIDO

PROHIBIDO

El Legado Montbryce

Libro 11

ANNA MARKLAND

CONTENIDO

[Página del título](#)

[Epígrafe](#)

[Copyright](#)

[Dedicatoria](#)

[Más sobre Anna Markland](#)

[La Novicia](#)

[Años Solitarios](#)

[Decisión](#)

[La Estratagema Del Cisne](#)

[Una Última Cabalgata](#)

[El Rey Ha Muerto](#)

[Felicidad Denegada](#)

[Llamado A Las Armas](#)

[Pequeño Pájaro](#)

[No Hay Nada Que Hacer](#)

[Viajando](#)

[Piedras Verticales](#)

[Enrique Fitzempress](#)

[Señales y Alarmas](#)

[Al Fin En Casa](#)

[Él Tiene Miedo](#)

[Conspiración](#)

[Shelfhoc](#)

[Juglares](#)

[Una Sombra Oscura](#)

[El Túnel](#)

[Necio](#)

[Un Trabajo Formidable](#)

[Esencia Masculina](#)

[Yo Deseo](#)

[En Caso De Accidentes](#)

[El Deber Llama](#)

[Cambio De Estación](#)

[La Odisea Comienza](#)

[Mitad De Camino](#)

[El Camino A Roma](#)

[Está En Latin](#)

[Deo Gratias](#)

[Cegada Por La Luz](#)

[Epílogo](#)

[Sobre Anna](#)

EPÍGRAFE

Por

ANNA MARKLAND

Copyright © 2014, 2019 by Anna Markland

PORTADA POR DAR ALBERT

A handwritten signature in blue ink, reading "Anna Markland". The signature is written in a cursive style with a large, sweeping flourish at the bottom.

COPYRIGHT

Prohibido por Anna Markland

Libro 11, El Legado Montbryce Edición Aniversario

© 2014, 2019 Anna Markland

www.annamarkland.com

Todos los derechos reservados. Este libro está licenciado únicamente para su disfrute personal. No puede ser revendido ni entregado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor adquiera una copia adicional para cada destinatario. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor. Este libro o sus partes no pueden ser reproducidos de ninguna forma, almacenados en ningún sistema de recuperación ni transmitidos de ninguna manera, ya sea electrónica, mecánica, fotocopia, grabación u otra, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto según lo dispuesto por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos de América.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, negocios, empresas, eventos o lugares es pura coincidencia.

DEDICATORIA

“Hay un encanto en lo prohibido que lo hace indescritiblemente deseable.”

~Mark Twain

Dedicado a mi Grace Anne con amor.

MÁS SOBRE ANNA MARKLAND

Anna es una autora bestseller de USA Today que ha escrito más de sesenta novelas históricas premiadas y muy queridas, en los géneros Medieval, Vikingo, Highlander, Isabelino y Regencia. No importa el escenario histórico o geográfico, muchas de sus series narran las aventuras de generaciones sucesivas de una familia, con énfasis en la importancia de la ascendencia y el honor. Una lista detallada con enlaces se puede encontrar en <https://www.annamarkland.com/>

Es una autora independiente, por lo que difundir su libro es vital para su éxito. Si disfrutas de este libro, por favor considera escribir una reseña. Las reseñas ayudan a otros lectores a encontrar libros.

LA NOVICIA

Castillo de Ellesmere, Salop, Inglaterra, Julio 1153 AD

—Esta discusión es una pérdida de tiempo —declaró Suannoch—. El príncipe Enrique Plantagenet será nuestro próximo rey.

Rodrick de Montbryce se tensó, al igual que la mayoría de los hombres reunidos en la galería del Castillo de Ellesmere. Incluso Bronson FitzRam, cuya hermana había hecho esta sorprendente declaración, parecía indignado.

La irritación de Rodrick creció cuando Grace sonrió ampliamente, visiblemente divertida por la incomodidad de los hombres. Se sintió impulsado a reprender a su hermana gemela.

—Suannoch es una simple niña de dieciocho años, una visitante, además, que no está cualificada ni tiene derecho a hablar de esa manera. No la anime.

—Imagina —respondió su hermana con alegría, mirando hacia las vigas del techo—. El alboroto que ha causado ha hecho que los estandartes ondeen un poco.

Suannoch FitzRam estaba envuelta de pies a cabeza en las ropas blancas de una novicia, su rostro apretado en una bola roja por la ajustada cofia. Su apariencia solo servía para aumentar la indignación de Rodrick.

—Y atreverse a calentar su trasero junto a la chimenea como si fuera un hombre...

—Silencio —amonestó Grace—. Si el puchero que te está enviando es alguna indicación, hablaste demasiado alto, querido hermano.

Su pariente del norte de Inglaterra lo había sacado de quicio, pero era bueno volver a pelear con Grace. La había extrañado desde su matrimonio. Lamentaba que fuera la viudez lo que la había traído de vuelta, pero parecía haber tomado la pérdida de su esposo con calma. No había sido un matrimonio por amor, Victor de Cullène era más una figura paterna que un esposo. Le entristecía que ahora se considerara demasiado mayor para volver a casarse. Habría sido una madre maravillosa.

Bronson fulminó con la mirada a su hermana.

—Perdón, tío Gallien —le dijo al padre de Rodrick—. Suannoch tiene la costumbre de no cuidar su lengua. Se parece a nuestra tía Ragna.

La novicia frunció los labios y devolvió la mirada a su hermano.

Curiosamente, los ojos de Bronson se dirigieron hacia Grace y su rostro se enrojeció.

Rodrick sonrió con malicia.

—Me irrita que estos primos del norte hayan sido invitados a unirse a esta reunión familiar en la víspera de una de las reuniones más importantes que se haya celebrado jamás en el Castillo de Ellesmere. No tienen cabida en una asamblea de barones y lores de todo el país que vienen aquí a discutir la guerra civil que está destrozando Inglaterra.

Grace se encogió de hombros.

—Los FitzRam son primos, pero al menos con dos generaciones de diferencia, y medio primos en realidad. Supongo que Bronson se dirige a papá como tío debido a la diferencia de edades.

Rodrick estuvo de acuerdo.

—Si recuerdo bien, nuestro primo pelirrojo tiene solo tres años más que nosotros. Es una coincidencia que comparta tu color de cabello.

Se preguntó si estaba siendo demasiado apresurado.

—Los FitzRam son ricos terratenientes del norte de Inglaterra y Bronson quizás pueda ofrecer valiosos puntos de vista sobre la situación en las regiones del norte.

Grace observó a Bronson.

—Él dice que la razón de su presencia es doble. Ha viajado hasta las fronteras galesas para tomar posesión de Shelfhoc Hall, que le ha legado su difunto tío Edwin, y para entregar a su hermana al convento de Whitchurch.

Su padre sonrió indulgentemente a Suannoch con lo que Rodrick reconoció como una de sus sonrisas de conde.

—En absoluto —respondió Gallien de Montbryce a la disculpa de Bronson—. Espero que esté entre los hombres que asistirán a las reuniones mañana.

Para la diversión de Rodrick, la niña se tensó ante la implicación de que no sería bienvenida en la asamblea de mañana. ¿Se imaginaba que su opinión sería consultada? Mientras la conversación cambiaba a Shelfhoc Hall, él la estudió. La vida en un convento probablemente no había sido su elección. Era el destino de muchas mujeres jóvenes cuyos futuros esposos acababan muertos.

¿Lamentaba Suannoch la muerte de su prometido, asesinado en un enfrentamiento con los soldados del rey Esteban? El velo y la cofia no ayudaban a realzar sus rasgos, pero tenía una piel bonita —fresca, saludable—. Sus largos dedos eran elegantes. La voluminosa túnica ocultaba el resto de su cuerpo, haciendo imposible saber si tenía pechos decentes.

Su erección se agitó inoportunamente cuando notó que ella lo miraba fijamente. Se enderezó en la silla, frotándose su jubón en busca de pelusas inexistentes.

Concéntrate en la conversación y en la reunión que se avecina.

—Fui nombrada en honor a Lady Ascha Woolgar —anunció de repente Suannoch.

De nuevo, todas las miradas se dirigieron hacia ella.

No se sorprendió cuando su madre puso la mano sobre la de la niña.

—Tiene razón, querida. Su segundo nombre cristiano es el de su bisabuela.

Los ojos de Suannoch se abrieron, su brillo ámbar lo sorprendió. Notó por primera vez el contraste entre sus cejas oscuras y el blanco de su velo. Quizá su cabello era negro. Ella le sonrió, transformando su rostro acalorado en algo hermoso, renovando el interés en sus partes bajas.

—Sí, ella fue la dama de Shelfhoc —exclamó entusiasta.

Rodrick vaciló entre mofarse en voz alta o revivir su indignación. Levantó las manos.

—¿No sabe que fue Ascha Woolgar quien dio a luz al hijo ilegítimo de nuestro bisabuelo?

Grace lo fulminó con la mirada.

—Baja la voz. Caedmon y su familia fueron bien recibidos como Montbryces y él aceptó el patronímico normando FitzRam.

Rodrick arrugó la nariz y se rascó la nuca. Nunca era grosero con los invitados, por muy molestos que fueran, pero esta chica era una irritante espina en el costado.

Gallien de Montbryce le dedicó una sonrisa indulgente a la novicia.

—Es importante estar orgulloso de los ancestros. Mi medio tío Caedmon ayudó a rescatar a Oncle Robert hace muchos años y salvó la vida de mi padre en Italia. Sin su valentía, no estaría aquí hoy.

Rodrick sintió una punzada de remordimiento. Quizás debería ser más tolerante con estos FitzRam. Después de todo, él, Grace, Bronson y Suannoch compartían un bisabuelo, un héroe de la batalla de Hastings, Ram de Montbryce.

Suannoch deseaba que el primo Rodrick dejara de mirarla. ¿Nunca había visto a una monja antes? ¿Y cuál era la razón de su mueca y los comentarios groseros que había hecho hacia su hermana? Había conocido a Grace más temprano en el día, cuando las mujeres de la casa las habían recibido con genuina calidez, y le agradó de inmediato. Se sintió aliviada cuando Grace se acercó para sentarse junto a ella. Se inclinó hacia su oído. —Puedo entender por qué los hombres mayores podrían objetar que exprese mis opiniones, pero sus hermanos son jóvenes. William y Stephen parecían interesados y ligeramente divertidos por mis comentarios, pero Rodrick simplemente me fulminó con la mirada.

Grace puso una mano sobre la suya y sonrió.

—Tal vez ser el heredero de un condado signifique que un hombre debe adoptar una actitud seria.

Grace había hablado lo suficientemente alto para que su gemelo la escuchara. Suannoch decidió aumentar su evidente incomodidad.

—Podría considerarse guapo si sonriera. Es ciertamente alto y parece fuerte.

—¿De verdad lo cree? —preguntó Grace, mirando a su hermano. —Nunca lo noté.

Ambas se rieron en voz alta, pero el cuerpo de Suannoch se calentó. Lamentó haberse sentado demasiado cerca de la chimenea. Su rostro ardía. Las malditas túnicas eran pesadas para el verano, ¿y por qué era necesario un fuego de todos modos? Su alegría desapareció. ¿Cómo soportaría el áspero tejido contra su piel por el resto de su vida?

Le molestaba que su futuro padre por matrimonio pensara que tenía derecho a exigir que fuera encerrada en un convento porque su hijo había sido asesinado.

Pobre Hiram—más poeta que guerrero.

Sentía dolor al pensar en el terror que debió haber sufrido durante el breve enfrentamiento que le costó la vida. No estaba enamorada de él, pero merecía un destino mejor que el que le impuso su padre.

El pomposo y autoritario hombre también había sellado su destino. Sus padres se habían opuesto, su madre desconsolada, pero Cuthbertson tenía la atención del rey David de Escocia. Sir Aidan FitzRam tendría grandes dificultades para mantener el control de Kirkthwaite Hall sin la benevolencia del rey. Ciertamente no podía esperar apoyo del monarca inglés. Esteban resultó ser un rey débil, incapaz de reunir suficiente apoyo entre los barones de Inglaterra para contrarrestar eficazmente la invasión de su prima Maud catorce años antes.

Ahora, Inglaterra soportaba dos gobiernos: el de Esteban en Westminster y el de Maud, con sede en Devizes, al oeste. Ambos emitían su propia moneda y edictos en abundancia—ninguno de los cuales era obedecido por los miles de mercenarios flamencos que, aprovechando la anarquía, violaban y saqueaban el campo inglés, encontrando refugio en fortificaciones construidas apresuradamente. La ley se había disuelto.

La voz de Grace la sacó de su preocupación.

—¿Cree que Maud debería haber sido coronada reina, como deseaba el rey Enrique? Suannoch resopló.

—Sí, pero las opiniones de las mujeres no valían nada en ese entonces. Los barones ingleses se indignaron ante la idea de que una mujer fuera reina en su propio derecho.

Grace suspiró, echando una mirada lateral a su madre.

—¿Sabe que mi padre fue uno de los líderes del movimiento para apoyar el reclamo de Esteban al trono?

—Sí, y estoy segura de que se arrepiente. Los hombres poderosos como el tío Gallien no han podido evitar que Inglaterra se hunda en un pantano de desesperación, una tierra rota.

La condesa Peridot se inclinó más cerca.

—Mi marido me dijo que si no fuera por la tradicional cesación de hostilidades durante la Cuaresma y el Adviento, todo el país podría haber quedado en llamas. Miles ya han muerto de hambre, sus cosechas quemadas, aldeas destruidas.

Suannoch se preguntó qué pensaría el conde de su precioso Esteban después de casi dos décadas de lucha civil. ¿Cambiaría de lealtad en la asamblea de mañana? Sólo quedaba esperar. Dudó en preguntarle a Grace, que probablemente no estuviera al tanto de las opiniones de su padre. De hecho, se sorprendería si la condesa asistiera a la reunión. Al menos Bronson estaría allí. La mente aguda de su querido hermano podría provocar algún cambio, y su participación le daría un día o dos de respiro del convento. Estaba agradecida de que él hubiera insistido para que la Madre Superiora le permitiera visitar a sus parientes cercanos. Al menos en Shelfhoc no estaría tan lejos. ¿Se le permitiría visitarla?

Estos pensamientos hervían en su cerebro mientras observaba a los hombres hablar interminablemente y a las mujeres asentir educadamente.

—¿Soy la única que ve la injusticia y la necesidad?

Grace negó con la cabeza.

—No, no lo es —respondió en voz baja.

Era algo de consuelo.

—¿No pueden prever que el hijo de Maud, Enrique, está destinado a ser rey?

—Paciencia —dijo Grace, tomando su mano—. Lo sabremos mañana. Yo me voy a la cama. Camine conmigo.

Los hombres exhalaban un molesto suspiro de alivio cuando se fueron. Fuera de la sala, Grace le dio un beso en la mejilla y le deseó buenas noches.

Se desvistió y se acurrucó en su cama, contenta de estar libre del hábito. Seguro que Cristo y sus santos despertarían de su sueño y se darían cuenta de que el hijo de Esteban, el brutal y asesino Eustace, no era digno de llevar la corona que su padre parecía determinado a legarle.

Sonrió al recordar la incomodidad de su primo gruñón, de repente invadida por un impulso inexplicable de estirarse como un gato perezoso. Podría ser un hombre típico, pero era atractivo.

¿Qué importaba? Su vida había terminado. No servía de nada excitarse por alguien como Rodrick de Montbryce.

Rodrick durmió inquieto, con su mente llena de preguntas sobre la reunión que se celebraría al día siguiente. Se tomarían decisiones que afectarían el futuro de Inglaterra. Sentía que su padre estaba listo para abandonar su apoyo a Esteban. El estómago de Rodrick se revolvía cada vez que pensaba en la posibilidad de que el sanguinario príncipe Eustace ascendiera al trono. Esteban era, en el fondo, un hombre amable, su esposa una mujer capaz. Cómo pudieron haber producido un hijo cruel era algo incomprensible para todos.

Retirar el apoyo al rey era traición, sin importar lo justificado que pudiera parecer. Cualquier barón que declarara su apoyo a Enrique Plantagenet sería considerado un traidor.

Sería necesario valor, pero Gallien de Montbryce era el tipo de hombre valiente que Inglaterra necesitaba, y Rodrick juró apoyar a su padre sin importar su decisión.

La otra pregunta que lo atormentó toda la noche fue qué había debajo del hábito de

Suannoch. Una vocecita insistía en que podría gustarle lo que viera si encontraba alguna manera de verla desnuda.

AÑOS SOLITARIOS

Mientras Lucia ayudaba a Grace a quitarse el vestido, Grace de Cullène meditaba felizmente que hacía mucho tiempo que no había disfrutado de una velada tanto como esa.

—Es un alivio estar de vuelta en Ellesmere —le confesó a la sirvienta que había sido el único rayo de luz en tiempos oscuros.

—Fue un año difícil de luto —respondió Lucia, deshaciendo el recogido del cabello de su señora—, para todos nosotros. Qué lugar tan sombrío era Cullène Hall. Me alegra estar también en casa.

Nacida en Ellesmere, Lucia había echado tanto de menos a su familia como Grace había echado de menos a la suya.

—Estuve feliz de ceder la propiedad a mi hijastro —dijo Grace con un escalofrío—. Godefroy probablemente habría tramado matarme si no hubiera satisfecho su deseo de obtenerla.

Lucia pasó el peine de hueso por su cabello.

—Temo que tenga razón, milady. Él es un aliado del cruel príncipe Eustaquio.

—Que se quede con Cullène, y me alegra de estar libre de él y de la casa. Papá consiguió recuperar las tierras de mi dote, así que no podrá poner sus manos codiciosas sobre ellas. No lo culpo por desear la propiedad. Se le había prometido hasta que llegué yo. ¿Recuerdas cómo estaba de entusiasta cuando llegué, lista para dar nueva vida a la mansión con tapices, alfombras y banderas restauradas?

Lucia soltó una risa.

—Toda la casa necesitaba una buena limpieza.

—Pero Victor no quería nada de eso, contento de revolcarse en la misma mugre polvorienta que, al parecer, había disfrutado durante años.

La culpa pesaba en su corazón. En ocasiones había deseado la muerte de su marido durante los tres años de su matrimonio. Hasta el día de hoy no entendía por qué había aceptado casarse con él. Supuso que lo había considerado encantador, sabio, un hombre mayor que la protegería. Sus razones para casarse con ella eran un misterio. Ciertamente, no fue por los placeres del lecho conyugal. Prestaba más atención a su mayordomo que a ella.

Incluso Lucia desconocía las amargas lágrimas que había derramado en su noche de bodas, dejada sola en la gran cama. No fue porque hubiera deseado su atención; de hecho, la temía. Había llorado por su aislamiento y por el terror de los largos y solitarios años por venir.

El siempre hostil Godefroy probablemente pensaba erróneamente que ella quedaría embarazada y sería desheredado.

Solo ella sabía que seguía siendo una virgen, aunque Lucia posiblemente lo sospechaba. Tenía la intención de llevar ese conocimiento y su virginidad a la tumba, llena de una extraña culpa y alivio por no haber logrado atraer a su marido. Nunca más se pondría bajo el yugo de un hombre. Los hombres le resultaban repulsivos, aunque esa noche Bronson FitzRam había llamado su atención. ¡Ese cabello! Más rojo que el suyo. Cerró los ojos, evocando una imagen de él con trenzas de guerra enmarcando su rostro fuerte.

—¿Notaste a mi pariente de Northumbria? —le preguntó a su sirvienta, extrañada de que la habitación se hubiera vuelto repentinamente más cálida.

—¿La monja? —respondió Lucia, con los ojos llenos de travesura.

—¡No! —exclamó, dándole un golpecito en el trasero a Lucia—. Sabes a quién me refiero.
—Está usted sonrojada, milady —bromeó la sirvienta.
Grace se levantó de repente.
—Ve a traer mi camisón, niña traviesa. Es una fantasía pasajera. Me parece recordar que él está casado.

Lucia le puso el camisón sobre la cabeza.
—No tiene esposa ahora.
Por alguna razón, de repente se sintió mareada.
—Acomoda las sábanas y luego vete. Estuve feliz esta noche, y quiero saborear mi libertad.

Después de que Lucia se fue, Grace se sentó en la silla junto al fuego durante un rato, moviendo los dedos de los pies desnudos. Sí, era bueno estar en casa, y después de cumplir con sus responsabilidades con los invitados de su padre al día siguiente, comenzaría a disfrutar de su libertad. Se metió en la cama pensando que era una pena que Bronson FitzRam estuviera ocupado en la asamblea. Habrían podido ir a montar juntos. Sería un buen compañero—y seguro. Después de todo, era su primo.

Bronson se revolvía en la cama, el sueño eludiéndolo después de un día inquietante. Había tomado un disgusto inmediato por la Madre Superiora en el convento de Whitchurch, lo que solo agravaba la bilis en su estómago al pensar en su hermana encerrada en aquel lugar frío.

La mujer quería dar la ropa de Swan a los pobres. La idea de que las hermosas prendas que su madre había hecho se destruyeran para ser usadas como harapos por algún campesino empobrecido era demasiado. Había insistido en llevarse las prendas, sospechando que el verdadero plan era venderlas a alguna noble local.

También había rechazado la idea de que Swan lo acompañara a Ellesmere, hasta que le recordó quiénes eran sus poderosos parientes.

En uno o dos días, no tendría otra opción que devolver a su animada hermana a las manos de la vieja. Entendía el conflicto de Swan, pero ¿tenía que comportarse de manera tan desmesurada, alardeando de sus opiniones, como si importaran? Tenía razón, claro, y solo repetía discusiones que habían tenido con su padre muchas veces, pero su actitud había molestado ciertamente a Rodrick de Montbryce.

Conocer a la hermana de Rodrick fue un shock. Él ya había enterrado sus deseos masculinos con dos esposas que no sobrevivieron al parto de sus hijos muertos al nacer. Estaba decidido a no volver a soportar tal dolor, pero el cabello de Grace, tan rojo como el suyo, había captado la atención de su miembro. Extraño que ella hubiera heredado el color de cabello de su madre, pero se pareciera exactamente a su gemelo de cabello oscuro. Era una mezcla poderosa.

Pero ella era una viuda, y su prima. No viviría demasiado lejos en Shelfhoc. Era poco probable que volviera a casarse. Podrían ser una buena compañía, eran el uno para el otro.

Como hacía todas las noches después de apagar la última vela en su habitación, Gallien de Montbryce se metió en la cama, rodeó con su cuerpo el de su esposa, acurrucando sus lomos contra su cálido trasero y poniendo una mano amorosa sobre su brazo cicatrizado. Pero había aceptado hacía mucho sus promesas de que la desfiguración no disminuía su amor por ella. De hecho, la consideraba una insignia de honor. Ella había soportado una horrible quemadura muchos años atrás mientras luchaba por liberar a su esposo de un maníaco homicida. Decía que ya no le importaban las cicatrices, pero él sabía que esperaba su reconfortante gesto cada noche.

Como esperaba, ella puso su mano sobre la suya.
—¿Qué opinas de nuestros primos del norte? —preguntó.
Le besó la nuca.
—Bronson es un hombre inteligente. Directo.
—También guapo —respondió ella.
—No se supone que notes esas cosas —regañó.
—Lo menciono solo porque Grace ciertamente lo notó.
Movi6 la mano para acariciar su pecho.
—Creo que el matrimonio con Victor ha hecho que nuestra hija odie a los hombres para toda su vida. Lamento profundamente haber dado mi consentimiento.
Ella despert6 el inter6s de su miembro cuando movi6 sus caderas.
—Grace anhela amor —insisti6—, y, si no me equivoco, habia un destello de aprecio en los ojos de Bronson cuando la mir6.
Arque6 la espalda cuando 6l pellizc6 un pez6n.
—No te ilusiones con un romance apasionado entre ellos —advirti6—. No todos son tan afortunados como nosotros lo hemos sido.
Ella se ri6.
—Parece que recuerdo que no te gustaba cuando nos conocimos.
—Fui un tonto —admiti6—. Y no te olvides de que habia jurado no volver a casarme despu6s de la traici6n de mi primera esposa.
Ella se dio la vuelta para enfrentarlo.
—¿Entonces hay esperanza para Grace?
6l la bes6 en la frente antes de acurrucar su nariz en su cuello c6lido.
—Despu6s, me dir6s que Rodrick y Suannoch est6n enamorados.
Ella traz6 un dedo a lo largo de su labio inferior.
—Eso puede tomar un poco m6s de tiempo.
6l habr6a seguido con la discusi6n si sus impulsos masculinos no hubieran cambiado ya sus pensamientos a otra noche de 6xtasis con su amada esposa.

DECISIÓN

Rodrick entró en el abarrotado Gran Salón una hora antes del mediodía, preocupado por el resultado de la asamblea. Como heredero del condado, tendría que vivir con las consecuencias de la decisión de su padre, pero nunca lo cuestionaría.

Sentía una gran empatía por el dilema al que se enfrentaba Gallien de Montbryce. Era una situación comprendida por todos los hombres presentes. Habían declarado su apoyo a Esteban en el año del Señor mil ciento treinta y cinco, creyendo que sería un rey tan fuerte como Enrique Beauclerc. Los Montbryce incluso habían nombrado a un hijo en honor a su rey. El tiempo había demostrado que estaban equivocados. En los últimos años, Rodrick había sido consciente de la creciente frustración y desilusión de su padre con Esteban.

Mientras se servía el almuerzo, su mirada recorría a los poderosos barones reunidos en su hogar, que se habían visto impotentes para remediar la grave situación en la que se encontraba Inglaterra. El bullicio provocado por sus discusiones a veces acaloradas era ensordecedor.

Cuando terminó el almuerzo, las mujeres se retiraron. Los sirvientes comenzaron a retirar las mesas de caballete. De repente, se le ocurrió que las mujeres inteligentes de su familia tenían mucho que aportar a la conferencia. Sin embargo, estaba seguro de que su madre habría expresado sus opiniones a su esposo, y Grace nunca dudaba en informar a su padre sobre sus pensamientos. Aurore era la llamada de la familia.

Suannoch FitzRam les dedicó una brillante sonrisa a William y Stephen mientras se retiraba, pero ni siquiera miró hacia Rodrick. Extrañamente decepcionado, se enfureció aún más cuando varios de los barones que estaban eructando se dieron codazos entre sí, alzando las cejas mientras sus ojos seguían a la novicia que se marchaba. La idea de que alguno de ellos pusiera una mano sobre ella...

Una vez más, una visión danzó ante sus ojos: Suannoch, desnuda excepto por el maldito velo. ¿Cómo descubrir el color de su cabello? Su nombre sonaba a cisne. ¿Tendría un cuello largo y elegante como el del ave real? Si es así, qué coincidencia que vistiera de blanco.

Un silencio cayó sobre la asamblea. Trajo sus pensamientos de vuelta a la reunión. Su padre se había levantado de la silla del señor en el estrado.

La presencia de tantos hombres ansiosos e impacientes, todos elegantemente vestidos y recién alimentados y refrescados, había hecho que el salón fuera intolerablemente caluroso y maloliente. Se pellizcó el puente de la nariz en un intento por aliviar el dolor en sus sienes.

Su padre se aclaró la garganta.

—Compañeros nobles, mis hijos y yo les damos la bienvenida a Ellesmere. El viaje ha sido peligroso para muchos de ustedes.

—¡Sí! —se levantó Robert, Conde de Leicester—. Aquí tienen suerte de estar algo apartados de las Midlands, donde un hombre no puede caminar a plena luz del día sin ser atacado por bandidos flamencos. Los campesinos están muriendo de hambre, los siervos son obligados a tomar las armas por los terratenientes que buscan proteger sus propiedades, lo que lleva a una escasez de trabajadores para atender la tierra.

Gallien levantó la mano.

—Aunque me alegra verlos aquí, Robert, primero quiero hacer mis comentarios antes de abrir la palabra a otros.

Robert resopló, pero retomó su asiento.

—Todos enfrentamos un dilema de enormes proporciones —comenzó el padre de Rodrick—. Nuestras grandes familias poseen tierras en Inglaterra y Normandía, tierras ancestrales, tierras manchadas con la sangre de muchos de nuestros antepasados.

Por mucho que intentara, Rodrick no podía pensar en un solo Montbryce que hubiera muerto defendiendo alguno de los castillos y mansiones que controlaban en Inglaterra o Normandía. Su primo Alexandre había logrado repeler los ataques de Geoffrey Plantagenet al Castillo de Montbryce, gracias en gran parte a un nuevo muro de defensa construido para proteger los preciosos huertos que los angevinos habían incendiado. Pero las palabras eran ciertas para muchos que habían perdido hijos en la lucha por Normandía.

—Cuando nuestro buen rey Enrique murió, creímos que Esteban era el hombre destinado a ser rey de los ingleses y duque de Normandía. Era nieto del Conquistador, rico, carismático y capaz. Había crecido en la corte de Enrique, había sido uno de los favoritos del rey. Lo apoyamos, aunque Enrique había obligado a nuestros antepasados a jurar por Maud.

—Sí, pero una vez Esteban tuvo el trono, alejó a sus seguidores —gritó alguien.

Murmullos de acuerdo se extendieron por el salón. La traición es traición, después de todo.

Gallien no continuó hasta que se restauró el silencio. El orgullo se alzó en el corazón de Rodrick. Su noble padre tenía razón al sentirse resentido por la aparente incapacidad de Esteban para ver que una y otra vez había despreciado a algunos de sus más fieles seguidores. Sin embargo, ahora se erguía, digno y aparentemente sin perturbación por la revolución diplomática que estaba teniendo lugar en su presencia.

—Todos ustedes me reconocen como un ferviente partidario de Esteban. Cuando el medio hermano de Maud, Robert de Gloucester, abandonó a nuestro rey y se declaró por Maud, me sentí indignado.

Rodrick, que tenía nueve años en ese momento, recordaba bien la ira de su padre.

—Un año después, Ranulf de Chester traicionó a Esteban y capturó Lincoln. Admirábamos la determinación de nuestro rey de recuperar la fortaleza. ¿Recuerdan nuestra angustia cuando Robert de Gloucester se unió al conflicto y derrotó a nuestro monarca, tomándolo prisionero?

Los murmullos de acuerdo apenas rompían el silencio opresivo. Rodrick había llorado en su almohada al pensar en su rey encadenado.

—La imperiosa Maud luego declaró que ella era la Señora de los Ingleses—lo que fuera que eso significara—y trató de coronarse en Westminster.

Una risa saludó este recuerdo. Todos sabían que la naturaleza abrasiva de Maud pronto había alejado a la gente de Londres, que la echó fuera de la ciudad.

—La persiguieron hasta Oxford, donde se refugió, pero allí se convirtió en prisionera, atrapada por las fuerzas de Esteban.

—Puede que haya estado atrapada —gritó un barón—, pero su medio hermano lanzó un ataque a Winchester.

—Y miren lo que le costó esa decisión —replicó Gallien—. Captura por el ejército de Esteban.

Rodrick había pensado durante mucho tiempo que si la capaz esposa de Esteban, Matilda, no hubiera tomado el control del ejército de su esposo, él podría haber permanecido más tiempo en prisión en lugar de recuperar su libertad en un intercambio de prisioneros. La vida de Gloucester por la de Esteban.

A medida que aumentaba el volumen de voces, Rodrick temía que su padre hubiera perdido el control de la reunión, pero un simple gesto restauró el silencio atento.

—Entonces Maud nos mostró una valentía que no pensábamos que poseía. Escapó de Oxford, sola y a pie, envuelta en una tela blanca que ocultaba su paso a través de campos de nieve.

—Ocho millas hasta Abingdon caminó —observó alguien—. En diciembre.

Gallien continuó

—Y durante diez años, hemos sufrido dos gobiernos, ambos igualmente incapaces de hacer cumplir la ley, y David tiene el control en Northumbria. —Hizo un gesto—. Invito a mi primo de Northumbria a compartir sus experiencias.

Bronson se aclaró la garganta al levantarse.

—Sin un rey inglés que lo detuviera, David ha reclamado Cumbria y Westmoreland, pero el rey escocés cree en el orden. Por lo que usted dice, sospecho que la vida allí es más segura que aquí.

Rodrick no estaba seguro de si su padre apreciaba las observaciones de Bronson. Sugerir que un monarca escocés bárbaro podría ser un gobernante superior a Esteban habría sido, en otro tiempo, casi una herejía en la casa de los Montbryce.

Gallien retomó el control de nuevo.

—Además de nuestros problemas en Inglaterra, tenemos la situación en Normandía.

El corazón de Rodrick se apretó por su padre. Esta sería la parte difícil.

—No tengo cariño en mi corazón por el difunto esposo de Maud, Geoffrey de Anjou, y la mayoría de ustedes saben por qué.

Los bancos de madera chirriaron contra la piedra mientras los hombres cambiaban de posición. Algunos tosieron.

—Sin embargo, no me detendré en esa historia ahora.

Un suspiro colectivo de alivio recorrió el salón.

—Para mi eterno arrepentimiento, persuadí a mi primo en Normandía, Alexandre, Conde de Montbryce, para que cambiara su lealtad de Maud a Esteban hace años.

Probablemente la mayoría de los presentes en la reunión sabía la otra razón por la cual Alexandre había cambiado de bando: para salvar la vida de la viuda escocesa con la que se casó y sus hijos.

—Después de años de valiente oposición a sus ejércitos, nuestra tierra cayó bajo el control del fanfarrón pelirrojo de Anjou. Todos saben que mi amada esposa provenía de esa tierra maldita. Por lo tanto, no creo en la leyenda de que todos los angevinos descienden de la hija de Satanás, pero debo preguntarme acerca de Geoffrey.

—Su amada esposa tendría algo que decir si usted perpetuara el mito de que esa sangre demoníaca todavía corre por las venas de sus descendientes —gritó alguien. Este comentario fue seguido de una risa estruendosa.

Gallien se rio, asintiendo, y estaba a punto de continuar cuando una voz declaró:

—Pero no tenemos que retroceder mucho en el tiempo para ver la corrupción en la línea de sangre de Geoffrey.

—Sí —dijo otro—. Su bisabuelo hizo quemar a su propia esposa en la hoguera, con su vestido de boda, bajo la sospecha de adulterio con un pastor.

Una nube oscura se posó sobre los rasgos de Gallien de Montbryce. Esto estaba demasiado cerca de lo que le había sucedido a él con las manos de su primera esposa. Rodrick contuvo el aliento. ¿Acaso los hombres no pensaban antes de soltar sus palabras? Observó a su padre luchar por recuperar su compostura, aliviado cuando volvió a hablar con voz tranquila.

—Sí. La reputación de Fulk el Negro como un violador y saqueador pervertido llegó hasta

la Tierra Santa. Pero basta de hablar de Anjou. Hemos tenido que vivir con la realidad de que hace tres años Geoffrey proclamó a su hijo Duque de Normandía, un título al que Esteban aún se aferra, aunque no ha visitado esa tierra en muchos años. Estamos en la posición insostenible de rendir homenaje a dos señores por la misma tierra.

Si a alguien se le había ocurrido cuestionar la referencia de Gallien a Normandía como su tierra natal, no había señales de ello. Pero todos sabían que él era la segunda generación de los Montbryce anglo-normandos nacidos y criados en Inglaterra.

—Alexandre, cabeza titular de nuestra familia, tuvo que reconocer el gobierno de un hombre que despreciaba, hasta que el Buen Señor, en Su infinita sabiduría, tomó al angevino para su descanso eterno hace dieciocho meses.

Robert de Leicester se levantó de nuevo, con evidente impaciencia en sus rasgos fruncidos.

—Somos bien conscientes de esta historia, milord Conde. Muchos de nosotros estamos en la misma situación. Luchamos contra Geoffrey durante años mientras él intentaba tomar Normandía, pedazo a pedazo, pero fue victorioso. Normandía se ha perdido para los Plantagenet. La decisión que enfrentamos ahora es cómo resolver el fracaso de Esteban o Maud para gobernar con éxito aquí. Cuando las fuerzas desmoralizadas de Esteban se negaron a luchar por él en Malmesbury en enero, se hizo evidente que no inspira la confianza de los barones. Maud ha más o menos tirado la toalla y ha vuelto a Rouen, dejando a su hijo luchar contra Esteban. El Cielo no lo quiera, que Eustace ocupe el lugar de su padre. Entonces estaremos en peores apuros. Estoy a favor del advenedizo, el príncipe Enrique.

La boca de Rodrick se abrió. ¿Cómo había sabido Suannoch qué dirección tomarían las discusiones?

Hubo un gran alboroto. Gallien pidió varias veces orden, que finalmente fue restaurado.

—Miremos a este príncipe que sería rey —dijo con calma—. ¿Es un príncipe, o simplemente el hijo de un conde terrateniente de Anjou?

—Es el hijo de una emperatriz, nieto y homónimo del rey Enrique —gritó un barón.

Gallien levantó un dedo.

—Entonces, un verdadero príncipe. ¿Ha demostrado su destreza en el campo de batalla?

Esto fue recibido con carcajadas. Rodrick sintió que le incumbía contribuir a la discusión.

—Era un simple muchacho cuando llegó por primera vez a Inglaterra, sin embargo, lideró un ataque contra Esteban.

Su padre sonrió.

—Sí, y fue un fracaso total porque Enrique no tenía dinero para pagar a sus mercenarios. Esteban los sobornó y mandó al muchacho de vuelta a Anjou.

Rodrick saltó en defensa del príncipe Enrique.

—Pero el punto es que estaba dispuesto a luchar. Y el rey David lo hizo caballero.

—David es su tío abuelo.

—Pero luego, el mismo año, liberó la ciudad de Devizes después de que Eustace hiciera un sitio.

—Un valiente soldado entonces —confirmó Gallien, levantando dos dedos.

Hubo un acuerdo general.

Rodrick respiró profundamente. Su padre quizás no apreciara lo que él se sentía obligado a decir.

—Pero también debemos considerar el poder que el príncipe Enrique posee ahora. Desde su matrimonio con Leonor de Aquitania, controla vastos territorios que se extienden hasta España y abarcan más tierras que las del rey de Francia, aunque Enrique es su vasallo.

Normandía, Anjou, Maine, Blois, Touraine y Aquitania están todas bajo su dominio.

Gallien entrecerró los ojos hacia su hijo.

—Parece que lo considera un candidato adecuado para ser rey.

¿Estaba su padre poniéndolo a prueba?

Rodrick apretó los puños.

—Sí, lo considero. He temido durante mucho tiempo lo que podría suceder si Eustace hereda la corona.

Gallien sonrió mientras ponía su mano en el hombro de Rodrick.

—Bien, estoy de acuerdo.

Robert de Leicester levantó el puño al aire.

—Yo también.

Se desató el pandemonio. Varios barones salieron furiosos. Otros se agruparon alrededor de Gallien y Robert mientras se entrelazaban los brazos para sellar su nueva alianza.

LA ESTRATEGEMA DEL CISNE

Las noticias sobre el resultado de la asamblea se propagaron rápidamente a lo largo de los pasillos y corredores del castillo de Ellesmere. Llegaron hasta la capilla, donde Suannoch yacía de rodillas en oración silenciosa, su única esperanza restante era que el Cielo interviniera de alguna manera y la librara de una vida de disciplina religiosa.

La obediencia siempre le había costado. Tal vez la estaban castigando por su terquedad. Pero nunca volver a montar a caballo, nunca volver a sentir el viento en su rostro mientras ella y sus hermanos galopaban por los páramos de Northumbria; nunca volver a ver a su amada familia, saborear el calor del beso de su madre en su mejilla; nunca conocer el amor de un hombre, la realización de tener hijos. Era insoportable.

Por enésima vez, contempló escapar, pero ¿a dónde huiría? Cuthbertson probablemente castigaría a sus padres si ella se fugaba.

Los susurros emocionados entre el pequeño grupo de sirvientes arrodillados la sacaron de su desesperanza. Ellesmere y Leicester habían decidido apoyar a Enrique. Sonrió, llena de la idea de buscar a Rodrick de Montbryce y sacarle la lengua.

Quizá la cena de la noche en el Gran Salón no sería el tedioso evento que había temido. El conde había invitado amablemente a ella y a Bronson a sentarse en la mesa principal, un honor teniendo en cuenta los ilustres invitados que estarían presentes. Con algo de suerte, podría sentarse junto a Rodrick. Entonces habría oportunidad de irritarlo aún más con sus opiniones sobre el estado deplorable de Inglaterra. A Bronson no le haría gracia, pero le quedaba poco tiempo para expresar su opinión.

Rodrick sería un adversario digno, que probablemente la desafiaría solo porque era mujer. Pero al menos sería una conversación, una oportunidad de ser ella misma por quizás la última vez.

El aire viciado en la capilla se volvía asfixiante con toda la emoción. Hizo el signo del Salvador sobre su cuerpo, se levantó de sus rodillas y se apresuró hacia su habitación. Bronson se había opuesto cuando las monjas propusieron dar su ropa a los pobres. Era difícil imaginar a un campesino luciendo sus finos lanos y sedas.

Todo estaba en su baúl, en la habitación contigua a la suya. Dudaba que lo hubiera cerrado con llave. ¿Por qué no entrar al salón con su propia ropa? Todavía no era monja. La geografía, por sí sola, había hecho que ella y Bronson se detuvieran primero en el convento.

Apenas habían intercambiado una palabra en las dos horas que les había llevado montar desde Whitchurch hasta Ellesmere. Él solo había gruñido cuando ella le agradeció por insistir en que se le permitiera visitar a sus familiares antes de entrar como novicia. No dolía que los familiares fueran un conde poderoso y su familia.

Era la primera vez que visitaba Ellesmere, el castillo construido por su bisabuelo. Era impresionante, mucho más grande y majestuoso que Kirkthwaite Hall, aunque su hogar era la casa solariega más grande de la vecindad del pueblo de Bolton. A finales del siglo pasado, el mismo bisabuelo se encargó de la reconstrucción después de su destrucción por los escoceses saqueadores.

Apresurándose por el pasillo, esquivando a los sirvientes que encendían antorchas, reflexionaba sobre los extraños giros del destino que la habían traído hasta este lugar. Deseaba

haber conocido al gran Ram de Montbryce. ¿Se parecía Rodrick a él? Según su padre, todos los hijos de Ram se parecían a él, incluido su abuelo Caedmon.

Pero el actual conde tenía el cabello gris plateado, quizás a causa de su edad. Aparte de la diferencia en el color de su cabello, Rodrick sí se parecía a su padre.

Le habían dicho tantas veces que se parecía a su tía Ragna, a quien había visto más de una vez durante las visitas que le hacían a Dinamarca, donde vivía con su esposo y su familia. Suannoch no lograba ver el parecido físico, salvo por su cabello rubio, pero reconocía los mismos rasgos obstinados que había heredado de su tía, por los cuales solía ser reprendida. Ragna le había confesado con gusto que su familia la había apodado la Princesa Vikinga Salvaje por su ascendencia danesa por parte materna.

¿Qué pensaría Rodrick de su cabello rubio danés cuando ella se presentara sin la maldita cofia y el velo? Un burbujeo de emoción subió por su garganta, quitándole el aliento. Claramente había apresurado demasiado por el pasillo con el pesado hábito.

Sacudió la molesta preocupación sobre Rodrick de Montbryce mientras golpeaba suavemente la puerta de Bronson.

Desde el final del pasillo, Grace vio a Suannoch golpear la puerta de Bronson y luego entrar. Le pareció extraño, porque estaba segura de que él no estaba en su cámara. Se acercó de puntillas y puso el oído sobre la madera, luego la abrió con cautela. Maldijo al mayordomo por no haber aceitado en las bisagras. Arrodillada junto al baúl de su hermano, su prima levantó la vista de forma repentina, con los brazos llenos de ropa —ropa femenina. Por un momento, Grace se preguntó si había algo acerca de Bronson que no había sospechado, pero sus miedos se disiparon rápidamente cuando Suannoch se levantó rápidamente.

—Por favor, no alarme a nadie. No estoy robando nada. Esta es mi ropa. Pensaba usarla una última vez.

Un brillo de algo en los ojos de su prima —desesperación, picardía, rebeldía— tocó el corazón de Grace. ¿Por qué no? Aquí había un pequeño toque de aventura para ambas. Cogió un par de zapatos del baúl y ayudó a su prima con la camisa interior.

—Vas a necesitar ayuda. Ven a mi cámara.

Corrió hasta la puerta, la abrió con cuidado y señaló a Suannoch. Riendo, corrieron hasta la cámara de Grace, los brazos llenos de ropa. Tan pronto como empujó a su prima dentro, Bronson apareció, bajando por el pasillo. Su garganta se contrajo mientras sus pulmones dejaron de funcionar. Trató de controlarlo, pero una risa fuerte se le escapó al encontrarse cara a cara con Bronson. Sostuvo la ropa interior y los zapatos contra su pecho, sudando de emoción.

—Cosas de mujeres —gorgoteó—. Solo cosas de mujeres.

Él la miró como si hubiera perdido el juicio mientras ella retrocedía tambaleante hacia su cámara y cerraba la puerta de golpe.

Poniéndose a pensar sobre el extraño comportamiento de su prima, Bronson entró en su cámara. Las mujeres definitivamente eran extrañas. Un hombre nunca sabía lo que harían a continuación. Se despojó de la camisa que había llevado todo el día y decidió descansar unos minutos antes de vestirse para la comida de la noche.

Estaba a punto de quedarse dormido cuando un perfume que había notado en otro lugar invadió sus fosas nasales. Era el olor de una mujer.

¿Grace?

Se sentó al borde de la cama, inhalando profundamente. Quizás se había equivocado. La

hija del conde no se aventuraría a entrar en su habitación. ¿Lo haría? ¿Con qué propósito?

Atribuyendo sus sospechas al cansancio, se recostó nuevamente, posponiendo el vestirse hasta que su repentina excitación hubiera disminuido.

Atónito

Un puñado de barones disidentes dejó el castillo inmediatamente después de la decisión, pero un número mayor se reunió para apoyar a Ellesmere y Leicester. Para cuando todos se reunieron para la comida de la noche, los dos condes ya habían logrado calmar los temores de aquellos que aún no se habían decidido. Rodrick se sorprendió de la habilidad de su padre para apaciguar a los exaltados. Estaba seguro de que podría seguir los pasos de su padre en ese aspecto.

No solo había heredado los rasgos físicos de su padre, aunque gracias a los santos, su cabello no se había vuelto blanco como el de Gallien de Montbryce. Pero claro, Rodrick nunca había sufrido la desventura extrema que le había sucedido a su padre en su juventud. Si algún día se casaba y descubriese en su noche de bodas que ya lo habían engañado, probablemente su cabello también se volvería blanco. Afortunadamente, la mujer había muerto y Gallien de Montbryce había sido prometido a Peridotte de Pontrouge.

Rodrick se consideraba extrovertido, afable, un buen conversador. En general, a la gente le gustaba y lo respetaban. Frunció el ceño, recordando de repente la escena en la galería cuando su primo de Northumbria había alterado su ánimo. No había manejado bien la situación. Había permitido que una muchacha lo incomodara, una joven que tal vez tuviese el cuerpo de un muchacho bajo ese material blanco tan voluminoso—aunque de alguna manera dudaba de ello.

Al ver a dos jóvenes nobles de su conocimiento buscando asientos vacíos, se apresuró a saludarlos, con la intención de hablar con el mayordomo Bonhomme una vez que se hubieran instalado. Los sirvientes necesitaban dejar morir los fuegos. El calor sofocante lo hacía sudar.

Notó que su hermano William y Bronson FitzRam estaban conversando confiados con Robert de Leicester. Era generoso por parte de su padre haber recibido a los primos del norte para sentarse en la mesa principal. Esperaba que Suannoch no se sentara junto a él. ¿Dónde estaría, por cierto? Evidentemente, Bronson no la había acompañado.

Normalmente no habría peligro de que le tocara sentarse junto a ella, pero los arreglos habían cambiado para permitir que Robert de Leicester se sentara en la mesa principal. Rodrick había cedido su lugar al lado de su padre.

Preferiría estar emparejado con Bronson. Al menos entonces podría disfrutar de una conversación inteligente.

Su madre entró acompañada de Grace y su hermana menor, Aurore. Se acercó a unirse al pequeño grupo de William, observando con orgullo desde el rabillo del ojo cómo las tres mujeres hermosas eran recibidas por los barones visitantes.

Leicester le dio una palmada en la espalda.

—Hablaste bien hoy, joven Rodrick. Serás un buen conde cuando llegue el momento. William se rió.

—Sí, pero esperemos que ese momento no llegue demasiado pronto.

Rodrick fingió golpear el vientre de su hermano.

—¡Exacto!

Bronson le ofreció la mano a Rodrick.

—Estoy de acuerdo. Te costó mucho declarar tus opiniones cuando no lo...

Retiró rápidamente la mano, aparentemente ahogando sus palabras. Su rostro se ruborizó considerablemente mientras miraba en dirección a las puertas de entrada. Rodrick frunció el ceño, preocupado de que su primo estuviera a punto de tener un ataque apopléjico. Se giró para ver qué lo había dejado en silencio.

Una joven había entrado en el salón. No era de extrañar que su primo estuviera atónito.

Era, con mucho, la rubia más cautivadora que había visto jamás. Su cabello rubio estaba cubierto por un velo de modestia, pero su transparencia dejaba ver cabellera lujosa que caía sobre sus hombros.

Sujetaba las faldas copiosas de su vestido rojo oscuro con largos dedos delicados, Rodrick lamió sus labios mientras su mirada hambrienta recorría el corsé que ceñía perfectos senos para continuar luego hasta su increíble cuello largo y elegante. Era un cisne majestuoso, sonriendo regálmemente a los pocos nobles que se arremolinaban a su alrededor como cortesanos cortejando a una reina. Su sonrisa envió sangre a su entrepierna.

De repente, Bronson se lanzó en su dirección. Rodrick estaba decidido a no dejar que su primo se adueñara de su atención. Se apresuró a alcanzarlo.

La belleza frunció el ceño cuando se acercaron. Había algo vagamente familiar en el ceño y en los destellos de sus ojos ámbar.

—Suannoch, ¿qué significa esto? —inquirió Bronson, balbuceando.

Rodrick sintió como si sus pies se pegaran al suelo de piedra, dejándolo inmóvil. ¿Esta visión de belleza femenina era Suannoch?

Un torbellino de emociones contradictorias se desató en su mente, revolviendo su vientre. Quería caer de rodillas y decirle que era hermosa, luego levantarla y llevarla a su cama.

Pero ella era una monja, ¿no?

Esto era una desgracia. Aquí estaba una mujer de gran belleza, que desbordaba pasión. Movería cielo y tierra para evitar su encarcelamiento en un convento.

Pero entonces el cielo se le vino abajo. Esta increíble criatura era su prima. Era incorrecto desearla, de hecho, un pecado.

Ella lo miraba fijamente, disfrutando visiblemente de su incomodidad, mientras Bronson continuaba su reprimenda a través de dientes apretados. Rodrick tenía que hacer algo. Al borde del abismo, extendió su mano hacia ella.

—Swan—murmuró, rozando sus labios por sus cálidos nudillos, inhalando su fresco aroma. Un latigazo de deseo convirtió lo que ya estaba duro en piedra. Sin pensarlo, entrelazó sus dedos con los suyos y, con una voz rasposa que apenas reconoció, dijo — Sería un placer sentarme junto a usted en la mesa.

Cuando Rodrick susurró "Swan," su voz profunda resonó desde su mano hacia un lugar muy privado en su cuerpo. Fue impactante. Ciertamente nunca había experimentado tal sacudida de deseo con Hiram. Los sirvientes deberían apagar los fuegos en las chimeneas. Hacía mucho calor en el abarrotado salón. Tal vez el terciopelo rojo no había sido una buena idea. Aun así, era preferible al hábito.

Sin embargo, estaba confundida.

—Bronson obviamente reveló el apodo con el que mi familia más cercana y amigos me llaman.

Él frunció el ceño como si ella estuviera hablando en griego, así que ella continuó hablando sin pausa.

—Es un sobrenombre que me dieron desde niña por mi largo cuello y por la coincidencia del sonido de mi nombre.

Su boca se abrió, su mirada fija en su cuello.

—Mi madre escocesa sugirió que me llamaran Suannoch porque, cuando era un recién nacido, dormía mucho. Evidentemente no habían tenido tanta suerte con el resto de sus hijos.

Algo que dijo parece finalmente haber penetrado en su mente y sonrió.

¿Se estaba burlando de ella?

La posibilidad de sentarse con Rodrick había sido como una roca afilada frente a un barco que se inclinaba. Sin embargo, era como si su más profundo deseo se hubiera hecho realidad al ser él quien la escoltara hacia el estrado, sus dedos cálidos entrelazados con los suyos. ¿Qué había pasado con ese primo gruñón que aparentemente no podía soportarla cuando estaba envuelta en el hábito de monja? Su franqueza lo había ofendido, pero ahora que la veía vestida con su vestido favorito, anhelaba su atención.

Se rió por dentro, recordando la expresión en su rostro cuando la vio por primera vez en la puerta. ¿Acaso dejó escapar un suspiro? Era como si lo hubiera alcanzado un rayo cuando se dio cuenta de quién era.

Tuvo que admitir un alivio al darse cuenta de que no se apartó. Ignorando los farfullos de su hermano, ahuyentó a los otros nobles que se apiñaban a su alrededor como moscas molestas.

Pobre Bronson los siguió hasta el estrado, aún frunciendo el ceño. Lo había puesto en una posición incómoda, pero la perdonaría. Siempre lo hacía.

Sin embargo, su irritación la hizo sobria. Rodrick probablemente sería como la mayoría de los hombres, salvo su padre y hermanos, que pensaban que las mujeres debían ser vistas y no escuchadas. Bueno, ya lo verían.

¿Qué estaba pensando? Este atractivo hombre bien musculado con los penetrantes ojos azul hielo era su primo. Era un pecado sentirse atraída hacia él de esa manera.

No le quedó más remedio que sentarse junto a él. Esta era su última noche de libertad, y pensaba disfrutarla al máximo. Su franqueza pronto disuadiría su interés. Este no era el momento de obsesionarse con un hombre, especialmente uno que nunca podría tener. Estar apartada de su familia ya sería bastante difícil.

Extrañó su calidez cuando él retiró la mano una vez que estuvo sentada, pero se sintió aliviada al no tener que depender de sus temblorosas piernas cuando él enroscó un dedo en un rizo de su sien y le murmuró con aspereza:

—Su cabello es claro.

Dado el tono oscuro de sus cejas, Rodrick había soñado con que su prima fuera pelirroja, morena o una belleza de cabello azabache, pero nunca rubia. No podía entender por qué había pensado que sería algo diferente. Sin el tocado restrictivo, su rostro se transformaba en una visión de belleza impactante: pómulos altos, largas pestañas, una nariz perfecta y ese cuello. Pedía a gritos sus besos. Empezaría desde arriba, bajo su barbilla, y descendería por su garganta hasta el pulso palpitante...

El susurro de Bronson en su oído lo trajo de vuelta a la realidad:

—Mi hermana se ha vestido así sin mi permiso ni mi conocimiento. Supongo que tu padre ya lo ha notado.

Miró a lo largo de la mesa. Su padre, sentado en la silla del señor, lo observaba con curiosidad. Su madre tenía una extraña sonrisa en el rostro. Parecía que la atención de todos se había dirigido a su comportamiento, incluido Robert de Leicester. El calor opresivo lo sofocaba. Le dirigió a Swan una sonrisa débil, carraspeó con fuerza y tomó asiento, arrepintiéndose de inmediato del impulso de haberla hecho sentarse junto a él.

Bronson evidentemente pretendía sentarse al otro lado de Suannoch, pero William apareció de la nada y lo apartó con un codazo y un guiño.

—¿Le importa si me siento con Suannoch? —preguntó inocentemente.

Bronson frunció el ceño pero se movió a otro asiento.

Rodrick agradeció la rápida acción de su hermano. Dos Montbryce flanqueando a una mujer hermosa parecería normal. Pero ¡ay de William si pensaba cortejar a la dama! Ese brote de celos demencial lo convenció de que estaba perdiendo la cabeza. Por lo general, las palabras le salían fácilmente. Ahora, ni una sola surgía de su garganta seca.

Bebió un trago de vino del cáliz que un sirviente le había llenado y luego se sintió mal; debería habérselo ofrecido primero a Swan.

—Mis disculpas —balbuceó, limpiando el borde del cáliz con su servilleta y tendiéndoselo.

En lugar de tomarlo, ella se inclinó hacia adelante con una sonrisa y bebió, fijando sus ojos ámbar en él mientras lo hacía. El agradable dolor en su entrepierna se intensificó. El lento movimiento de su garganta al tragar captó su atención hacia su cuello nuevamente. Estaba perdido.

William carraspeó.

Swan pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo, y su rostro enrojeció.

—Gracias, Rodrick —susurró con voz embriagada de vino.

¿Estaba coqueteando con él, tratando deliberadamente de dejarlo en ridículo como venganza por su comportamiento anterior?

Cambiaba de posición en el banco para aliviar su incomodidad, pero ella se movió al mismo tiempo. Su muslo rozó el de ella. Swan apartó la mirada rápidamente mientras su rubor se profundizaba, aparentemente tan confundida como él por lo que sucedía entre ellos.

—Es muy hermosa, Suannoch. Me disculpo por mi rudeza de ayer.

Ella mantuvo los ojos fijos en la mesa.

—Lo entiendo. A veces olvido que las mujeres no deben expresar opiniones ante los hombres. Estaba preocupado por lo que podría suceder en la reunión.

Sospechaba que su olvido era deliberado, pero por alguna razón que no comprendía del todo, reconocía con pesar la verdad de sus palabras. Los hombres resentían a las mujeres que hablaban con franqueza. Y, sin embargo, Grace había demostrado en muchas ocasiones tener la razón cuando discutían. Él era gemelo, nacido minutos después de su hermana, pero él sería quien heredaría el condado por ser hombre, mientras que ella había tenido que casarse con un hombre el doble de su edad.

Con el tiempo, si Maud hubiera sido coronada reina dieciocho años atrás, era improbable que hubiera hecho un trabajo peor que Esteban.

—Tenía razón, claro. Es muy probable que Enrique Plantagenet sea nuestro próximo rey.

Finalmente lo miró, con los ojos llenos de preocupación.

—No podemos pasar por alto a Eustaquio, sin embargo. El rey Esteban ha preparado a su hijo para sucederlo.

Rodrick se inclinó hacia atrás para permitir que un sirviente colocara un plato de pollo asado sobre la mesa. Cortó un trozo de pechuga y se lo ofreció a Swan.

—Que los santos nos guarden si el príncipe asesino llega a ser rey. Ha crecido conociendo solo división y guerra. Su sed de sangre no augura nada bueno para Inglaterra. La disputa entre Esteban y el Papa ha resultado en que Eustaquio no haya sido ungido como heredero, lo cual es un buen presagio.

Ella mordió el pollo mientras todavía estaba en su mano y sonrió con timidez mientras los jugos le goteaban por la barbilla. Él le tendió una servilleta, con su lengua errante deslizándose entre sus labios, lista para limpiar su rostro.

—Grace me dijo que está saqueando pueblos y aldeas cerca de Bury St. Edmunds —dijo

ella.

—Sí. Afirma que actúa en represalia porque el ejército empapado y desmoralizado de su padre se negó a luchar contra Enrique en Malmesbury en enero, pero se cree en general que disfruta matar y quemar. Esa es una de las razones por las que me inclino hacia Enrique desde hace tiempo.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Y sin embargo, se burló de mí cuando hice mis comentarios sobre él.

Rodrick se rió.

—Soy un hombre. ¿Qué esperaba?

Su boca se abrió.

—Sé que es un hombre, Rodrick.

El calor de su muslo presionó contra el suyo, pero captó el leve movimiento de negación de William con la cabeza. Miró a su alrededor. De nuevo habían atraído la atención.

—Swan, me atrae —susurró Rodrick—. He disfrutado de nuestra conversación, pero estamos causando un revuelo. No quiero que la gente piense...

Una nube oscureció sus brillantes ojos.

—Somos primos, Rodrick. Los primos pueden ser amigos, reír, compartir buenos momentos. Nada puede surgir de nuestra amistad, de todas formas. Está a salvo. Mañana, seré reclusa.

De repente, estar a salvo era lo último que quería. Una ira inexplicable subió por su garganta.

—¿Quiere ir a un convento?

—Por supuesto que no —dijo ella entre dientes—. Quiero vivir, galopar por el páramo con el viento en el cabello, abrazar a mi familia, amar a un hombre y tener sus hijos. Pero ese no es mi destino. Hiram selló mi destino cuando cayó herido de muerte. Esta farsa de esta noche era mi último acto de desafío. Cuando la comida termine, regresaré a mi alcoba y me pondré las ropas de novicia.

—¿Le gustaría cabalgar una vez más antes del amanecer?

UNA ÚLTIMA CABALGATA

Grace se sintió decepcionada de no poder sentarse con Bronson. Habría sido una oportunidad para conocerlo mejor. Al fin y al cabo, serían prácticamente vecinos. Podría haberlo molestado con lo de haber ayudado a Suannoch en su artimaña.

Si William no se hubiera entrometido y tomado el lugar de su primo...

Su hermano menor podía querer impresionar a Suannoch, pero le costaría captar su atención alejándola de Rodrick.

La que pronto sería novicia era una belleza, un hecho que su hermano no había sabido hasta esa noche.

Su prima de Northumbria estaba destinada a ser encerrada en un convento, un destino peor que el que Grace había soportado en Cullène Hall. Suannoch nunca sería libre. Habían disfrutado juntas, y había sido divertido ver a Bronson y a Rodrick tropezar con sus propias palabras. Su prima habría sido una amiga muy necesaria, pero su hermano ya la había arrastrado lejos.

Le dio un codazo a William.

—Es una pena que Bronson haya privado a su hermana de su última noche de libertad.

Su hermano la miró con curiosidad.

—Supongo.

Algo en su tono la alertó.

—Pensaría que ella preferiría estar aquí en lugar de metida en la cama. Ella y Rodrick parecían haberse agradado.

William se sonrojó, una señal segura de que tenía un secreto que guardar.

—Hablando de Rodrick, ¿dónde se ha metido?

Su hermano se llevó un dedo a los labios.

—Calla. Salieron a dar un paseo corto.

¿Sin mí?

Luchó por controlar los rápidos latidos de su corazón. ¿Por qué no la habían invitado también? Ella y Rodrick solían cabalgar juntos a menudo. ¿La había olvidado en su ausencia? ¿Había olvidado los buenos momentos que compartieron, lo que significaban el uno para el otro?

Estaba siendo ridícula. Ya no eran niños. Rodrick era un hombre, con las necesidades de un hombre. ¿Pero con Suannoch? ¿O simplemente había llevado a dos primos a cabalgar para mostrar apoyo? ¿Había ido Bronson como chaperón, o era un amistoso trío? ¿Entonces por qué no un cuarteto?

Se levantó, luego volvió a sentarse, insegura de cuánto tiempo había pasado. Sería peligroso seguirlos sola en la oscuridad.

Mientras dudaba, notó que un mensajero entraba al salón. Había cabalgado lejos, por su aspecto. Se dirigió directamente a Robert, conde de Leicester, se inclinó y le entregó un pergamino.

Robert lo desenrolló, escaneó su contenido y luego saltó de su asiento con un fuerte:

—¡Ja! —que llamó la atención de todos. Agitó el documento.

—Esperen a escuchar las noticias desde Escocia.

Swan disfrutaba el cálido viento de verano en su rostro mientras cabalgaban al trote por las

llanuras de Salop, hacia el oeste, en dirección a Oswestry. Su fino vestido quedaría arruinado después de esto, pero no le importaba. La cautela moderaba su deseo de dejar que el caballo galopara. Un terreno tan incierto era a veces traicionero incluso con plena luz del día. Estaba libre, cabalgando bajo la luz de la luna con su querido hermano y un hombre por el que comenzaba a tener inquietantes sentimientos.

La pronta aceptación de Bronson al plan de Rodrick había sido una sorpresa, pero él nunca había ocultado su descontento con su destino. William quiso acompañarlos, pero Rodrick lo convenció de distraer la atención de sus padres.

Bronson y Swan partieron primero, con Rodrick no muy lejos detrás de ellos. Se reunieron en los establos. El mozo no parpadeó cuando el hijo del señor escogió tres caballos para ensillar, reuniendo rápidamente a un par de mozos para ayudar.

Si al heredero de Ellesmere le sorprendió que ella se subiera el vestido y montara a horcajadas el palafrén, no dio ninguna indicación de ello, más allá de una leve sonrisa. Bronson puso los ojos en blanco.

—Así es Swan.

Ella y el caballo se conocían bien. Habían crecido juntos, y tenía la intención de disfrutar de este último paseo.

—Gracias, Rodrick —dijo mientras acariciaba el cuello de su montura—. No sabe lo que esto significa para mí. Es un placer inesperado montar a Cob una última vez.

Él rió.

—¿El nombre de tu palafrén es Cob?

Le encantaba cómo reía, echando la cabeza hacia atrás, con un destello travieso en los ojos.

Bronson se unió a la risa.

—¿Qué otro nombre le pondría un cisne a su caballo?

En su juventud, Rodrick y Grace solían cabalgar juntos. Siempre era una competencia. Amaba a su hermana, y ella habría disfrutado este paseo, pero la idea de dejarla liderar el camino nunca se le había ocurrido.

Ahora, se sentía feliz observando a Swan cabalgar frente a él y Bronson, su cabello iluminado por la luna ondeando en el viento como una bandera, sus piernas descubiertas apretadas contra los flancos del caballo.

—Es realmente algo fuera de lo común —se dijo, parpadeando cuando Bronson respondió:

—Sí que lo es.

Echó un vistazo de reojo a su acompañante. La luna llena enfatizaba la tensión de la mandíbula de Bronson.

—No estás contento con el convento.

—¿Contento? Estoy furioso, indignado, resentido. Swan es una mujer hecha para un hombre. La enterrarán viva. Va contra la naturaleza.

—¿No hay forma de evitarlo?

—Créeme, he intentado encontrar una solución. Cuthbertson tiene el poder de volver al rey Dabid contra mis padres en un abrir y cerrar de ojos. Perder Kirkthwaite Hall destrozaría el corazón de mi padre.

Rodrick comprendía las implicaciones para todos los Montbryce de perder el hogar ancestral de los FitzRam. Su bisabuelo había arreglado su reconstrucción para Caedmon y su esposa, Agneta. Nunca había estado allí en persona, pero había escuchado lo suficiente sobre su grandeza.

—Debe de haber una forma de contrarrestar su influencia. Hablaré con mi padre.

Bronson tiró de las riendas de su caballo y lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué?

Rodrick detuvo su montura, sus pensamientos confundidos.

—Me importa.

Bronson resopló.

—Quieres llevarla a tu cama. Es una debilidad común entre los hombres que conocen a Swan.

La placentera dureza en su entrepierna corroboraba las palabras de Bronson, pero había algo más.

—No puedo negar que me atrae, primo, pero quiero más. Disfruto de su compañía, de su inteligencia, de su espíritu.

Bronson exhaló resignado.

—Has pasado exactamente cuatro horas en su compañía. Ayer, la detestabas.

Rodrick sonrió. Apreciaba a un hombre que hablaba con franqueza.

—Ayer era una monja regañona. Hoy es una diosa.

Bronson sacudió la cabeza.

—No te mentiré. A veces también puede ser endemoniada.

La advertencia de su primo solo intensificó su deseo.

Bronson le puso una mano en el brazo.

—Si hablas en serio, te ayudaré, pero no será fácil. Tú, Swan y yo somos primos segundos a medias, solo unidos por nuestro bisabuelo común. Pero muchos gritarán escándalo y te acusarán de consanguinidad si la persigues. Ella ya ha sufrido bastante. Debes estar seguro.

Una extraña calma se asentó en el corazón de Rodrick mientras observaba a Swan cabalgar de regreso hacia ellos, como un querubín feliz descendido del cielo. Estaba seguro. Nunca se había sentido tan atraído por una mujer.

—Hablaré con mi padre antes del amanecer.

—¿Qué están tramando aquí atrás? —preguntó Swan, sin aliento, al llegar junto a ellos—. Hubiera cabalgado hasta Gales si no me hubiera dado cuenta de que no seguían detrás de mí.

La ligereza desapareció cuando ninguno de los acompañantes de Swan sonrió en respuesta a su broma.

—¿Qué pasa? Perdón, me fui antes de tiempo. Pensé que estaban justo detrás de mí.

Cob se puso nerviosa cuando Rodrick de repente desmontó y se acercó a su lado. Puso una mano sobre la suya y la otra sobre su rodilla descubierta. Ella miró a Bronson, que había visto claramente la acción indecorosa de su primo, pero no dijo nada. Su corazón se detuvo cuando la mano de Rodrick acarició su pierna. Logró emitir un "¿Qué está pasando?" con la garganta seca.

—Mírame a los ojos, Swan —ordenó Rodrick—. Tengo la intención de hablar con mi padre para que me ayude a idear un plan que te mantenga fuera del convento.

Ella lo miró, sin comprender su significado, pero sin querer apagar la chispa de esperanza que latía en su pecho.

—No entiendo.

—Nuestro primo se cree que está enamorado de ti —explicó Bronson.

Swan miró a los ojos de Rodrick, esperando ver una negación divertida, pero su corazón dio un vuelco al ver la sinceridad en su rostro. Se le rompió el corazón. ¿Por qué ahora?

—Esto no puede ser —exclamó—. Somos primos.

Rodrick levantó una mano, puso sus manos en su cintura y la levantó del caballo. El aliento se le escapó de los pulmones cuando él acercó su cuerpo al suyo.

—Somos primos segundos, Swan, y medio segundos, de hecho. Si me dices que sientes por mí lo que quema en mi corazón por ti, moveré cielo y tierra para eliminar cualquier impedimento para nuestra unión.

Sus caderas traidoras quisieron presionarse contra la evidencia de su deseo. Había visto a sus hermanos desnudos cuando eran niños, pero no recordaba nada del tamaño ni de la dureza de la carne que se hallaba junto a su entrepierna. Un calor la inundó a pesar del aire frío que ascendía desde el páramo. Sus rodillas amenazaron con ceder. El impulso fue el de estar de acuerdo, pero, ¿era solo que Rodrick ofrecía una vía de escape, aunque las probabilidades fueran mínimas? ¿Lo anhelaba a él, o a la libertad?

El roce de sus labios cálidos contra los de ella disipó cualquier duda. Se fundió en él, cediendo sin resistencia cuando su lengua la instó a abrirse. Saboreó su sabor e inhaló su aliento mientras sus lenguas se entrelazaban.

Bronson aclaró su garganta.

—Supongo que eso es un sí.

Rodrick le tomó la barbilla con ambas manos.

—Lo suficientemente bueno para mí —susurró.

Las emociones de Bronson eran confusas. Una visión de Grace surgió ante sus ojos mientras observaba la pasión ardiente que estallaba entre su hermana y Rodrick. ¿Por qué no le había dicho a su primo que sospechaba que ella había estado en su habitación y había ayudado en el juego de Swan?

Sus compañeros no parecían notarlo. Habían partido como un trío, y ahora él sobraba. Si Grace les hubiera acompañado...

Mejor no seguir con pensamientos que no conducen a nada. La relación que se desarrollaba rápidamente entre Rodrick y Swan causaría suficiente alboroto. Grace era atractiva, hermosa, pero aún así era su prima. Y viuda. ¿Había pasado ya un año desde la muerte de su marido?

Todo esto no importaba. Él había renunciado al matrimonio. Le habían quitado dos esposas y dos hijos. Estaba destinado a estar solo, sin pareja.

Además, podría sentirse atraído por ella, pero era poco probable que ella le correspondiera, un primo del norte poco sofisticado.

EL REY HA MUERTO

Bronson y Swan sugirieron que sería mejor que Rodrick hablara con el conde en solitario.

Nunca había visitado el dormitorio de sus padres por la noche. Al principio le pareció una buena idea. De pie frente a la pesada puerta de roble, con los puños apretados y las rodillas rígidas, se cuestionó la sabiduría de ello. Sin embargo, el día siguiente estaría lleno de invitados que se marchaban y reuniones con Leicester. Swan se iría, perdida para él para siempre.

Puso su oído en la puerta. Voces. Estaban despiertos. ¡Bien! A menos que...

Sus padres seguían profundamente enamorados y nunca ocultaron su interés físico el uno por el otro.

Se secó el sudor de la frente y golpeó la puerta, confiando en que no oliera demasiado a caballo —o a Swan. ¿Cuál era el aroma que se le pegaba?

El murmullo dentro cesó.

—¿Quién está ahí? —preguntó su padre, exigente.

—Rodrick —respondió él, esperando no sonar como un niño travieso interrumpiendo a sus padres por la noche.

—Tu padre está cansado. ¿No puede esperar hasta mañana? —dijo suavemente su madre.

—Non, maman. Debo hablar con ustedes dos.

La puerta se abrió de golpe. Su padre, con el rostro enrojecido, lo fulminó con la mirada, apretándose el cinturón de una bata de cama.

—Más vale que esto sea importante, Rodrick. Tu madre y yo estábamos...

Rodrick luchó por mantener sus ojos en el rostro de su padre.

—Lo siento. No habría interrumpido si no fuera urgente.

Su padre lo invitó a entrar con impaciencia. Su madre apareció desde el vestidor. Rodrick respiró aliviado de que no estuviera aún en la cama y se hubiera puesto una bata de cama voluminosa. Su cabello rojo ardiente, normalmente recogido y trenzado, caía alrededor de sus hombros. Su belleza lo golpeó de nuevo, a pesar de las canas. Era extraño cómo Grace había heredado esos cabellos y él no. Su madre le indicó que se sentara en una silla junto a la chimenea fría.

—Puedo quedarme de pie —respondió él—. Pero ustedes dos deberían sentarse.

Su padre removió las cenizas.

—No sirve de nada. Se apagó por completo. Dime lo que quieres antes de que todos nos congelamos.

¿Cómo alguien podría tener frío en esta cálida noche de verano? Él estaba ardiendo.

—Es sobre nuestros primos.

¿Por qué había comenzado con eso?

Su padre levantó una ceja.

—¿Primos?

—Bronson y Swan.

—¿Swan? —dijo su madre, sentándose en una de las sillas.

Así no era como lo había planeado.

—Es un apodo que le dieron a Suannoch. Por su largo cuello.

El recuerdo de ello lo hizo sudar de nuevo. Esto estaba empeorando.

Sus padres intercambiaron una mirada extraña.

—Comienza desde el principio —sugirió su madre.

¿El principio? ¿Cómo había comenzado? Ayer, estaba feliz con su vida de soltero, hoy estaba obsesionado con una mujer a la que apenas conocía. ¿Era porque la llevarían lejos que la deseaba? Recordó su beso. Había alquimia entre ellos. Lo sentía en sus huesos.

—Quiero casarme con Swan.

Desearía que el fuego aún chisporroteara alegremente en la chimenea, aunque fuera solo para aliviar el total silencio que acogió su declaración. Un búho ululó en algún lugar en el bosque cercano.

—No puedes. Es tu prima —dijo su padre finalmente, de pie con la espalda hacia la chimenea como si quedara algo de calor allí.

Su madre se puso de pie y se enfrentó a su esposo.

—Solo son primos segundos, y además, a medias.

El comentario de su madre parecía indicar su apoyo. Lo animó.

—Nuestra consanguinidad está a cuatro generaciones de distancia. Seguramente podemos obtener una dispensa.

Su padre se burló.

—¿Con el nuevo Papa? ¿No sabes nada de Anastasius? Apenas conociste a la chica, y me parece que dijiste que no te gustaba mucho. Tal vez el vestido rojo te tiene embrujado.

Evidentemente, su padre lo había notado y prestado atención. Su madre lo miró desconcertada.

Entendía su escepticismo, pero le irritaba. No era un joven enamorado de su primera chica.

—Admito que mi primera impresión de Swan no fue buena, pero ¿quién puede culparme? Todos los hombres presentes reaccionaron negativamente hacia ella, pero tenemos que tener en cuenta su estado de ánimo. ¿Cómo te sentirías y actuarías, Maman, si fueras condenada a ser recluida en un convento en contra de tu voluntad?

Su madre miró a su padre.

—Resentida, enojada.

—Pero esta noche conocí a una Swan diferente. Es una mujer hermosa, inteligente y con carácter. Si me estuvieran forzando a la vida monástica, estaría arrastrándome por el suelo, llorando. Deberías haberla visto esta noche, montando...

Su padre lo miró con el ceño fruncido de arriba a abajo, levantando una mano.

—¡Basta! Cuanto menos sepa, mejor. Confío en que te comportaste de forma honorable. ¿Y sus padres, si ella los desobedece?

Rodrick desearía haberse cambiado de su túnica desordenada y sus botas sucias antes de emprender esta conversación.

—No están a favor de su exilio. El hombre que iba a ser su padre por matrimonio lo está exigiendo como penitencia por la muerte de su prometido. Sostiene la amenaza del rey David sobre sus cabezas. Podrían perder su casa ancestral.

Los ojos de su padre se abrieron de par en par mientras se detenía abruptamente.

—Eso no sucederá.

El ánimo de Rodrick se levantó.

—¿Se puede hacer algo?

Su padre se sentó.

—Bronson no habría sabido esto cuando partieron de Kirkthwaite, pero recibimos noticias esta noche de la muerte del rey David. La noticia llegó a Leicester.

Rodrick miró a su padre, esperando que su corazón se calmara. Las implicaciones de la muerte del rey escocés iban mucho más allá de sus propios problemas.

—¿Y la sucesión? ¿Ungió a su nieto?

—Parece que sí. No tuvo mucho que hacer después de la muerte de su hijo. Pero Malcolm tiene once años y el magnate principal de Escocia actúa como Regente. El otro nieto de David, William, es incluso más joven, es conde de Northumberland. Sospecho que el nuevo regente querrá contar con el apoyo de terratenientes como los FitzRams para estos jóvenes reyes. Lo último que querrá es disidencia en Northumbria. Aparentemente ha comenzado un recorrido por Escocia con Malcolm. No me sorprendería que Aidan ya haya aprovechado la situación.

—Es imperativo que informe esto a Bronson y Swan de inmediato. Ya deberíamos haber partido cuando nos trajeron la noticia.

Su madre lo miró con desconfianza.

—Nos preguntábamos adónde se habían ido los tres.

Un peso se levantó del corazón de Rodrick.

—Salí a darle a Swan una última oportunidad de montar, pero algo me sucedió allá en los páramos. No quiero dejarla ir. Ahora tenemos esperanza.

Su padre se levantó y le puso una mano sobre el hombro.

—Un obstáculo puede haber sido removido, pero ahora debes buscar el permiso del sacerdote. Te acompañaré cuando hables con él.

Rodrick abrazó a sus padres y luego se apresuró hacia la habitación de Bronson, donde golpeó fuertemente la puerta. Bronson la abrió de par en par.

—Bien, todavía estás vestido.

—No dormiría si me acostara, ¿cuál sería el punto?

Le puso una mano en el hombro a FitzRam.

—Despierta a tu hermana. Tengo noticias.

Los ojos de Bronson se abrieron de par en par.

—Estás sonriendo. No me lo esperaba.

Rodrick lo arrastró hacia la habitación de Swan.

—Rápido.

Golpearon su puerta. Se abrió ligeramente. Ojos ámbar miraron con cautela.

—¿Qué ha pasado?

—Abre la puerta —dijo Bronson—. Rodrick tiene noticias y aún está sonriendo.

Ella les permitió entrar. Rodrick no estaba seguro de si debía sentirse complacido o decepcionado de que ella todavía llevara el vestido rojo.

Debió haber percibido sus sentimientos.

—No quería quitármelo; o más bien, no quería ponerme el hábito de nuevo.

Rodrick tomó sus manos, preguntándose si podría escuchar el golpeteo de su corazón.

—Nunca tendrás que ponerte ropa religiosa otra vez.

Apretó sus manos cuando ella tambaleó.

—¿Cómo puede ser? —preguntó.

—El rey David de Escocia está muerto.

Bronson golpeó su palma con el puño.

—¡Ja! ¿Y Malcolm ha sido ungido rey?

—Sí. Con un regente. Y no olvides, los Montbryce ahora son partidarios de la causa Plantagenet. El trono escocés está aliado con esa misma causa. Los FitzRam son nuestra familia. No toleraremos maltratos a nuestra familia.

Rodrick había dirigido sus palabras a Bronson, sin dejar de observar el rostro de Swan. Ella había cerrado los ojos y respiraba profundamente, pero seguía aferrándose a sus manos. Libre del convento, más o menos sin su ayuda, ¿seguirá sintiendo atracción por él, o había sido solo una forma de escapar? Ella podría regresar a Northumbria, o tal vez instalarse en Shelfhoc con Bronson y casarse con quien eligiera, sin que el tema de la consanguinidad estuviera sobre ellos.

Riéndose a carcajadas, Bronson le puso las manos en la cintura a su hermana, la levantó y la giró.

—Esto significa que podrás acompañarme a Shelfhoc.

—Sí —respondió ella, disfrutando de la risa por primera vez en meses. Ver el hogar de la bisabuela cuyo nombre llevaba había sido uno de sus deseos más profundos, pero de repente se dio cuenta de la expresión dolorida en el rostro de Rodrick. Se salió del agarre de su hermano y se giró hacia el hombre que la atraía como una piedra imán.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Estoy feliz de que ahora estés libre. Puedes ir donde quieras.

Su actitud fría la desconcertó. Había confiado en él sus sentimientos, pero era como si hubiera vuelto a ser el distante Rodrick de su primer encuentro. Tal vez sus padres lo habían disuadido de una relación con ella.

—No pareces feliz.

Él se encogió de hombros.

—Deberías ir a Shelfhoc. Supongo que imaginé que podrías quedarte unos días más.

Sus ánimos se levantaron. Tal vez él sí sentía algo por ella.

—Podemos, y luego podrías acompañarnos a Shelfhoc —se volvió hacia su hermano—. Si a Bronson le parece bien.

—Por supuesto. Estoy ansioso por llegar a Ruyton y ver mi nuevo hogar. Tengo la sensación de que Edwin pudo haber dejado las cosas mal. No había estado bien durante uno o dos años antes de morir.

—No te preocupes. Edwin y mi padre eran amigos. Hemos estado vigilando las cosas allí. El corazón de Swan latió con fuerza.

—¿Has estado en Shelfhoc?

Rodrick sonrió.

—Muchas veces.

Ella le apretó las manos.

—No puedo esperar para verlo. Pero debemos enviar una carta a mis padres. Probablemente habrán estado muy preocupados, pensando que ya me había metido en el convento.

Rodrick la tranquilizó.

—Estoy seguro de que mi padre ya lo tiene bajo control.

Conocer a sus primos Montbryce había llenado a Swan de aprensión, sin embargo, parecían sinceramente preocupados por ella.

—Les agradezco de todo corazón por mi libertad. Les aseguro que tengo una larga lista de cosas que quiero lograr, cosas que pensé que nunca conseguiría.

Ella había esperado ver una sonrisa en su rostro ahora que tenían la oportunidad de disfrutar de su libertad juntos, pero él frunció el ceño.

—No fue mérito mío.

Nunca le había gustado guardarse lo que pensaba. Estaba a punto de preguntarle si había hablado con su padre cuando su hermana entró en la habitación.

—Escuché un alboroto —dijo Grace, incapaz de apartar la vista de la amplia sonrisa que iluminaba el rostro de Bronson. Debía haber aprendido de la muerte del rey David y comprendido sus implicaciones para su hermana. El peso de su deber de entregarla al convento había sido muy pesado si el ceño fruncido que ella había visto era indicativo de ello.

Su cabello se había soltado de la trenza, probablemente durante la cabalgata. Era al menos tan largo como el suyo. Le picaban las manos de ganas de hundir los dedos en la espesa gloria cobriza que cubría sus hombros. Sus labios, normalmente apretados, estaban llenos, y sus ojos verdes se abrían ampliamente.

Deseaba no haber salido de su habitación vestida solo con su camisón y bata de cama.

—Swan es libre —exclamó él—. Puede acompañarme a Shelfhoc.

Esta noticia debía haber aliviado el corazón de Rodrick, pero él parecía inseguro, algo inusual para su decidido hermano. Apartando la mirada de Bronson, abrazó a Swan.

—Me alegro por ti, prima. Sé lo que es vivir en un lugar que odias. Bienvenida de nuevo a tu vida.

—Gracias, Grace —respondió Swan en voz baja.

Algo no andaba bien. ¿Qué le había pasado al entusiasmo habitual de su prima?

Bronson tragó el nudo que le apretaba la garganta cuando Grace entró en la habitación. Su cabello castaño rojizo caía en cascada sobre los hombros. Deseaba hundir el rostro en él e inhalar su aroma. ¿Qué clase de alquimia era esta que ella ejercía sobre él?

Su rostro se sonrojó cuando él la miró. ¿Acaso ella sentía algo entre ellos, o estaba avergonzada de haberse encontrado con dos hombres mientras llevaba ropa de noche?

No le agradaba la insistente punzada que sentía en la ingle. Estaría contento de partir hacia Shelfhoc, olvidarla y concentrarse en asentarse en su nuevo hogar.

Deliberadamente ocultó su alegría por Swan, pensando en dirigir su atención de nuevo a su hermana para demostrar su falta de interés. Su resolución lo abandonó al ver el semblante abatido de Grace.

—Quizás podrías acompañarnos cuando partamos —dijo.

Las Dificultades Venideras

—¿Hablaste con tu padre?

—Lo hice.

—¿Y?

La mayoría de los hombres no apreciarían la insistencia directa de Swan, pero Rodrick supuso que años de tira y afloja con su melliza, quien nunca cedía en ninguna discusión, lo habían preparado. En realidad, le parecía encantador. Mejor una mujer con carácter. Este pensamiento le provocó un cosquilleo agradable en las regiones bajas.

—Prevé problemas.

—¿Pero no rechazó la idea de plano?

—¿Idea? —bromeó.

Swan cruzó los brazos.

—Sabes a qué me refiero.

—No. Sugiere que consulte al sacerdote.

Swan parpadeó rápidamente, lo cual no hizo nada para disuadir el interés de sus couilles.

—¿Cuándo podemos ir?

—No nosotros. Papá y yo iremos.

—¿Aceptó acompañarte?

—Fue su idea.

Ella frunció el ceño. Rodrick gimió internamente al imaginar esos labios carnosos sobre su miembro. Arrastró su atención de vuelta al asunto en cuestión.

—Es tarde. Descansa. Mañana hablaremos sobre lo que sigue. Lo importante es que no tienes que ir al convento.

Bronson besó a Swan en la mejilla.

—Hasta mañana, hermana. Debo escoltar a nuestra prima de regreso a su habitación. —Y salió con Grace del brazo.

Rodrick se quedó solo con Swan por primera vez.

Ella lo miró con provocación, las comisuras de su boca levantándose.

—¿Vas a darme un beso de buenas noches?

Se acercó hasta ponerse frente a ella, pero dejó un espacio entre ambos.

—Si te beso, Swan, no querré detenerme ahí.

Ella frunció el ceño ligeramente.

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres, Rodrick?

Él admiró su espíritu. Se esperaba que las mujeres acataran los deseos de los hombres y esperaran a que ellos tomaran la iniciativa. Puso las manos en su cintura.

—Si pegara mi cuerpo al tuyo, notarías pruebas contundentes de que esto es lo que quiero. Me has embrujado.

Ella se puso de puntillas y rozó sus labios con un beso, provocándolo con su lengua. Rodrick jadeó cuando Swan empujó sus caderas hacia adelante, enviándole un fuego líquido por las venas. Él le sostuvo el rostro, profundizando el beso, queriendo saborear el calor de su dulce boca. Sus lenguas se batieron en duelo, como un duelo de esgrima, hasta que se dio cuenta de que sus caderas imitaban el movimiento y ella gimoteaba. Si seguían así...

Se apartó de ella de golpe.

—Ya veo a lo que te refieres —comentó ella con una sonrisa pícara.

—Me deseas tanto como yo te deseo —dijo él con voz ronca.

—Quizás más —respondió ella con un tono seductor que resonaría en su mente toda la

noche.

Swan dudaba que pudiera dormir mucho. Rodrick se había ido, pero su cuerpo aún vibraba con las agradables sensaciones que le habían provocado sus besos.

Su mente también estaba inquieta. Ahora la vida tenía una promesa. La desesperación había dado paso a la esperanza de un futuro lleno de amor y risas. También estaba aliviada por Bronson. Había visto la angustia en su rostro cuando se encontraron con la Superiora en Whitchurch. Parecía atraído por Grace, y ella por él. ¡Qué coincidencia: dos pelirrojos! Esperaba que su prima no se interesara demasiado en Bronson. Nunca se volvería a casar después de las dobles tragedias que había sufrido. Le dolía el corazón por su hermano. Era un hombre que adoraba a los niños. Parecía injusto. Sus hermanos Symon e Ingram habían engendrado grandes y bulliciosas familias.

Quizás Bronson estaba destinado a estar solo, como Edwin, quien le había cedido Shelfhoc. Edwin probablemente había deducido que sus dos hermanos mayores nunca dejarían Northumbria. Bronson era un tercer hijo sin ataduras.

Si no fuera por sus sentimientos hacia Rodrick, habría sido feliz siendo la dama de Shelfhoc, siguiendo los pasos de su bisabuela. Se reprendió a sí misma. No había garantía de que Rodrick se mantuviera firme en sus sentimientos declarados. Quizás, si se volvía demasiado difícil obtener permiso para casarse, perdería el interés.

Pero el recuerdo de sus besos la hacía rezar fervientemente para que tal cosa no ocurriera.

Bronson podía sostener una discusión inteligente sobre asuntos serios, pero nunca había sido bueno con las charlas triviales. El dolor lo había empeorado. Le gustaba la sensación del brazo de Grace descansando ligeramente sobre el suyo, pero su preocupación por el giro repentino de los acontecimientos en relación con su hermana nublaban sus pensamientos. Grace probablemente estaba tan aturdida como él por la declaración de amor de su hermano hacia Swan.

Era poco probable que dos personas que no se agradaron al conocerse pudieran enamorarse tan rápidamente, aunque la creciente atracción que sentía por Grace escapaba de su comprensión.

Deseó tener una lengua hábil para disipar estas ideas, pero las palabras se negaron a formarse. Grace mantuvo su mirada fija en el suelo de piedra, aparentemente también reacia a hablar.

Caminaron en silencio la corta distancia hasta su habitación. En la puerta, Bronson retiró su brazo, echando de menos al instante su calor.

A los primos se les permitía besarse de buenas noches, pero la mera idea de tocar sus labios con los de ella lo hizo sudar. Además, aún olía a caballo y cuero.

Así que murmuró apresuradamente:

—Que descanses —y se retiró a su propia habitación, sintiéndose el mayor tonto de la cristiandad.

FELICIDAD DENEGADA

Al día siguiente, tras la partida de sus compañeros nobles, Rodrick y su padre caminaron hacia la iglesia construida por Ram de Montbryce. Se detuvieron unos momentos para observar a los hombres trabajando en la torre. Habían enviado un mensaje anunciando su llegada y alertando al sacerdote para que estuviera preparado para recibirlos. El brillante sol de la tarde calentaba sus rostros. No había ni una nube en el cielo.

—El día augura bien —comentó.

Su padre se volvió hacia él.

—No quiero sonar pesimista, pero nuestro sacerdote es un hombre viejo, no conocido por su pensamiento moderno. Ha llevado una vida célibe. ¿Quién sabe si alguna vez ha sentido algo por una mujer? Es improbable que sea comprensivo.

Rodrick apretó los puños. En efecto, era un bebé en brazos cuando Père Rigord había llegado a Ellesmere.

—Esto es ridículo. ¿Rechazará casarnos porque compartimos un bisabuelo?

Su padre entrecerró los ojos bajo el sol.

—Estoy de acuerdo. Hace años era común que los primos se casaran, especialmente entre nobles. Pero el mestizaje causó problemas, así que la Iglesia fue al otro extremo y exigió al menos cuatro generaciones de separación. Algunos aún se aferran a esa regla rígida.

—Si tengo que arrastrarme de rodillas hasta el Papa, me casaré con Swan.

Su padre puso una mano en su hombro.

—No te desanimes. Si de verdad amas a esta mujer, yo no seré quien los separe. Pasé demasiado tiempo negando mis sentimientos por tu madre. Admiro tu determinación de casarte con quien amas.

Rodrick sabía de su primer matrimonio desastroso, pero era raro que revelara detalles tan personales.

—No tengo mucha experiencia con el amor, papá, excepto lo que tú y mamá han compartido abiertamente, pero una parte de mí dejará de existir si pierdo a Swan.

Su padre se echó a reír.

—Entonces estás definitivamente enamorado. No perdamos más tiempo. Si no obtenemos satisfacción de Père Rigord, decidiremos nuestro próximo curso de acción. Mi preocupación es que eres mi heredero. No queremos que esto llegue a un punto en que se ponga en duda tu derecho a heredar. Por mucho que quiera a William y Stephen, tú eres quien será el mejor conde.

Rodrick había iniciado esta misión con grandes esperanzas. Ahora sentía el corazón hundido. Nunca imaginó que buscar su felicidad con Swan podría poner en duda su herencia.

Swan, incapaz de esperar pacientemente, iba y venía en la galería donde la madre y las hermanas de Rodrick se habían reunido a esperar.

—¿Te gustaría intentar algo de bordado? —preguntó la condesa—. Ayuda a pasar el tiempo mientras se espera noticias.

Swan detestaba bordar; siempre lo había detestado, y siempre lo haría, pero la madre de Rodrick estaba mostrando comprensión.

—No, gracias. No se me da muy bien —respondió.

La condesa extendió un lino con aro, completo con aguja e hilos.

—A mí tampoco. A mi hermana, Fermentine, le encantaba bordar, y ella y yo, bueno, digamos que cualquier cosa que a ella le gustara, a mi no. He mejorado con práctica. Me ha enseñado paciencia.

Swan aceptó el muestrario, aliviada al ver entrar a Rodrick y al conde en la galería. Sus rostros taciturnos indicaban que la entrevista no había salido como esperaban. Apretó el bordado contra su pecho.

—Dijo que no.

—Me lo esperaba —respondió el conde.

Su aparente decepción era reconfortante, y Rodrick parecía realmente afligido. Quería besar la preocupación de su frente, pero tocarlo delante de sus padres sería inapropiado.

—Supongo que yo también lo esperaba —replicó.

Se sintió animada cuando Rodrick tomó su mano y besó sus nudillos.

—Encontraremos la manera —dijo con tal convicción que casi creyó que sería posible.

Grace reconoció como genuina la profunda decepción grabada en el rostro de su hermano mellizo. Intentó mantener el control de sus propias emociones para que su desánimo no fuera evidente. El nudo en su garganta dificultaba respirar. A pesar de su determinación, había depositado demasiadas esperanzas en la aprobación del viejo sacerdote para la unión de primos lejanos. Su corazón sangraba por Rodrick, pero también por las esperanzas imposibles que había alimentado respecto a Bronson. Tiempo atrás había aceptado que no habría un caballero de brillante armadura en su futuro. Una vida de viuda solitaria era su destino.

Reprimiendo las ganas de compadecerse, abrazó a Swan.

—Lo lamento —dijo suavemente—. Pero no pierdas la esperanza. Rodrick tiene razón. Debe haber una manera.

LLAMADO A LAS ARMAS

Rodrick sintió la urgencia de besar las lágrimas que se acumulaban en los ojos de Swan, pero con solo tomar su mano había llamado la atención de sus padres.

—Encontraremos una solución —repitió en un intento por disipar su fruncido ceño—. Père Rigord es un sacerdote local con sus costumbres. No es la autoridad más alta de la Iglesia. Iremos al obispo.

Su madre dejó su bordado sobre una silla cercana con un gruñido escéptico. Por mucho que la amara, deseaba que no hubiera aumentado la consternación de Swan.

Pasaron minutos en silencio.

La normalmente callada Aurore intervino.

—Podrías hacer una petición al Papa —ofreció.

La respuesta de su padre fue interrumpida cuando el mayordomo Bonhomme apareció de repente, acompañado por Robert de Leicester. Todos se levantaron, sorprendidos por el regreso del conde que había dejado Ellesmere solo dos horas antes.

—Robert, bienvenido de nuevo —dijo la condesa, extendiendo su mano.

Leicester le dio un suave beso en los nudillos.

—Perdón por mi entrada tan abrupta. Recibí un mensaje que me impulsó a regresar.

El corazón de Rodrick se hundió. Sabía antes de que Leicester revelara su misión que sería una llamada a las armas.

—Stephen ha sitiado Wallingford.

Todos en la galería sabían que Wallingford era leal a Maud y al Príncipe Enrique.

—Su ubicación en el río Támesis está aparentemente demasiado cerca de Westminster para la comodidad del rey —continuó Leicester—. Enrique está marchando para aliviar el sitio. Si logra derrotar a Stephen, podríamos estar ante el fin de la lucha civil.

Su padre no dudó.

—Rodrick, alerta a nuestros hombres. Diles que estén listos para marchar al amanecer. Nos tomará al menos cuatro días llegar. Busca a tus hermanos... y a Bronson. Tráelos a la Sala del Mapa.

Leicester dio una palmada en el hombro de Gallien de Montbryce.

—Buen hombre. He enviado un mensaje a mis tropas. Partiré contigo y me reuniré con ellos en el camino.

Los condes se marcharon para discutir la estrategia. Esta llamada a la acción había incendiado la sangre guerrera de Rodrick.

—Al fin, podríamos ver el fin de la anarquía que azota Inglaterra.

Ninguna de las mujeres respondió, pero sus rostros ansiosos lo delataban. Pensó que así debía ser para las mujeres cuyos hombres iban a la guerra. Apretó la mano de Swan, que ahora estaba alarmanamente fría, y salió para organizar a los hombres de lucha de Ellesmere.

La sangre de Swan se heló. ¿Había tropezado con un hombre que despertaba tanto su cuerpo como su espíritu solo para perderlo en la batalla? Un momento la vida tenía promesas, al siguiente se la arrebataban. Y su hermano tendría que unirse al combate. Se estremeció, a pesar del brazo cálido de la condesa alrededor de sus hombros.

—Así es como sucede, Swan. Cada mujer inglesa ha sentido tu miedo. No te puedo decir las veces que he enviado a Gallien a luchar, en grandes conflictos y pequeños, y nunca se hace más fácil.

Las palmas de Swan sudaban.

—Supongo que estoy siendo egoísta. He comenzado a preocuparme por su hijo.

—¿Y qué hay de Bronson? —preguntó de repente Grace.

Su madre la miró curiosa.

—Por supuesto que Swan también está preocupada por su querido hermano.

Grace se sonrojó.

—Yo... lo siento —tartamudeó—. Es solo que, eh, bueno, había esperado acompañarlos a los dos a Shelfhoc.

El recordatorio de que el reclamo de Bronson a su herencia se retrasaría la entristeció. No quería quedarse esperando ociosamente en Ellesmere. La inactividad y las interminables horas de bordado y costura se presentaban sombrías. Se le ocurrió una idea.

—Nosotras deberíamos ir. Para preparar el salón para el regreso de Bronson.

Grace aplaudió.

—Qué buena idea. ¿No te importa, mamá?

La condesa sonrió.

—Si Bronson está de acuerdo, no tengo objeción. Instruiré a Bonhomme para que reúna una cuadrilla de sirvientes y una escolta.

Grace había dejado que su pesar por la inminente partida de Bronson controlara su lengua. Debía ser más cuidadosa. No había motivo para revelar sus sentimientos. Su cuerpo se calentaba cada vez que lo veía. No, bastaba con pensar en él para que una extraña sensación recorriera sus venas.

Era evidente que Rodrick y Swan tendrían dificultades para obtener permiso para casarse.

Bronson no había mostrado el menor interés en ella.

Pero adelante quedaba la promesa de al menos hacer algo para preparar su nuevo hogar para su regreso. Estaba segura de que Swan y ella terminarían siendo buenas amigas.

Si lo peor ocurría y los hombres caían en Wallingford, ambas necesitarían un hombro sobre el cual llorar. Miró a su madre. Peri de Montbryce corría el riesgo de perder a su esposo y a tres hijos en el próximo conflicto. Ella y Aurore podrían perder a su padre y a sus hermanos. Sería una pérdida intolerable, tanto para su familia como para el condado. Pero el dolor más agudo en su corazón era la posibilidad de que Bronson muriera sin saber de sus sentimientos por él.

Swan sacó a Grace de su ensoñación.

—Busquemos a mi hermano y expliquemos nuestro plan —insistió.

Bronson se dirigía a la Sala de Mapas, después de reunirse con Rodrick y William, y conocer las novedades de la marcha hacia Wallingford. Rodrick había quedado visiblemente impresionado cuando se comprometió de inmediato a la lucha. La aparente sorpresa de su primo le resultó molesta. Los FitzRams podían ser la rama ilegítima de la familia, pero la sangre guerrera de Ram de Montbryce corría con igual ardor por sus venas.

Estaba decepcionado de que la posesión de Shelfhoc tuviera que retrasarse. Swan estaría desilusionada. No era conocida por su paciencia. Esperar en Ellesmere noticias del frente de batalla la volvería loca.

¿Por qué no sugerirle que fuera a Shelfhoc sin él? Tal vez Grace podría acompañarla, como habían planeado. Le gustaba la idea de que la viuda de cabello castaño ayudara a preparar su eventual regreso a casa. Nunca había tenido un hogar propio.

Si regresaba. La posibilidad de sufrir heridas mortales en cualquier batalla estaba presente. Una simple rasgadura a menudo se infectaba. Solo esa misma noche, su tío Gallien había contado la historia del nieto del Conquistador, que murió dolorosamente en Flandes cuando una herida aparentemente inofensiva en la mano, causada por una lanza, se volvió gangrenosa. Él había estado allí, había visto al soldado empujar la lanza en la mano de William Clito.

Un guerrero reconocía y aceptaba los peligros, pero se sentía extrañamente preocupado. Si no regresaba de Wallingford, nunca sabría si le importaba o no a Grace...

PEQUEÑO PÁJARO

Rodrick caminaba de un lado a otro en su habitación, todavía completamente vestido aunque ya era bien pasada la medianoche. Había pasado un día agotador supervisando los preparativos para el día siguiente. El arsenal de Ellesmere siempre estaba abastecido con espadas afiladas, lanzas, flechas y dagas, y sus soldados altamente entrenados y listos para la batalla. Los escudos dañados eran reparados o desechados. La vida en las Marcas de Gales era precaria a pesar de que habían pasado ochenta y siete años desde la conquista normanda, una realidad que muchos rebeldes galeses aún se negaban a aceptar.

La eficiencia del mayordomo Bonhomme para asegurar que el castillo estuviera bien provisto significaba que Rodrick no tenía que preocuparse por la comida para las tropas en la marcha de cuatro días.

Había buenas carpas y pabellones en abundancia para los nobles y caballeros.

Los Montbryce que habían luchado en Hastings eran caballeros normandos cuyas vidas a menudo dependían de sus monturas. Los establos de los dominios Montbryce, desde Alenstone, hasta Domfort, Belisle, Montbryce en Normandía, y desde Ellesmere hasta las vastas propiedades en Sussex que controlaban, eran renombrados por el cuidado que brindaban a sus caballos.

El ejército de Ellesmere llegaría a Wallingford bien alimentado, bien preparado y perfectamente arreglado, con sus armaduras y sobrevestidos limpios y en buen estado. Cada conde desde Ram de Montbryce había sentido orgullo por sus hombres de armas. Un hombre militar que disfrutaba de los placeres de la vida luchaba con más ahínco por mantenerse vivo.

Las emociones estaban a flor de piel durante la cena, la gente del castillo emocionada por la partida del amanecer. Su padre dio un discurso apasionado, exhortando a sus soldados a ayudar a salvar a Inglaterra de la anarquía que la desgarraba.

Leicester añadió fervor con palabras incitantes.

Rodrick se dejó llevar por la perspectiva de la ardua tarea heroica que tenían por delante, pero no podía apartar la vista de Swan. Ella también estaba inmersa en la emoción, pero de vez en cuando lo miraba, con sus ojos llenos de una tristeza que le hizo latir el corazón con fuerza en su ingle.

Se sintió aliviado de que ella no estuviera sentada a su lado. Le habría sido difícil no tocarla. Ella y Grace y Bronson habían decidido sentarse en una mesa debajo del estrado. Comprendía su necesidad de estar con su hermano, pero ¿por qué su gemelo se interponía entre ellos? Sorprendentemente, parecía que Grace coqueteaba con su primo pelirrojo. Intentó recordar si Bronson estaba casado o si había estado casado. Ninguna esposa lo había acompañado a las Marcas, así que o ella estaba aún en Northumbria, o no existía. Tal vez no era el tipo de hombre para casarse, en cuyo caso Grace se sentiría herida. Y ella ya había sufrido lo suficiente.

Exhausto al inicio de la cena, estaba destrozado cuando terminó. Quería llevar a Swan a su habitación y devorarla, pero tuvieron que conformarse con un par de besos en la mejilla mientras todos se despedían. Su impaciencia creció al ver a Bronson y Grace demorándose en sus despedidas.

Caminando en su propia habitación, se preguntó si Swan estaría haciendo lo mismo. ¿Qué daño había en ir a su habitación en silencio? Estaba cerca. Todos estarían ya en cama. Quería un

beso más apasionado antes de irse. Solo un beso para asegurarle sus sentimientos.

Se estremeció cuando su puerta crujió fuertemente. Nunca se había dado cuenta de que las bisagras necesitaban aceite. Lo mencionaría a Bonhomme al día siguiente, aunque lo más probable es que tendría otras cosas en mente.

Cerró la puerta cuidadosamente, pero la corriente casi apagó la vela que llevaba para alumbrar su camino en el oscuro pasillo. Hubiera sido mejor si se hubiera quitado las botas, aunque la mayoría del suelo de piedra estaba cubierto por esteras de juncos que amortiguaban sus pasos.

Tocó suavemente la puerta de Swan, contuvo la respiración y esperó. Los vellos de su nuca se erizaron momentáneamente cuando escuchó que otra puerta se cerraba suavemente más abajo en el pasillo, cerca de la habitación de Grace. Oyó pasos acercándose y rápidamente se metió en la habitación cuando Swan abrió la puerta.

Swan retrocedió, sorprendida por la apresurada entrada de Rodrick. No se había desnudado, esperando y rezando para que él viniera, pero ahora su corazón daba saltos en su pecho.

—Lo siento —murmuró él, apagando su vela mientras cerraba la puerta rápidamente y ponía un dedo en sus labios—. Alguien viene por el pasillo.

—¿A esta hora de la noche? —susurró ella.

Él soltó una risa, mirándola a los ojos.

—Quizás algún otro enamorado venga a besar a su amada de despedida.

Por más que lo intentara, Swan no podía adivinar quién podría ser.

—¿Has venido a besarme?

Él puso sus manos en su cintura.

—Lo he hecho.

Su calor penetró el grueso terciopelo. ¡Imagínate si se hubiera cambiado a su camisón! Rechazó el vergonzoso impulso de arrancarse la ropa y pegar su cuerpo desnudo al de él. Mirándolo a los ojos, abrió los labios y murmuró:

—Me alegro.

Tomando su mano, la condujo hasta las sillas junto a la chimenea.

—Siéntate conmigo.

Él se sentó, pero cuando ella se movió hacia la otra silla, la hizo sentarse sobre su regazo. Ella chilló mientras el deleite recorría su cuerpo.

Permanecieron abrazados por largos minutos. Ella miraba el hueco vacío de la chimenea, su cabeza sobre su hombro, escuchando el latido de su fuerte corazón. Algo duro presionaba contra su trasero.

—Me tienes hechizado, Swan FitzRam —gruñó él, moviendo las caderas—. Solo tenerte sobre mi regazo me excita. Si te beso...

—Pero tienes que besarme —se quejó ella—. Quiero un beso que me dure hasta que regreses.

Swan era una persona franca que decía lo que pensaba, pero las palabras atrevidas la sorprendieron incluso a ella. Jugaba con los cordones sueltos de su camisa de lino.

—Soy una descarada.

Él le apartó un rizo de la frente.

—No, Swan, eres una mujer apasionada, y no te imaginas lo aliviado que estoy de que estés libre del convento.

Ella se sentó para mirarlo, sujetándole la cara entre las manos.

—Bésame.

Él sonrió.

—Si sigues moviéndote, haré algo más que besarte.

—Promesas, promesas —lo provocó ella, sintiendo que jugaba con fuego, pero sin importarle. Algo crecía dentro de ella, algo que la impulsaba a tocarlo, saborear su aroma, compartir el calor de su cuerpo.

El gruñido de él al tomar sus manos de su rostro y ponerlas alrededor de su cuello la sorprendió, pero no tuvo tiempo de pensar cuando sus labios aplastaron los de ella, su lengua exigiendo entrada. Ella abrió la boca, saboreando el dulce vino que él había bebido en la cena, disfrutando el hormigueo en su cuero cabelludo mientras él pasaba los dedos por su cabello.

Hiram la había besado, pero esto era diferente. Ella mordisqueó su labio.

—No sé besar.

—Sí sabes —gruñó él antes de sumergir nuevamente su lengua, incitándola a que la siguiera hasta su boca. Por lo que recordaba, nunca había visto la lengua de otra persona, y ahora la suya se unía a la de Rodrick, enviando fragmentos de deliciosa sensación que se disparaban hacia lugares muy privados. De forma involuntaria, su garganta emitió un extraño sonido de maullido. No había fuego en la chimenea, pero su cuerpo ardía. El corsé de su vestido de repente estaba demasiado apretado, sus pezones protestando por el confinamiento.

Como si adivinara su necesidad, la mano de Rodrick recorrió su cuello y se posó en su pecho. Cuando rozó con el pulgar el pezón, su cuerpo se volvió inerte. Dejó de respirar, contenta de dejar que él respirara por ella. Puso la mano en su rostro, deleitándose con la suavidad aterciopelada de su piel sin afeitar.

—Swan —gruñó él, tragando con dificultad cuando se separaron—. Déjame tocarte.

Ella no estaba segura de lo que quería decir, ya que ya se estaban tocando. Él movió la mano lentamente sobre sus costillas y su vientre hasta que reposó sobre su pubis. Ella abrió las piernas, buscando liberarse de la pulsante presión. Él movió la mano. Ella se revolvió inquieta, dividida entre el decoro y el deseo.

Sus faldas crujieron cuando él recogió la tela con su mano.

—Calla, Swan, déjame complacerte.

—Me complaces —susurró con una voz que apenas reconoció.

Le dio un beso en la frente.

—Oh, mi Swan, tan mundana y sin embargo tan inocente.

Se puso de pie, la levantó y la depositó en la cama. Su corazón se estremeció. Quería su atención, pero sus padres le habían inculcado la importancia que los hombres le daban a la virginidad de una novia.

Como si sintiera su reticencia, tocó sus labios con su dedo índice, luego tomó su mano y la colocó en la carne dura en su ingle.

—Siente lo que me haces. Te deseo, pero te doy mi promesa de que regresaré de Wallingford, nos casaremos y sumergiré mi eje en tu vaina cálida. Soy un hombre honorable y tomaré tu virginidad en nuestra cama de matrimonio. Esta noche, quiero darte placer, algo para que me recuerdes.

Sus palabras hicieron que su corazón se elevara, pero estaba confundida. Su hermana casada, Elayne Agneta, le había confiado en susurros que un hombre insertaba su parte masculina en el cuerpo de su esposa. El tamaño de la forma bajo su mano la hizo preguntarse por qué su hermana la había molestado. Tal interacción era obviamente imposible, aunque una

sensación extraña y no desagradable se disparó hacia arriba en sus muslos y en su vientre inferior mientras la carne debajo de sus dedos se volvía más pesada.

Rodrick levantó su mano.

—Es mejor parar ahora, o puedo ser tentado a perjurar. Confía en mí esta noche.

Miró a los ojos azules llenos de amor y anhelo y susurró su permiso.

Se quitó los zapatos y las medias. Era la primera vez desde la infancia que alguien que no fuera una criada lo había hecho y ningún hombre había tocado sus pies. Hiram no había tenido permiso para verlos. Sin embargo, confiaba en Rodrick, a pesar de la emoción que burbujeaba en sus venas como agua en una olla en ebullición. Puso sus manos en sus tobillos.

—Abre las piernas.

Clavó los dedos en la colcha de damasco e hizo lo que le pedía, sin quitarle los ojos de encima.

—Buena chica.

Deslizó sus dedos a lo largo de sus pantorrillas, luego agarró sus rodillas, empujándolas hacia arriba mientras se arrodillaba en la cama entre sus piernas. La tela de su vestido se deslizó hasta sus caderas, revelándola a su mirada. Se balanceó al borde de un precipicio peligroso, pero nunca se había sentido más segura.

—Eres tan hermosa como imaginé —dijo, sus ojos fijos en una parte de su cuerpo que nunca había visto. —Tan rosa y húmeda.

Parpadeó, incapaz de sacar palabras de su garganta seca, llena de la certeza de que la vida nunca sería la misma después de esta noche.

—Me siento honrado de ser el primer hombre en mirarte, Swan.

Estaba demasiado nerviosa para decirle que estaba encantada de que el primer hombre que la mirara lo hiciera con amor.

Pero tal vez no la amaba. Elayne había insistido en que los hombres estaban motivados por la lujuria. Pero no le importaba, cada vez más segura de que lo amaba.

Rápidamente movió sus manos a la parte superior de sus muslos, luego inclinó la cabeza. Seguramente no iba a...

Gimió cuando separó sus labios inferiores con sus pulgares y puso su boca en su lugar más íntimo. Sus manos volaron hacia su cabeza para empujarlo, pero su cabello grueso se sentía tan suave que pasó sus dedos a través de él mientras ríos de placer fluían desde donde chupaba hacia su espalda, sus muslos, sus pezones, las plantas de sus pies.

—Rodrick —murmuró. —Estoy segura de que esto está mal, pero no pares.

Levantó la cabeza, sus labios brillantes con sus jugos.

—Eres cálida y húmeda, y sabes maravilloso. No puedo esperar a que nos casemos.

Alejó la nube en el horizonte de su felicidad. Podrían no tener permiso para casarse, y aquí estaba permitiendo que la tocara en lugares...

—Deja de preocuparte —susurró.

Luego pasó su lengua sobre un punto determinado, un punto mágico, una y otra vez hasta que el lamento bajo que emanaba de lo más profundo creció hasta convertirse en un grito fuerte cuando se desplomó del precipicio en un olvido de felicidad palpitante. Se lanzó hacia adelante para presionar su boca contra la de ella, sofocando su grito mientras deslizaba sus dedos dentro de ella. Volvió su rostro, jadeando sin aliento.

—Más profundo, más profundo —lo instó, empujando sus caderas hacia su mano.

—Todavía no, mi pequeño pájaro, tienes que conformarte con solo un poco esta vez.

Su vaina latió en sus dedos mientras devolvía su beso, necesitando su aliento para

mantener sus pulmones funcionando.

Después de que sus bocas se separaron, se aferró a él durante largos minutos, escuchando su respiración. ¿Se había quedado dormido?

—¿Qué pasó? —bostezó. —Tuve que gritar.

Retiró sus dedos y alisó su vestido sobre sus piernas.

—Se supone que debes gritar.

—Espero que no haya sido demasiado fuerte —susurró, pero el agotamiento la abrumó antes de escuchar su respuesta.

NO HAY NADA QUE HACER

Desnudo, Bronson se sentó en el borde de su cama, mirando la carne dura entre sus piernas. La noche había sido una comedia de errores. Había ido a la cámara de Grace. ¿Por qué? no estaba seguro. Luego volvió a mirar la erección persistente que tendría que deshacerse si quería dormir algo.

Mi maldito eje sabe por qué fui.

Frustrado por no haber sido sentados juntos en la cena, había golpeado en su puerta.

Ella había aparecido, flotando en una voluminosa bata blanca, con su cabello rojo como una bendita aura. Por un momento, creyó que la visión sonriente era un ángel, aparentemente feliz de recibir a un visitante después de la medianoche.

Se había tambaleado en el umbral, vacilante en pedir permiso para entrar cuando ella no lo invitó a entrar. Pero eso era algo bueno. Las mujeres nobles respetables no invitaban a los hombres a sus cámaras en plena noche. La llama de su vela se había apagado en la corriente de aire, llenando sus fosas nasales con el olor acre del humo. Ella había arrugado la nariz.

Confiado en lo que quería decir cuando salió de su propia cámara, ahora no tenía idea de por qué estaba allí cuando había jurado no casarse de nuevo. Las palabras que salieron de su boca no eran las que había planeado decir.

En lugar de "Me siento atraído por ti, Grace", había carraspeado y tartamudeado:

—Quería decirte que me alegra que acompañes a mi hermana a Shelfhoc.

Anhelaba decir que su presencia en Shelfhoc sería un faro que lo guiaría a casa. En el silencio, dijo:

—Swan apreciará tu compañía. Me alegra que se estén haciendo amigas.

No tenía recuerdo de cuántas veces había usado la palabra "alegra", ni de ninguna otra tontería que hubiera dicho. Rezó fervientemente para que no hubiera dicho nada sobre el tema de no casarse de nuevo. Lo que ella había susurrado en respuesta se perdió para él, su mirada y sus pensamientos se centraron en sus ojos verdes y su sonrisa.

Recordaba haberla besado, un beso torpe y adolescente dirigido inicialmente a sus labios. Se había desviado del curso, chocado con su nariz y terminado en su mejilla enrojecida.

¡Cielos! ¿Al menos le había deseado buenas noches cuando huyó?

¿Qué había pasado con el Bronson pulido y articulado que no había tenido dificultades para atraer a dos hermosas esposas? Hizo la señal de la cruz de su Salvador en su cuerpo.

Que descansen sus almas.

Se le ocurrió en su mente confundida que no debería estar llamando al Señor mientras estaba sentado desnudo mirando su propia virilidad rígida, pero entonces probablemente ya estaba condenado por lujuria por su prima.

Grace había lanzado un hechizo sobre él, lo había convertido en un idiota balbuceante gobernado por el impulso y su pene.

De camino a su cámara, pensó que había visto a alguien entrar en la cámara de Swan, pero tal vez lo había imaginado, con los ojos cruzados por su eje errante que incluso ahora se negaba a obedecer.

Nada que hacer sino tomar medidas en sus propias manos. Rodó sus ojos hacia el cielo.

Perdóname, Señor.

Después de cerrar la puerta, Grace se quedó de pie durante un rato, inhalando profundamente, tratando de hacer que sus pulmones volvieran a funcionar. Tocó con la palma de su mano el lugar donde Bronson la había besado en la mejilla, sonriendo al recordarlo. Era como un joven que cortejaba a su primera chica.

Pero su nerviosismo le encantó. Era halagador tener a un noble apuesto tartamudeando quizás porque ella lo afectaba, aunque había murmurado algo sobre no casarse de nuevo.

Había sido difícil seguir sonriendo cuando dijo eso. Pero su rostro enrojecido, su tartamudeo, el bulto en sus calzas, su beso, todo contradecía sus palabras. ¿Por qué más había venido en medio de la noche si no estaba atraído por ella? Tal vez debería haberlo invitado a entrar.

¡No! La juzgaría como una prostituta, una viuda solitaria que anhelaba un compañero masculino.

¿Estaba sola? El matrimonio con Victor había sido la soledad en sí misma. Después de su muerte, se había resuelto a aprovechar al máximo su libertad. Ellesmere a menudo estaba lleno de hombres atractivos cuya compañía podía disfrutar sin darles el control sobre su vida, y, en cualquier caso, Bronson era su primo. No había futuro para su relación. Pero sería su amigo, ayudaría a preparar su nuevo hogar para que tuviera algo que esperar cuando regresara de Wallingford.

Swan se deslizó dentro y fuera de un mundo mágico mientras dormía, flotando en el vívido recuerdo de los placeres que Rodrick había causado con su toque y su lengua. A menudo había fantaseado, como la mayoría de las jóvenes, con enamorarse, pero nunca imaginó que los deleites corporales serían tan impresionantes como la emoción del corazón.

Siempre había estado feliz de que sus hermanos casados hubieran encontrado esposas que amaban, pero ahora un pinchazo de envidia se deslizó en su mente. ¿Quién hubiera sospechado que habían estado compartiendo tal intimidad todos estos años?

Agradeció al Cielo una y otra vez por rescatarla de una vida religiosa. Su madre tenía razón, era una mujer nacida para complacer a un hombre.

Pero no había hecho nada para complacer a Rodrick antes de quedarse dormida en una niebla de felicidad. Era un descuido egoísta que tendría que remediar...

Su euforia se desvaneció. Rodrick se iba a la guerra a la mañana siguiente. Se despertó temiendo la partida del hombre que de repente anhelaba.

Acostado, Rodrick miró hacia arriba en las vigas de su cámara. Había derivado un inmenso placer de llevar a Swan a su primer clímax. Su dulce sabor persistía en sus labios. Todavía sentía el peso de sus pechos llenos en sus manos. Su perfume...

Se sentó abruptamente y gimió. Había salido de la cámara de Swan con una erección que se negaba a cesar y revivir el interludio no estaba ayudando.

No la culpaba. ¿Qué sabía una inocente de las necesidades de un hombre?

Pero él también necesitaba dormir. El viaje a Wallingford sería largo y duro.

No hay nada que hacer sino tomar medidas en sus propias manos.

VIAJANDO

Dos días después, Rodrick alineó su caballo al lado del de su padre cuando el estrecho y accidentado camino se ensanchó.

—En una hora deberíamos llegar a Fernhill Heath —observó.

Su padre se movió en la silla.

—Hemos hecho buen progreso. No tanto como ayer, pero es aceptable, considerando el terreno.

Después de haber cabalgado durante varias horas sin conversación, Rodrick sintió la necesidad de llenar el silencio. Su armadura le rozaba en lugares incómodos. No le apetecía pasar otra noche bajo lona.

—Es extraño cómo ayer los hombres estaban llenos de energía y vigor, y hoy están más callados. Los infantes cantaron canciones subidas de tono durante todo el camino hacia Bridgnorth ayer.

Su padre sonrió.

—El terreno más difícil tiene mucho que ver con ello. Sin embargo, en el primer día de marcha, los hombres suelen estar impulsados por la emoción de la expedición y la perspectiva de la batalla. En el segundo día, piensan en las mujeres y niños que dejaron atrás.

La mirada melancólica en el rostro de su padre traicionaba exactamente dónde se encontraba su pensamiento. Rodrick intentó aligerar el ambiente.

—Tienes a la mayoría de tus hijos contigo en esta campaña, así que debe ser mamá en la que estás pensando.

Gallien de Montbryce cambió de postura en la silla.

—He dejado a tu madre muchas veces para ir a pelear, pero nunca se hace más fácil. En Flandes llevé un saquito con su potpurri junto a mi corazón durante meses. Lo mismo para ella. Es fuerte, pero se preocupa.

Rodrick pensó en el futuro. Quería con todo su corazón casarse con Swan y que ella fuera la que sufriera por su regreso. Desearía haber tomado algún obsequio de ella, quizás un mechón de su cabello. Ella lloró cuando se despidieron en el patio de armas. Pero ¿qué pasaría si nunca obtuvieran el permiso para casarse? Si la desposaba sin la bendición de la Iglesia, perdería el condado.

—Una visita al obispo de Shrewsbury tendrá que esperar hasta nuestro regreso. A menos que busquemos a un clérigo de alta posición en Westminster, una vez logremos levantar el asedio de Wallingford.

¿Cómo había sabido su padre que él había estado contemplando esa posibilidad?

—¿Crees en el amor a primera vista, papá? —preguntó con algo de temor. Estos eran temas que nunca habían discutido.

—Eso es lo fácil —respondió. —Sí, lo creo, pero no seas como yo y niegues que estás enamorado. —Movi6 la cabeza—. Cuando pienso en el tiempo que perdí, y el daño que causé a mi esposa.

Rodrick nunca se había preocupado lo suficiente por una mujer para entender antes lo que su padre quería decir, pero ahora lo entendía. Dadas las dificultades que enfrentaban y lo que podían perder, podría decirse fácilmente a sí mismo que no amaba a Swan. Pero la amaba.

—Yo amo a Swan, papá. Estoy decidido a luchar por ella.

—Bien. Espero que mantengas tu determinación, porque tengo la sensación de que será una larga lucha. Sin embargo, he tenido la buena suerte de sufrir la maldición de los Montbryce. Espero que lo mismo te suceda a ti. El amor de una buena mujer hace la vida infinitamente más placentera.

Rodrick se rió, disfrutando la referencia a la maldición. Desde el tiempo de su tatarabuelo, los Montbryce habían sido diferentes de la mayoría de los nobles en una manera muy particular: amaban a sus esposas apasionadamente.

Mientras ella y Grace se acercaban a Ruyton, Swan maravillada comentó en voz alta sobre la eficiencia del Mayordomo Bonhomme.

—Había despedido a una enorme fuerza expedicionaria apenas un día antes, y aún así logró abastecer nuestro séquito para Shelfhoc.

Grace asintió.

—De hecho, nuestra familia ha sido bendecida por los talentos de la familia Bonhomme, tanto aquí como en Normandía. Nos han servido fielmente durante casi cien años.

—No parpadeó cuando le dije que planeábamos partir al día siguiente. No quería esperar más para ver Shelfhoc.

—Estoy de acuerdo. Fue bueno ponernos en marcha. El clima de agosto es agradable, y deberíamos llegar pronto. Los hombres que vinieron contigo desde Northumbria parecían aliviados de no dirigirse a Wallingford y están encantados de viajar con nosotros. Dos de ellos han ido por delante para asegurarse de nuestro paso por los guardias en el foso de la muralla. Pronto divisarás la pequeña iglesia dentro de los límites de Shelfhoc.

La torre apareció poco después. La cabeza de Swan se llenó con la idea de casarse en la pequeña iglesia, aunque Rodrick, sin duda, querría llevar a cabo la ceremonia en Ellesmere, en el grandioso edificio construido por Ram de Montbryce, simbólico para ambos. Pero no debía pensar demasiado en eso, por si acaso.

Su primera impresión de Shelfhoc al entrar en el patio fue la de una casa no muy diferente de Kirkthwaite Hall, pero mucho más antigua.

Un hombre bajo, calvo y vestido con el atuendo de un mayordomo apareció para saludarlos.

—Bienvenidas, Mesdames, milady Grace y milady Suannoch.

Los muchachos de los establos corrieron hacia ellos para ayudarlos a desmontar. Swan se sintió sumamente feliz de bajarse de Cob después de casi dos horas montando de lado.

—Tybaut es la cuarta generación de mayordomos que ha servido en Shelfhoc —explicó Grace.

Swan le agradeció con una reverencia.

—En nombre de mi hermano, le agradezco por su servicio a mi tío Edwin.

—Un hombre verdaderamente excelente —murmuró Tybaut con evidente reverencia—. Lo echo de menos. ¿Milord Bronson no los acompaña?

—No —respondió Swan—. Ha ido con el conde para ayudar a levantar el asedio de Wallingford.

Los ojos de Tybaut se abrieron, como si esta noticia lo sorprendiera, luego unió las manos y las puso sobre su pecho, mirando al cielo.

—Tiempos peligrosos vivimos. Agradezco al Cielo a diario que nos haya librado de los estragos que están azotando otras partes de Inglaterra.

Los condujo hacia la casa.

—¿Debería mostrarles todo ahora? —preguntó Grace con entusiasmo—, ¿o prefieren descansar primero?

—Habrá tiempo de descansar cuando nos retiremos —respondió Swan.

Mientras su prima lideraba el camino, Swan saboreaba cada panel encalado, cada escalón, cada cámara.

—Es una gran casa —comentó a Tybaut.

—Dos pisos de alto, como ve —respondió él, inflando el pecho con orgullo—. Construida con maderas partidas y cepilladas, unidas con clavos de hierro.

El interior estaba decorado de forma elaborada con torneados ornamentales de madera, y el piso de madera crujía suavemente, cubierto con esteras de mimbre. El techo estaba bien techado con paja. Los sólidos edificios anexos estaban enmarcados con gruesos postes de madera, rellenos con mimbre y cubiertos con mortero y musgo para mantener el frío del invierno afuera. La cocina de piedra estaba apartada de la casa de madera.

—Este solía ser el cobertizo de tejido —explicó Tybaut mientras entraban en un edificio largo y estrecho—. Quizás ustedes, damas, podrían hacer que se use de nuevo. No se usó durante la residencia de Milord Edwin aquí.

Levantó el extremo de una lona pesada.

—He mantenido los viejos telares cubiertos.

—Tal vez —respondió Grace—. Me encanta tejer.

Swan dudaba que alguna vez volviera a pisar el cobertizo, pero al posar la mano sobre el telar de madera bajo la lona, le agradaba imaginar a su bisabuela, que llevaba su mismo nombre, creando productos tejidos en el lugar, y a su abuela después de ella. Si Aidan FitzRam no hubiera heredado Kirkthwaite en Northumbria, podría haber vivido aquí.

Había un modesto Salón del Thane donde se figuraba a su abuelo llevando a cabo negocios, administrando justicia y pronunciando sentencias. ¿Se había sentado Caedmon FitzRam en la enorme silla del thane, con su esposa Agneta a su lado, firmando contratos, alabando buenas acciones y comiendo con sus hombres? El salón era largo y estrecho, con dos puertas, una en cada extremo estrechado.

—Las cuatro ventanas tienen contraventanas de madera para defensa y para evitar el frío —explicó Tybaut.

Pensó en sus antepasados aquí, en los días posteriores al regreso de su abuelo de las Cruzadas, observando cómo el humo subía perezosamente desde el fuego en el centro, saliendo por el agujero del techo.

Shelfhoc fue donde comenzó la familia FitzRam en ese fatídico día, hace tanto tiempo, cuando Ram y Ascha Woolgar se conocieron.

Un sentimiento de regreso a casa la inundó.

—Me encanta este lugar —susurró a Grace—. Bronson también lo amará.

Los hombros de su prima cayeron.

—¿Cuánto crees que han viajado?

Swan le tomó la mano, contenta de no ser la única que echaba de menos a los hombres a quienes tanto querían.

—Esperaban llegar a Fernhill Heath esta tarde y continuar hacia Chipping Norton al día siguiente.

PIEDRAS VERTICALES

Bronson se consideraba un excelente jinete, pero estaba cansado de estar a caballo. Parecía que apenas había llegado a Ellesmere después de un viaje agotador e infeliz cruzando los Apeninos con Swan cuando llegó la orden de viajar a Wallingford. El agotamiento no auguraba nada bueno para sus posibilidades de mantenerse con vida si enfrentaban a las fuerzas de Esteban.

Habían estado en la carretera durante tres días, siendo este último el más largo, y sintió un alivio sincero al ver emerger la mota de Chipping Norton entre la niebla de la tarde. Al menos, el viaje le había dado la oportunidad de conocer mejor a sus primos Montbryce. William y Stephen eran amistosos y extrovertidos desde el primer momento, pero Rodrick le había incomodado. Sin embargo, en la larga marcha, había descubierto muchas buenas cualidades en el hombre que decía amar a su hermana.

Rodrick sería un buen esposo para Swan. Pero el camino por delante era incierto, lleno de obstáculos eclesiásticos. Él y Grace enfrentaban los mismos problemas si...

Un alboroto más adelante captó su atención. William regresaba lentamente hacia él, con una expresión de disgusto en el rostro.

—¿Qué ocurre, primo? —preguntó.

William puso los ojos en blanco.

—Parece que no somos bienvenidos en las tierras del señor FitzAlan. Su mayordomo le dijo a nuestros exploradores que no quiere a nuestros hombres merodeando por la zona donde está construyendo su castillo.

Bronson gruñó.

—¿Dónde acamparemos?

—Un lugar llamado Hrolla-landriht, la tierra de Hrolla. No te preocupes, dicen que está a poco más de tres kilómetros. Hay un prado donde podemos montar nuestras tiendas y, al parecer, unas piedras verticales.

Con cansancio, Bronson giró su caballo hacia el norte para seguir a los demás, esperando que "poco más" significara menos y no más. William cabalgaba junto a él. Como nortumbrio, Bronson estaba familiarizado con las piedras verticales y las supersticiones que las rodeaban.

—Los monumentos antiguos hablan de hadas y cosas por el estilo. Espero que no nos mantengan despiertos esta noche —bromeó.

William levantó las cejas.

—A mí no me importaría toparme con un hada encantadora que lanzara un hechizo para aliviar estos huesos cansados.

Bronson rio, pero en el fondo pensaba en una duendecilla pelirroja con la que le gustaría compartir cama. Enderezó la espalda dolorida. Ya era hora de dejar de lado esas fantasías que solo podían llevar a la desdicha.

Después de media hora, el agotado ejército llegó a un prado junto a un círculo de unas ochenta piedras erguidas. No eran tan altas como algunas que había visto, pero impresionaban igualmente.

—Parecen tocones carcomidos por gusanos —comentó William con un escalofrío.

—De caliza, creo —respondió Bronson—. La niebla se ha levantado, pero este lugar es

inquietante.

—Y húmedo, a pesar del calor del día —dijo William resignado, desmontando de su caballo—. Organicemos a los hombres para montar el campamento.

No les llevó mucho tiempo a los infantes montar las tiendas y pabellones.

Bronson se alejó para observar más de cerca el círculo de piedras.

Las tardes de agosto eran largas, y la niebla se había despejado, pero en el aire inmóvil flotaban el misterio y la magia. No tenía miedo de las piedras verticales, pero sabía lo suficiente como para ser cauteloso. Había oído hablar de sucesos extraños e inexplicables en algunos círculos. Se preguntó por los hombres que habían colocado esas piedras allí, hacía tanto tiempo. ¿Cuál habría sido su propósito?

—Son los Hombres del Rey.

Se dio la vuelta bruscamente, sorprendido por una voz que no reconoció de inmediato. Leicester estaba detrás de él, acompañado por Rodrick y su padre. Fue Leicester quien habló. Suponía que era de esperarse que el conde conociera la leyenda detrás de este sitio.

—Y allí, la más alta es la Piedra del Rey —añadió, señalando una roca más grande que Bronson no había notado antes, distraído como estaba con el círculo.

—Bajo la Piedra del Rey y los Hombres del Rey se dice que hay cavernas, refugio de las hadas. A medianoche salen de un agujero en un talud y bailan alrededor de las piedras a la luz de la luna. Si se tapa el agujero con una piedra plana, esta aparecerá volteada al salir el sol.

Un búho ululó, y los pelos de la nuca de Bronson se erizaron. Sintió la inquietud de los demás hombres, excepto Leicester, que simplemente rio.

—Se cuentan historias de personas que desaparecen en agujeros de hadas durante lo que parece muchos años. Sin embargo, cuando regresan, descubren que solo han pasado unas horas.

—En Northumbria se cuentan historias similares —dijo Bronson.

Leicester jugueteaba con el lóbulo de su oreja.

—Entonces seguramente conocen la tradición de dejar un regalo a las hadas para atraer la buena suerte.

Rodrick carraspeó, sonriendo a Bronson.

—He oído decir que algunas de estas piedras erguidas fomentan la fertilidad si las tocas.

—No te burles, joven Rodrick —le reprendió el conde—. Eso es cierto sobre la Piedra del Rey. Se dice que las doncellas jóvenes vienen aquí en cierta noche, tocan la piedra con sus pechos y luego festejan con pasteles y cerveza.

—Ojalá sea esta noche.

Se volvieron al escuchar la voz de William y Stephen. El rostro rojo de William y la expresión severa de Stephen delataban quién había hecho la broma. Gallien frunció el ceño hacia su hijo del medio.

Leicester se alejó.

—Más allá, están los Caballeros Susurrantes.

Lo siguieron y pronto llegaron a un grupo de cinco piedras erguidas.

—La leyenda dice que los Caballeros custodian una cámara funeraria, de miles de años de antigüedad. Se les llama así por la manera conspiratoria en que parecen inclinarse unos hacia otros, como si estuvieran tramando algo contra su rey.

Las cabezas giraron para mirarlo. Él les devolvió la mirada con una sonrisa.

—Demasiado apropiado, ¿eh, muchachos?

Las risas aliviaron la tensión en el aire. Gallien le dio una palmada en la espalda a Leicester.

—Admiro a un hombre con sentido del humor.

Leicester se llevó un dedo a los labios, con un destello de humor en la mirada.

—Silencio, escuchen. Los jóvenes vienen aquí a escuchar a los Caballeros susurrar el nombre de sus futuros esposos o esposas.

Los demás escucharon durante unos minutos y luego regresaron al campamento, entre risas y bromas. Solo Bronson y Rodrick permanecieron allí, inmóviles, mirando las piedras silenciosas mientras la oscuridad se adueñaba del prado.

* * *

Grace solía acompañar a su padre en las visitas a su tío Edwin en Shelfhoc. Ella lo llamaba tío, aunque en realidad era su primo en segundo grado. Edwin y su padre eran grandes amigos, y sus perros siempre se emocionaban al verla. Hoy no había sido la excepción. Ella y Swan habían jugado con los perros toda la tarde en el campo detrás de la casa solariega, después de visitar la iglesia. Antes de eso, habían conversado con Tybaut acerca de algunos cambios que pensaban que el nuevo propietario necesitaría. Era evidente que había sido el hogar de un soltero, y habían planeado e ideado formas de añadir toques femeninos sin ofender al hermano de Swan.

Siempre había disfrutado visitar Shelfhoc, pero ahora lo veía con otros ojos: como un hogar. Era una presunción por su parte, dado que Swan tenía más derecho que ella a ser considerada la dama de la casa. Puso mala cara cuando Swan sugirió cosas que ella creía que no funcionarían, y rápidamente contrarrestó esas ideas con las suyas.

Después de un agotador día, ambas se retiraron a sus habitaciones, seguían siendo amigas, aunque Grace percibió cierta impaciencia en su prima. Swan había reclamado la habitación del propietario, que evidentemente debía ser para Bronson.

Se agitó y dio vueltas durante horas, preguntándose cómo les iría a los hombres. Supuso que todo estaba bien. Si algún desastre hubiera sucedido a su gemelo, lo habría sentido, y no percibía nada parecido.

Finalmente, cayó en un sueño intranquilo. Y soñó.

Estaba de pie junto a una alta piedra desgastada por el tiempo, y de repente se encontraba en el centro de un círculo de hierba rodeado de piedras más pequeñas. Cientos de hadas bailaban a su alrededor, riendo de forma juguetona. Insegura, miró hacia atrás, a la alta piedra. Había un hombre al lado de ella. Su rostro estaba cubierto de sombras, pero tenía el cabello largo... y rojo.

Y estaba desnudo.

Las hadas rieron nuevamente, y ella bajó la mirada hacia su propio cuerpo. ¿Qué había pasado con su ropa? Miró de nuevo hacia la piedra. El hombre pelirrojo caminaba hacia ella con las manos extendidas.

Ella extendió los brazos para recibirlo mientras él presionaba su cuerpo contra el suyo. El deseo floreció en su intimidad. Gimió y arqueó la espalda.

Las hadas quedaron en silencio y huyeron. Ella contuvo la respiración al ver un ángel de alas negras que volaba alrededor del círculo y luego se posaba sobre la gran piedra. El hombre sacudió la cabeza y se adentró en la niebla.

—No te vayas —suplicó—. Por favor, no te vayas.

Se despertó de golpe, sudando, avergonzada al descubrir su mano en un lugar donde no debería estar.

ENRIQUE FITZEMPRESS

Al día siguiente, mientras los hombres recogían el campamento en la oscuridad del amanecer, Rodrick se alejó a encontrar un lugar donde poder lavarse la cara y las manos y atender a la llamada de la naturaleza.

Más allá de los hombres del rey, tropezó con un estanque. Centrado en sus abluciones, se sobresaltó al ver un movimiento—algo blanco. Miró al otro lado del agua mientras el sol comenzaba a levantarse, asombrado al ver un hermoso cisne blanco acicalando las plumas de su largo cuello. Se detuvo cuando lo vio, y se quedaron mirándose el uno al otro durante un minuto o dos. Mientras se observaban, otro cisne se deslizó hacia el primero. Sobre su espalda, viajaban seis esponjosos cisnes jóvenes.

Cayó de rodillas sobre el suelo pantanoso y agradeció al Cielo por esta señal. Swan sería suya.

Con el corazón lleno de alegría, regresó rápidamente al campamento, reunió su equipo, se puso su armadura y montó a tiempo para unirse a su padre, sus hermanos y su primo mientras partían hacia Wallingford.

La caminata duró más de seis horas. No hubo canciones. Rodrick supuso que los pensamientos de los hombres estaban centrados en la inminente batalla, como los suyos. Pero la señal que había recibido le daba esperanza. Sobreviviría y regresaría para casarse con Swan.

Su padre y Leicester pasaron la última hora del viaje preparándolos para su encuentro al día siguiente con el príncipe Enrique Plantagenet.

—Recuerden —les recordó Robert—, Enrique tenía solo dieciséis años cuando desembarcó en las costas de Devon y se declaró líder de la causa angevina tras la retirada de su madre. Ella había llenado su cabeza con la idea de que el trono de Inglaterra era su derecho de nacimiento y, aunque era tan joven, ardía con el fervor de su misión.

—Me dijeron que no habla inglés —dijo William.

Leicester mordió su labio inferior.

—No, pero entiende nuestro idioma. Lo seguí mientras viajaba por las Midlands la primavera pasada, haciendo campaña para convencer a la gente de su causa. En lugar de devastar tierras, celebraba cortes e invitaba a los nobles a venir en paz. En lugar de quemar cultivos, emitía cartas garantizando nuestros derechos sobre la tierra en Inglaterra y Normandía.

El padre de Rodrick continuó.

—Cuando tenía nueve años, su madre lo trajo a Inglaterra, antes de su escape de Oxford. Estudió en Bristol durante quince meses y conoció al famoso astrónomo y matemático, Adelard de Bath, quien le dedicó un tratado sobre el astrolabio, tan impresionado quedó con el aprendizaje del joven.

—Pero regresó a Normandía —observó el joven Stephen.

—Así fue —confirmó Leicester—. Inglaterra era un lugar peligroso con su madre y el rey Esteban persiguiéndose mutuamente de ciudad en ciudad y de castillo en castillo. Y su padre quería que regresara a Normandía para ayudar en su campaña por reclamar el ducado.

—Es un joven de aspecto raro, sangre normanda por parte de madre, sajona por parte de abuela y angevina por parte de padre. Pero tengan cuidado con su temperamento. Puede cambiar en segundos de buen humor a furiosa ira.

—Es un hábil jinete, a menudo galopando a gran velocidad. Ha estado involucrado en las campañas militares y maniobras políticas de su padre desde que tenía once años. Geoffrey le enseñó cómo llevar a cabo negocios y hacer la guerra en una tierra traicionera.

—Parece la persona adecuada para el puesto de rey en este país tan problemático, —observó Rodrick.

De pie en el pabellón real junto a los Montbryce y una docena de otros barones, Bronson miraba por encima del hombro de Gallien para estudiar a Enrique FitzEmpress Plantagenet, quien estaba sentado en un banco de campamento de madera, con las piernas anchas, y las manos en las caderas.

Presionó los nudillos contra su boca mientras un bostezo amenazaba con salir. Los habían despertado al amanecer y convocado. El sueño en el camino había sido poco más que inquieto, especialmente después de un sueño en el que se encontraba desnudo junto a la Piedra del Rey, cerca de Chipping Norton. Pasó la mayor parte del último tramo del viaje tratando de recordar más detalles de ese desconcertante sueño.

En el campamento de Wallingford, dormir había sido imposible. Con una fuerza gigante ya reunida, apenas había espacio para montar sus tiendas. Él y sus primos se vieron obligados a compartir su alojamiento con varios caballeros que roncaban ruidosamente. Parecía haber actividad de una u otra forma durante toda la noche. El ejército del rey Esteban estaba cerca, fuera de los muros de la ciudad sitiada. El olor a humo de las hogueras sobre las que se habían asado animales llenaba el aire.

Leicester tenía razón: “de aspecto raro” era una buena forma de describir al príncipe Plantagenet. Tenía una cabeza grande y redonda. Su rostro rojizo estaba cubierto de pecas. Era ancho y cuadrado de pecho, sus brazos fuertes y poderosos. Los ojos grises se agrandaron cuando su grupo entró en el pabellón. Bronson no estaba seguro, pero pensó que el príncipe lo saludó con un ligero movimiento de su cabeza mientras tocaba su propio cabello rojo.

—Esta tierra está cansada de la guerra —anunció Enrique sin dirigirse a nadie en particular, con una voz inusualmente áspera y estridente—. Mi tío Esteban y yo hemos estado aquí sentados durante días, enfrentándonos el uno al otro fuera de Wallingford, sin querer un choque de armas. ¿Qué se debe hacer?

Leicester y otro hombre dieron un paso adelante. Bronson supuso que, por su parecido, debía ser el gemelo de Leicester, Waleran.

Leicester aclaró su garganta.

—Mi príncipe, si puedo ser tan audaz, hay una cosa que la gente de Inglaterra aborrece más que nada en este conflicto sin sentido. Desprecian y temen a los mercenarios extranjeros que han destrozado su tierra. Les insto a que envíen a casa a sus soldados extranjeros como un signo para su pueblo.

El príncipe se ruborizó aún más y extendió el cuello desde sus hombros. Ni Robert ni Waleran vacilaron, aunque Bronson temía que una de las famosas rabias Plantagenet estuviera a punto de desatarse sobre ellos.

—No son los primeros en sugerir esto, Robert de Leicester, y ya he dado órdenes para enviar de regreso al otro lado del Mar del Norte a quinientos de mis hombres contratados.

Bronson notó cómo la rígida postura de Gallien se relajaba.

Leicester y Waleran bajaron la cabeza en señal de reconocimiento por la concesión.

El príncipe sonrió, dándose una palmada en el muslo.

—No todas las noticias son malas. Ya he comenzado negociaciones con Esteban a través

del arzobispo Theobald y el obispo Enrique de Winchester. Muchos barones se han unido a nuestra causa desde mi triunfal gira por las Midlands. Me complace ver a los Montbryce aquí.

Gallien y sus hijos hicieron una reverencia profunda.

—Y un primo de Northumbria, si no me equivoco.

Bronson bajó la cabeza. ¿Cómo sabía el futuro rey eso?

—Más tarde, cuando terminemos con este asedio, usted y yo debemos discutir la situación en el norte, Bronson FitzRam.

La gente se giró para ver quién era ese desconocido al que el príncipe conocía por su nombre. Gallien también miró por encima del hombro, su sonrisa llena de orgullo.

El príncipe se puso de pie.

—Buenos barones de Inglaterra. Siento que el fin está cerca.

Bronson dudaba que él fuera el único que esperaba que el príncipe se refiriera al final del conflicto.

Buenas Nuevas

Dos semanas después de la partida de los hombres, Grace y Swan estaban en el cobertizo de tejido. Grace explicaba la urdimbre y la trama, y el uso de lanzaderas y agujas. Swan fingía interés.

Tybaut irrumpió, seguido de un mensajero sudoroso. El corazón de Grace se detuvo por un momento cuando lo reconoció como un hombre de Ellesmere que obviamente había cabalgado con rapidez. Se arrodilló ante ellas. Grace apretó la mano de Swan mientras el color desaparecía del rostro de su prima.

—¿Qué noticias trae, Rolf de Grise? —preguntó.

Rolf se limpió los labios, todavía jadeando.

—Buenas nuevas, milady. El rey Esteban y el príncipe Enrique han acordado una tregua. Las uñas de Swan se hundieron en su piel.

—¿Sin batalla?

El mensajero sonrió, entregándole un pergamino.

—Sí, milady. El conde ha enviado el mensaje.

Con manos temblorosas, ella desplegó el documento, reconociendo la caligrafía del escriba que había acompañado a su padre. Leyó el mensaje en voz alta.

—El rey marchó con un espléndido ejército para encontrarse con el príncipe, pero lo sucedido en Malmesbury se repitió. Los compatriotas se apartaron de un conflicto que probablemente hubiera significado la completa desolación de nuestra querida Inglaterra. Todos reconocieron que la victoria de uno u otro lado significaría grandes confiscaciones de tierras y divisiones amargas continuas. El ejército de Esteban se negó a luchar.

Swan se tambaleó, sujetando el telar de madera.

—El rey y el príncipe tuvieron una conferencia a solas, al otro lado de un pequeño arroyo, sobre cómo hacer una paz duradera.

Grace apretó el pergamino contra su pecho.

—Alabados sean los santos. Al fin se han dado cuenta.

—Pero, ¿reconoció Esteban a Enrique como su heredero? —preguntó Swan, con los ojos llenos de lágrimas.

Grace leyó nuevamente el pergamino arrugado.

—Mi padre escribe que los términos de la paz son evidentes para todos. Esteban tendrá que reconocer a Enrique como su heredero.

Swan le arrebató el pergamino.

—¿Pero qué hay de príncipe Eustacio?

Swan nunca había sido una buena estudiante. Estar quieta mientras los monjes tutores que su padre proporcionaba a todos sus hijos hablaban sin cesar había sido una tortura. Cuando era niña, nunca entendió el propósito de aprender a leer. Estaba eufórica por comprender la mayor parte de la misiva mientras sus ojos danzaban sobre los símbolos. Al principio pensó que había entendido mal, pero luego se rió en voz alta, sujetando el pergamino.

—Vas a romperlo —advirtió Grace, frunciendo el ceño con severidad—. ¿Qué te hace gracia?

Swan inhaló profundamente.

—Eustacio está muerto.

Grace la miró fijamente.

Saboreando el momento de suficiencia, sabiendo algo que Grace no sabía, hizo una pausa

antes de continuar lentamente.

—Encolerizado por la tregua de su padre con Enrique, volvió a cometer violaciones y saqueos. Cayó enfermo una tarde y estaba muerto para la caída de la noche.

Solo el sonido de la respiración del mensajero sonriente rompía el silencio mientras ambas mujeres miraban el documento. No había mención sobre la causa de la muerte de Eustacio, y Swan se preguntaba si se atrevía a dar voz a lo que muchos sospechaban.

¿Veneno?

Grace la miró.

—¿Comida en mal estado, tal vez?

—Probablemente —murmuró.

SEÑALES Y ALARMAS

—No estás dando un buen ejemplo para nuestro hermano menor —gritó Rodrick a William sobre el bullicio de la celebración, deseando que hubieran elegido un asiento más alejado de los músicos que tocaban chirimías y hurdy-gurdies.

William apretó su agarre sobre la cintura de la campesina en su regazo en el abarrotado salón del castillo de Wallingford y se rió.

—La gente está aliviada de que estemos aquí, especialmente las mujeres. Simplemente estoy aprovechando su hospitalidad. Que tú hayas renunciado a las mujeres no significa que...

Rodrick golpeó la mesa con el puño, haciendo que la cerveza se derramara sobre el borde de su jarra.

—No he renunciado a las mujeres. Me considero prometido con Swan y no tengo la intención de traicionarla con ninguna de estas prostitutas.

La mujer se rió y sacó su prominente pecho mientras William le acariciaba el cuello, ambos aparentemente ajenos al insulto que Rodrick había hecho.

Su hermano pronto celebraría los veinte años, una edad en la que los pensamientos de los jóvenes a menudo se vuelven hacia el matrimonio. Pensó que no debería juzgar a William demasiado duramente. Después de todo, él no había pensado en casarse, a pesar de las súplicas de sus padres, hasta que apareció Swan. Y William no tenía la responsabilidad del condado, a menos que Rodrick cayera. Grace se encargaría mucho mejor de Ellesmere que William, pero lamentablemente nunca tendría la oportunidad.

Se preguntó distraídamente qué pasaría si él y sus dos hermanos murieran en batalla. Tal vez Ellesmere pasaría al hermano de su padre, pero Étienne no tenía hijos propios y vivía con su amante de toda la vida, Tandine. Tal vez el titular de la familia, el conde Alexandre, decidiría que Ellesmere debería ir a su hijo Barr, o a su hermano, Romain. Lo que sea que ocurriera en tales circunstancias llevaría a la disensión dentro de la familia, y la unidad había asegurado la supervivencia y prosperidad de la familia Montbryce cuando otras habían caído bajo el peso de la intriga política.

Sacando sus pensamientos del pasado, miró a su hermano menor, Stephen, al otro lado del salón, con un grupo de caballeros ruidosos, invitando a una joven a sentarse en su regazo.

—Ten cuidado, William, de no sembrar tu avena salvaje. Papá no estará feliz si dejas alguna de estas mujeres embarazada. Es frustrante estar aquí atrapado, pero...

William se inclinó cerca de la oreja de Rodrick, sonriendo ampliamente.

—No te preocupes —susurró.

Lo que estaba a punto de decir se ahogó en un hipo, seguido de un eructo estruendoso.

Rodrick arrugó la nariz, apartando con la mano el desagradable olor.

William rió y luego continuó, su dedo índice presionado contra sus labios.

—Me aseguro de retirarme antes de...

Movió las cejas, como si hubiera dado suficiente información para que su hermano comprendiera.

Rodrick puso los ojos en blanco y decidió moverse hacia donde Bronson se sentaba solo, tomando de su jarra.

—¿Solo, Bronson? —preguntó Rodrick mientras se sentaba frente a él—. ¿Ninguna de estas prostitutas te atrae?

Bronson se sacudió la irritación.

—Y un saludo para ti también, primo.

Rodrick se sintió culpable.

—Disculpa. Fui grosero.

Bronson gruñó en señal de acuerdo, sin poder mirar el rostro de Rodrick sin pensar en Grace. Mejor establecer buenas relaciones con su primo, especialmente porque él viviría cerca del castillo que Rodrick estaba a punto de heredar.

Para su sorpresa, Rodrick extendió la mano.

—Deberíamos ser amigos, tú y yo, si voy a casarme con tu hermana.

Bronson cambió de postura, reprimiendo la idea que le burbujeaba en la garganta de revelar sus sentimientos por Grace. Si se los admitía a Rodrick, tendría que reconocer que se estaba enamorando de ella. El amor y el matrimonio conducen a la desesperación. Había estado cómodo con ambas esposas, pero nunca había sentido por ninguna de ellas lo que le quemaba en las entrañas por Grace.

—Quiero que mi hermana sea feliz, y parece que está ansiosa por casarse contigo. Sin embargo, reconoces las dificultades que se avecinan.

Rodrick dio un trago a su cerveza.

—Lo sé, y había esperado hablar con el príncipe Enrique sobre una audiencia con el arzobispo, pero desde que llegaron las noticias de la muerte de Eustacio, él se ha visto involucrado en negociaciones con el rey Esteban.

—En la que el arzobispo Theobald juega un papel vital y probablemente está demasiado ocupado para ocuparse de un asunto trivial como el matrimonio de dos primos —dijo Bronson.

—Sí —respondió Rodrick desanimado—. Especialmente porque soy el hijo de un barón que lideró la lucha para que Esteban fuera coronado.

—Mi esperanza es que tengas éxito —dijo Bronson, entristecido por la desesperación en el rostro de Rodrick.

La sonrisa regresó.

—Lo tendremos. Me otorgaron una señal.

El corazón de Bronson dio un latido fuerte, las palabras de Rodrick le recordaron su sueño.

—Cuéntame.

—Cerca de las piedras. Vi una familia de cisnes. Un macho y una hembra con una camada de cisnes jóvenes

Le alegró a Bronson imaginarse a Swan con una camada de niños, pero deseaba que los detalles de su propio sueño fueran más claros. Algo fundamental de él danzaba alrededor de su memoria pero se negaba a revelarse.

—Creo que me dieron una señal en Hrolla-landriht.

Rodrick arqueó las cejas, lo que le hizo desear haber cuidado su lengua. Ahora se vería obligado a explicar. Tal vez si se hacía el desentendido, Rodrick pensaría que había oído mal en medio del bullicio.

—¿Una señal de qué? —insistió su primo, mirándolo curioso.

—Probablemente no sea nada. Tuve un sueño, pero estoy seguro de que muchos soñaron esa noche. Las piedras erguidas a menudo hacen que los hombres crean tener visiones.

—Pero te molesta.

Bronson nunca había sido un mentiroso y su perspicaz primo habría reconocido una

mentira si decidiera contarle una.

—Lo hace. Estaba de pie junto a la Piedra del Rey.

—¿Y?

Tragó el nudo que sentía en la garganta, esperando que su primo no se echara a reír demasiado fuerte.

—Estaba desnudo.

Rodrick entrecerró los ojos, mirándolo fijamente.

—¿Estabas solo en el sueño?

Bronson cerró los ojos.

—No. Había una mujer. Caminé hacia ella. Ella extendió las manos en señal de bienvenida.

—¿Era alguien que conoces?

Bronson abrió los ojos y su corazón dio un brinco en su garganta. Estaba mirando el rostro que había visto en su sueño, excepto...

Rápidamente desvió la mirada, una sensación extraña recorriéndole la piel ya caliente.

—Era Grace, ¿verdad? —dijo Rodrick.

No había censura en la voz de su primo, pero Bronson se llevó la cabeza entre las manos. El sueño ya estaba claro ahora.

—Sí, pero no puede ser.

—¿Por qué no? Parece que los Montbryce y los FitzRam se gustan mutuamente.

Levantó la cabeza, la sonrisa irónica de Rodrick alivió su corazón por un momento. Pero luego tembló por el repentino recuerdo de una parte del sueño que había olvidado...el Ángel Oscuro.

—No me casaré de nuevo.

Sintió que Rodrick quería presionarlo más, pero se libró del interrogatorio con la llegada de William, quien se tambaleó hasta el asiento junto a él y enseguida vomitó sobre la mesa.

Duende Desaliñado

—Finalmente hemos sido llamados a Winchester —anunció Gallien de Montbryce a sus parientes meses después, mientras se reunían alrededor del brasero para romper el ayuno. El frío de la gris mañana de noviembre calaba en los huesos de Rodrick. Frotó sus manos heladas sobre las brasas brillantes, con el pan rancio y el queso mohoso atrapados entre sus dientes que castañeteaban—. Gracias al Cielo. Estoy harto de dormir en una tienda.

Estaba irritable; todos estaban cansados de los tediosos días dedicados a asegurar la seguridad de Wallingford. Algunos de los partidarios de Stephen, descontentos por el giro de los acontecimientos, merodeaban por los alrededores. Rodrick vio a Godefroy, el hijastro de su hermana, entre ellos.

Los ánimos se habían exacerbado, la paciencia se agotaba rápidamente. Su padre no decía nada, pero Rodrick intuía que echaba mucho de menos a su esposa. A pesar de las advertencias, William había embarazado a una aldeana y el conde se había visto obligado a hacer provisiones para la joven y su hijo no nacido.

Rodrick no estuvo presente, pero por lo que fuera que Gallien de Montbryce le dijera a William, el joven había quedado considerablemente reprimido. Ahora se comportaba como un monje, pasando la mayor parte de su tiempo libre en el cercano monasterio. El joven Stephen también era raramente visto en compañía de mujeres.

—Debemos estar allí mañana —continuó su padre—, lo que significa un largo día a caballo si queremos llegar antes del anochecer. Ya he dado órdenes a los hombres para que desmonten el campamento. Recojan sus cosas y vayamos.

Rodrick arrojó los restos de su comida al fuego. No necesitaba que se lo dijeran dos veces. El llamado a Winchester significaba una sola cosa. El antiguo Minster, lugar de descanso de San Swithun y de legendarios reyes sajones, era donde se santificaba la realeza inglesa. Se firmaría una tregua.

Entonces, podrían irse a casa. Anhelaba ver a Swan de nuevo, preocupado por cómo le iría en Shelfhoc, aunque sus misivas estaban llenas de detalles sobre lo que ella y Grace habían logrado. Le divertía que siempre hubiese una nota para Bronson de parte de Grace, ostensiblemente explicando algún cambio que ella quería hacer, pidiendo su permiso. Sin embargo, la manera en que Bronson salivaba al leer las notas confirmaba lo que sospechaba: su primo estaba suspirando por su hermana.

El viaje hacia Winchester fue largo, pero Rodrick sintió que el optimismo lo había invadido. La gente ya no huía al pasar. Durante la mayor parte de sus veinticinco años, había vivido en una tierra llena de miedo, y se consideraba afortunado de haber pasado su vida en un lugar aislado de los peores estragos de la guerra civil. Pero viajar siempre había sido una tarea peligrosa. Los vítores y la expresión de alivio en los rostros curtidos de los campesinos alegraron su corazón.

Durmió plácidamente esa noche, por primera vez en mucho tiempo, y se sintió renovado cuando él y el resto de su familia se reunieron en el frío de la catedral para presenciar el trascendental acontecimiento.

Esteban y Enrique se acercaron para ponerse de pie frente al altar mayor.

Rodrick echó un vistazo al rostro estoico de su padre. ¿Qué pensará ahora de Esteban, el hombre en quien había depositado tanta fe?

—Es un vestigio de una generación que se va —murmuró Gallien de Montbryce.

Rodrick pensó que debía decir algo para consolar a su padre.

—Pero es digno.

Le sonó débil incluso a sus propios oídos.

—Enrique parece un duendecillo desaliñado con su cabello salvaje —susurró William.

La voz áspera de Esteban rompió el silencio absoluto.

—Sepan que yo, el Rey Esteban, nombro a Enrique, Duque de Normandía, como mi sucesor en el reino de Inglaterra y mi heredero por derecho hereditario. Así, le doy y confirmo a él y sus herederos el Reino de Inglaterra.

—Eustace debe estar revolviéndose en su tumba —susurró Rodrick.

Su padre se rió.

—El mejor lugar para él.

Enrique más o menos repitió las mismas palabras, luego hizo homenaje a Esteban y recibió el homenaje del hijo menor de Esteban, William.

—Parece que William acepta más el nuevo orden de las cosas que su difunto hermano —observó Rodrick.

Bronson encogió los hombros.

—Sin duda ha sido suficientemente compensado por la pérdida de un trono.

Gallien inhaló profundamente.

—Enrique se ha impuesto en la sucesión gracias a un gran liderazgo militar y una excelente diplomacia. Ojalá augure bien para el futuro. Ojalá podamos ir a casa.

Un hombre que estaba detrás de ellos se inclinó hacia su conversación.

—Aún no. El nuevo rey designado esperará que nos unamos a la lujosa procesión de obispos y hombres notables planeada para las calles de Winchester, luego procederemos a Westminster, donde se firmarán y sellarán los documentos.

El extraño debió haber notado la desolación que sus palabras provocaron. Ofreció su mano a Gallien.

—Enrique de Huntingdon, a su servicio, mis señores. Alégrense. ¡Qué alegría inconmensurable! ¡Qué día bendito! La paz ha amanecido sobre el reino arruinado, poniendo fin a su noche trastornada. Somos afortunados de ser testigos de esta ocasión tan esperada. Tengo la intención de describirla completamente en mis Crónicas.

AL FIN EN CASA

Tiritando, Swan y Grace permanecían juntas en el patio azotado por el viento del castillo de Ellesmere, con la condesa y Aurore a su lado. Bonhomme les había proporcionado mantas de lana para que se envolvieran sobre sus pesados mantos, una capa extra para protegerlas del amargo frío que el Adviento había traído.

El profundo frío y la ansiedad por ver a Rodrick de nuevo hicieron que el vientre de Swan se retorciera como un nido de víboras. Enroscó los dedos helados dentro de sus botas de frío glaciado, esperando no tener que correr al retrete antes de que los hombres de la familia llegaran al patio. Los avanzados los habían avistado a cinco millas de distancia.

Durante la prolongada ausencia de Rodrick, Swan había empezado a preguntarse si tal vez la noche en que él la había llevado a una cúspide de éxtasis con su boca y sus dedos había sido un producto de su imaginación. Los músculos de su abismo se apretaron. Su lugar más íntimo lo recordaba. Había sido real. La manta de repente parecía demasiado pesada.

¿Tendría el mismo sabor? ¿Olería igual? ¿O acaso ya la había olvidado? Tal vez había conocido a alguna atractiva noble en Wallingford para quien el matrimonio no estuviera cargado con las dificultades que Swan representaba.

Los dientes de Grace castañeaban. Su prima estaba tan nerviosa como ella. Swan pensó que sabía el motivo. A pesar de los insistentes intentos de Grace por ocultar sus sentimientos hacia Bronson, era obvio que suspiraba por él. Swan reconoció a otra mujer enamorada.

—Te alegra ver regresar a mi hermano — bromeó.

—Sí, ha sido... —Grace la miró rápidamente. —Quiero decir, me alegraré de verlos regresar a todos sanos y salvos, no solo a tu hermano.

Swan la miró con escepticismo, pero todos los demás pensamientos se desvanecieron cuando vio a sus parientes entrar en el patio. Sólo vio a Rodrick. Parecía exhausto y necesitaba afeitarse, pero sus ojos se iluminaron al verla. Saltó de su caballo y se acercó a ella como un dragón hambriento, con su aliento haciendo vapor en el aire helado. Abrió los brazos, extendiendo su capa. Swan arrojó la manta y se apretó contra él mientras él la envolvía en su capa.

—Swan —murmuró—. Te he echado de menos.

Ella se balanceó contra él, incapaz de hablar, calentada por su calor, aunque su nariz estuviera fría. Inhalando el olor a hombre, cuero y caballo, saboreó la fuerza de sus brazos, el poder de sus muslos y la potencia de la virilidad dura contra ella. Su vientre estaba en paz. Todo estaba bien.

Grace abrazó a su padre y a sus hermanos pequeños, aliviada de verlos regresar sanos y salvos. William parecía sombrío y se fue rápidamente hacia el castillo con Stephen.

Rodrick y Swan estaban en su propio mundo, envueltos en la capa de su hermano.

Su madre y hermana seguían abrazando a su padre mientras ella se giraba hacia Bronson, sintiéndose como una tonta congelada. Había soñado con su regreso, evocando visiones de él envolviéndola en su capa como Rodrick había hecho con Swan, susurrándole palabras de amor.

En cambio, él estaba allí, pateando con el pie las frías piedras del empedrado, con la mirada baja, como un semental indomable resoplando en desafío de cualquiera que osara

domarlo. Aún sostenía las riendas de su caballo empapado en sudor con una mano, listo para huir.

Rodrick y Swan se separaron. Él recogió la manta que ella había lanzado y la envolvió en ella, sin apartar la mirada de los ojos de Swan.

Swan caminó hacia Bronson para darle la bienvenida, con los labios sonrosados por la sonrisa.

Rodrick abrazó a Grace.

—Hermana —declaró—. Qué bien ver tu amado rostro.

Ella rió, echando una mirada fugaz a Bronson, ahora abrazando a Swan. Si tan solo esas palabras hubieran salido de él...

—Estoy más que aliviada de verte, hermano —murmuró.

Rodrick también miró a Bronson, una extraña sonrisa curvó las comisuras de su boca.

—Entremos, salgamos de este frío —instó la condesa mientras todos se dirigían hacia las puertas del castillo.

Solo Grace y Bronson permanecieron.

Ella tragó la bola en su garganta, esperando que sus palabras no salieran como trozos de hielo.

—Bienvenido de nuevo, Bronson.

Finalmente, él la miró.

—¿Puedo besarte, Grace?

Su corazón se aceleró. Abrió los labios. Él tomó sus manos y le dio un beso en la mejilla. La decepción y la ira surgieron, lo que la impulsó a hacer lo impensable. Mientras él se apartaba, ella se puso de puntillas, rodeó su cuello con sus brazos y lo besó firmemente en los labios.

Sus ojos se abrieron de par en par. Por un momento, ella temió que se apartara. ¿Lo habría ofendido? ¿O quizás era el disgusto lo que se reflejaba en sus ojos verdes?

De repente, la manta había desaparecido, lanzada al suelo por Bronson mientras gruñía, la rodeaba con los brazos y metía su lengua en su boca. Ella sintió la dura evidencia de su excitación mientras la levantaba. Sus pies colgaban en el aire. El deseo subía por sus muslos y llegaba a lo más privado de su ser. Indiferente al aullido del viento helado y a las caras sonrientes del mozo de cuadra y sus muchachos, ella se aferraba a él, saboreando la calidez de su sabor salado. Apoyó su rostro contra la suave barba sin afeitar de su cara, abrumada por el vértigo de estar completamente en manos de un hombre fuerte.

Como si despertara de un trance, él rompió el beso y dio un paso atrás, negando con la cabeza.

—Perdóname, Grace —dijo, su voz áspera—. Olvidé dónde estaba.

Su corazón se convirtió en hielo, sus rodillas amenazaron con ceder. Su acto imprudente solo había despertado su lujuria masculina.

—No hay nada que perdonar —dijo ella, desanimada por cómo temblaba su voz—. Yo te besé.

Él sonrió y extendió su mano.

—Sí, lo hiciste. Y fue una bonita bienvenida. Vamos a entrar. Hace mucho frío aquí fuera.

¿Bonita? Ella había vertido su corazón en ese beso y él lo había encontrado bonito, nada más. Los sentimientos inquietantes que sentía por él claramente no eran correspondidos.

Los viajeros cansados durmieron la mayor parte de la tarde, pero la familia se reunió en la galería antes de la comida. Rodrick se rió al ver a Swan frente al fuego calentando su trasero.

Recordó su indignación ante su comportamiento cuando se conocieron, pero ahora su mente se llenaba con la idea de aplicar sus manos a aquellas cálidas mejillas.

Ella le lanzó una gran sonrisa y se acercó a saludarlo.

—Mi lord Rodrick —susurró, el deseo ardiendo en sus ojos.

Él le dio un beso casto en la mejilla.

—Mi señora Swan —respondió, su garganta repentinamente tan seca como las llanuras del este de las que hablaban los cruzados.

Su madre les hizo un gesto.

—Vamos, siéntense mientras vuestro padre nos cuenta vuestras aventuras.

Rodrick se encogió de hombros.

—Hubo más tedio que aventura.

Bronson estuvo de acuerdo.

—Tienes razón, primo.

William y Stephen murmuraron algo ininteligible. Rodrick pensó que se sentía más a gusto con su primo que con sus propios hermanos.

—Ahora —declaró su madre, acomodándose en una silla cerca de la chimenea—, explícanos qué te mantuvo en Westminster después de firmada la tregua. Esperábamos que llegaras hace dos semanas, y ahora aquí estamos, casi en Navidad.

Para sorpresa de Rodrick, su padre le tendió la mano, la levantó de la silla, se sentó en ella y se acarició el regazo.

—Siéntate, hermosa esposa. También te he echado de menos.

El rostro de su madre se sonrojó, pero sonrió y besó los labios de su esposo. Su beso se alargó, y sólo terminó cuando varios de los presentes se despejaron la garganta con fuerza.

—¿Qué pasa? —declaró Gallien de Montbryce con una sonrisa—. ¿No tengo derecho a besar a mi esposa después de meses separados?

—Por supuesto que sí —respondió su condesa, su rostro más rojo de lo que Rodrick nunca lo había visto—. Continúa.

Su padre se puso serio.

—Hubo mucho que decidir sobre cómo reparar un reino roto. Diles tú, Rodrick.

Era motivo de orgullo que su padre hubiera elegido dejarle continuar.

—Discutimos sobre cómo suprimir la violencia, el saqueo y los incendios. Echar a las bandas de mercenarios extranjeros resolverá gran parte del problema. Como primer paso, los castillos que han construido serán nivelados. El proceso ya ha comenzado. Al reconocer que su reinado de terror ha terminado, la mayoría ya ha huido.

—Todavía hay facciones extremistas insatisfechas con el proceso de paz. Nuestra parte será asistir a Robert de Leicester para vigilarlos y erradicar cualquier semilla de rebelión. —Miró a Grace—. Probablemente no te sorprenderá que Godefroy de Cullène esté entre ellos.

Su hermana gemela se estremeció, aunque estaba cerca de la chimenea.

—¿Pero en nombre de quién se rebelarían los disidentes? Eustace está muerto.

Bronson respondió.

—Pero su hermano William aún vive, aunque no lo veo ansiar el trono. Otros pueden empujarlo.

Grace puso la mano en el marco de la chimenea, como si necesitara apoyo. Rodrick sospechaba que estaba tan enamorada de Bronson como él de ella. Decidió hablar del asunto con Swan más tarde.

ÉL TIENE MIEDO

—¿Puedo pedir a mi hermano que me acompañe al salón? —dijo Grace—. Lo he echado terriblemente de menos.

Swan hizo un puchero por un momento, pero luego sonrió.

—Por supuesto, y Bronson me acompañará a mí. Buena idea.

Grace respiró con más facilidad; nadie parecía haber sospechado que deseaba evitar caminar por los pasillos con Bronson. Él, a su vez, parecía irritantemente aliviado de acompañar a Swan.

El conde y la condesa encabezaron la procesión a lo largo de pasillos ya adornados con ramas de acebo.

Como siempre, Rodrick percibió su estado de ánimo.

—¿No te encuentras bien? Entendí que esperabas con ansias el regreso de Bronson, deseosa de mostrarle las mejoras que tú y Swan han hecho en su mansión. Sin embargo, no has hecho más que fulminarlo con la mirada desde nuestro regreso.

Ella observaba el suelo de piedra mientras caminaban del brazo.

—Dudo que lo acompañe cuando se vayan a Shelfhoc.

Rodrick le puso la mano en el brazo.

—Pensé que te agradaba.

Su gemelo vería a través de cualquier mentira que pudiera decir.

—Me agrada, pero a él no le intereso.

—¿Por qué piensas eso?

—Es evidente que no le interesan las mujeres.

Incluso mientras hablaba, su cuerpo se calentó al recordar su beso en el patio. A él le había gustado.

Rodrick se acercó más.

—Bronson guarda sus emociones —susurró—, pero he llegado a conocerlo como un hombre honesto en quien puedo confiar. Creo que siente algo por ti, pero algo lo detiene.

Ella se quedó repentinamente sin aliento, aunque su paso era lento.

—¿Qué podría ser?

—No lo sé. Tal vez Swan pueda iluminarnos.

* * *

Swan sujetó el brazo de Bronson con fuerza.

—Me alegra ver que has regresado sano y salvo, hermano, pero hay algo que te preocupa.

Bronson miraba el suelo de piedra mientras caminaban.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. ¿Qué pasa? Grace y yo hemos esperado ansiosas mostrarte nuestro trabajo en Shelfhoc, pero ahora ella ha insinuado que no irá con nosotros. ¿Qué le dijiste?

Bronson frunció el ceño.

—Nada. Tal vez esté ofendida porque la besé.

Swan quiso reírse a carcajadas.

—¿Por qué le ofendería tu beso? Está enamorada de ti.

Él se estremeció, como si lo hubieran azotado.

—La amas, ¿verdad? —susurró ella.

—Sí —respondió él tristemente—, pero no puede ser. Somos primos.

Swan se rio, llamando la atención de William.

—Soy la persona equivocada con la que usar esa excusa.

Bronson apretó los dientes.

—No me volveré a casar.

El dolor por la pérdida de su hermano la embargó, como siempre que recordaba la angustia en su rostro mientras enterraba primero a Alys y luego a Beatrix con sus hijos nacidos muertos. El viento frío del norte del Mar del Norte congeló las lágrimas en su rostro mientras estaba en el camposanto de Kirkthwaite.

Pero la vida es para los vivos.

—No puedes castigarte por lo que sucedió.

—La muerte me acecha, Swan. Estoy destinado a estar solo.

—Cuentos —exclamó ella.

Esta vez, su estallido atrajo la atención del conde, quien se detuvo unos pasos adelante y se giró, las cejas alzadas. Ella sonrió débilmente, y la procesión continuó.

Miró a Bronson con desdén.

—¿Entonces piensas castigar a Grace y a ti mismo?

—La amo —gruñó él, con la mandíbula apretada—. No arriesgaré...

—No, la condenarás a una vida solitaria, cuando podría tener una llena de amor por ti y por tus hijos. Me decepcionas, hermano.

Se apartó y caminó hacia Rodrick para enlazar su brazo libre.

Bronson supuso que era inevitable que lo colocaran junto a Grace en la mesa principal. Había estado anteriormente al lado de Rodrick, pero a Swan la habían trasladado a ese lugar de honor.

Las buenas maneras exigían que cortara el pollo asado en el plato colocado entre él y Grace, y le ofreciera la mejor pieza. Los evidentes nervios de ella y su negativa a mirarlo a los ojos le recordaban a Alys durante su banquete de bodas. Poco sabían él y su primera esposa en ese entonces que su vida juntos se truncaría cruelmente.

La suave voz de Grace lo sacó de su ensueño.

—Pareces distraído —dijo.

Al darse cuenta de que estaba a punto de ofrecerle un cuchillo vacío para comer, forzó una sonrisa.

—Mis disculpas. He perdido la práctica.

—Me serviré yo misma —respondió ella, alcanzando la pata de pollo.

Él detuvo su mano, sorprendido por una chispa que brotó cuando se tocaron.

—Deberías tomar la pechuga —declaró.

Consciente de que su rostro debía estar tan rojo como el de ella, atravesó con el tenedor la mejor parte del ave y se la ofreció, intentando desesperadamente, pero sin éxito, evitar que sus ojos se posaran en el escote de su vestido.

Su excitación creció cuando ella tomó su mano sosteniendo el cuchillo, mordió la carne y lamió la grasa de sus labios.

Se retorció en su asiento, deseando decirle sus sentimientos, pero el miedo lo mantenía cautivo.

No se sorprendió cuando ella se levantó y pidió permiso a su padre para retirarse. Salió con un gesto corto hacia él.

Claramente, su comportamiento la había incomodado.

Sin embargo, el malestar era preferible a la agonía de profesar su amor y perderla para siempre.

Pero aún le esperaba otra noche sin dormir.

Swan caminaba de un lado a otro en su habitación, frotándose los brazos, luego abrazándose fuertemente el pecho. Ella y Rodrick se habían arreglado para reunirse cuando todos estuvieran en sus camas. Quería discutir sobre sus hermanos, pero temía que en el momento en que él llegara, lo atacaría e insistiría en que la tocara de nuevo en esos lugares especiales que le había mostrado.

Se estaba haciendo tarde. El fuego en la chimenea se había apagado, permitiendo que la humedad invernal se asentara en la habitación. Temblando, se metió en la cama y se acurrucó entre las pesadas sábanas, dejando un oído expuesto, escuchando los sonidos en el pasillo.

Un cálido beso en su frente la despertó. La vela debe haberse apagado, sumiendo la habitación en la oscuridad.

—Rodrick —susurró.

—Sí, mi amor. ¿Esperabas a alguien más?

Sintió su sonrisa y se incorporó.

—No. Tenía frío, así que me metí en la cama. Me quedé dormida.

Él se sentó junto a ella.

—Es tarde. Papá estuvo hablando y hablando. Está lleno de arrepentimiento. Ahora se siente mal por haberle puesto a uno de sus hijos el nombre del rey Esteban.

Se inclinó hacia él.

—Esteban decepcionó a mucha gente. No es culpa de tu padre que fuera un rey débil. Tal vez, si no hubiera tenido que lidiar con los ataques de Maud, podría haber sido un buen monarca.

—Eres sabia —dijo él, mordiéndole la oreja, su aliento deliciosamente cálido.

Una cálida letargia se apoderó de sus huesos.

—Necesitamos hablar de Grace y Bronson —dijo ella somnolienta.

—Ella lo ama —declaró Rodrick—. Así como yo te amo a ti.

Era la primera vez que él pronunciaba esas palabras y su corazón se desbordó de alegría.

—Yo también te amo, Rodrick, y Bronson ama a Grace.

Sintió su sorpresa.

—Lo sospechaba, pero ¿por qué no se lo dice?

—Está asustado.

—¿De qué?

—De matarla.

—¿Qué?

Ella apretó su cálida mano.

—Bronson se casó dos veces antes. Alys y Beatrix murieron ambas en el parto. Ninguno de los niños sobrevivió. Él cree que está maldito.

Él presionó su mano contra sus labios.

—No tenía ni idea.

—Prefiere no hablar de ello. Sus muertes le rompieron el corazón.

—Pero Grace es fuerte. Se merece la oportunidad de tener hijos. Debemos obligarlo a

enfrentar sus miedos.

Se levantó de un salto junto a la cama.

—Lo pensaré y hablaremos mañana.

—No te vayas —suspiró ella mientras el sueño la reclamaba.

CONSPIRACIÓN

Todos en Ellesmere estaban atrapados en el torbellino de preparativos para la Navidad, lo que hacía cada vez más difícil idear un plan para reunir a Bronson y Grace. Swan y Rodrick apenas tenían tiempo para verse, mucho menos para tramar un encuentro para sus hermanos.

Además, los hombres pasaban muchas horas a puertas cerradas con el conde, planeando una estrategia para lidiar con los murmullos de descontento de Godefroy de Cullène y sus cómplices, aunque la opinión general era que nada sucedería durante el Adviento y que la actividad rebelde sería menos probable durante la Navidad.

Para la tercera semana de Adviento, Swan había llegado a la conclusión definitiva de que Ellesmere no era el lugar para organizar el encuentro. Cuando se acercaba la hora de la comida, se quedó en el pasillo fuera de la Sala del Consejo y abordó a Rodrick cuando salió.

—¿Por qué no sugerirle a Bronson que pase la Navidad en Shelfhoc? —susurró mientras caminaban hacia el Gran Comedor—. Está ansioso por ir allí.

Él frunció el ceño.

—Pero seguramente no querría pasar la Navidad solo, ¿verdad?

Ella controló la tentación de rodar los ojos.

—No, no estaría solo. Puedo decir que quiero ir con él. La temporada de renovación es un momento maravilloso para comenzar una nueva vida en un nuevo hogar, y deseo acompañar a mi hermano.

Él hizo un puchero.

—Pero te extrañaría terriblemente.

Ella inhaló profundamente.

—No me extrañarías porque tú también estarías allí como un gesto de buena voluntad hacia tu primo de Northumbria. Y Grace tendría que acompañarnos, porque no puedo ir sola con dos hombres.

—¡Ah!

¡Por fin!

—Ella podría resistirse.

—Entonces depende de su hermano gemelo convencerla.

Él se frotó el dedo índice por su barbilla.

—Maman se sentirá decepcionada.

—No si no se entera.

—Has pensado en todo esto.

Swan no estaba segura de lo que él quería decir, pero decidió no cuestionarlo. Probablemente su cabeza aún estaba llena de los asuntos pesados tratados en la Sala de Mapas. Se acercó a su oído mientras entraban en el bullicioso pasillo.

—¿Estás conmigo? —preguntó ella.

Él sonrió.

—¡Sí!

Bronson se sorprendió al ver a Rodrick en el umbral cuando abrió cautelosamente la puerta de su habitación. Se había preguntado quién estaba golpeando tan tarde en la noche.

—Estaba a punto de retirarme —dijo.

—¿Puedo entrar? Hay algo que quiero discutir —respondió Rodrick.

Su primo parecía inusualmente nervioso, así que lo dejó pasar.

—¿Qué ocurre?

Rodrick se pasó una mano por el cabello.

—Swan me está molestando. Quiere pasar la Navidad en Shelfhoc.

Este giro de los acontecimientos fue interesante. Él había estado buscando excusas para no pasar la Navidad en Ellesmere, deseando ir a su nuevo hogar. Grace y Swan le habían escrito elogiosamente sobre él y aún no había puesto un pie allí. Pero el conde y la condesa se sentirían ofendidos si él rechazaba su hospitalidad durante la temporada navideña. Bronson se tomó un momento para considerar las palabras de Rodrick.

—¿Por qué no vino ella a hablar directamente conmigo?

Rodrick dudó.

—Ella siente que la has estado evitando.

Bronson apretó la mandíbula. Había evitado a Grace, pero también había evitado a su hermana inadvertidamente, ya que las dos mujeres solían estar juntas.

—Sigue.

—Ella quiere pasar lo que considera su última Navidad como mujer soltera contigo, su hermano, en tu nuevo hogar.

Bronson se sorprendió.

—¿Crees que conseguirás el permiso para casarte?

Si Rodrick y Swan se casaran, entonces existía la posibilidad...

¿Por qué no puedo quitarme de la cabeza la idea de casarme con Grace?

Rodrick adoptó una postura firme, con los brazos cruzados.

—Me casaré con tu hermana, aunque sea necesario ir hasta Roma a buscar una dispensa.

Bronson intuyó hacia dónde se dirigía la conversación, pero no vio ningún daño en prolongar la incomodidad de Rodrick.

—Pero si Swan y yo vamos a Shelfhoc, ¿no la extrañarás?

Su primo lo miró sospechosamente.

—De hombre a hombre, tengo más posibilidades de coquetear con tu hermana en Shelfhoc que aquí.

Debería haberse sentido insultado de que Rodrick diera por sentado que él permitiría tal coqueteo, pero, en verdad, admitió en su interior que no sería él quien se interpusiera en la felicidad de su hermana. Rodrick era un hombre honorable en quien confiaba. Se echó a reír.

—Supongo que es cierto. ¿Yo seré el chaperón? Pero ¿qué pasa con tus padres? No quiero ofenderlos.

Rodrick sonrió.

—Déjalos en mis manos.

La mordida constante de su labio inferior y las miradas furtivas de Swan estaban sacando de quicio a Grace. Su prima obviamente tenía algo que quería decir.

—¡Ay! —exclamó de repente Swan, metiéndose un dedo en la boca—. Me he pinchado otra vez con esta maldita aguja. Odio coser.

—No es de extrañar —replicó Grace—. Tu mente está en otro lado, ciertamente no en las puntadas. Ten cuidado de no ensuciar el lino con tu sangre.

Swan sonrió.

—Sabes bien cómo soy. Estaba soñando despierta con Rodrick.

Y yo con Bronson.

—Bronson quiere pasar la Navidad en Shelfhoc.

El corazón de Grace dio un vuelco. ¿Swan había leído su mente? O tal vez Bronson había adivinado de alguna manera su deseo de ir a Shelfhoc con él. Guardó silencio, temerosa de que pudiera balbucear como una niña.

—Me ha pedido que lo acompañe. Quiero ir, pero no si eso significa estar separada de Rodrick. No puedo ir sola con dos hombres.

Swan la quería como chaperona. O ¿era eso? Uno de los hombres era su hermano, algo que difícilmente representaba un acompañante arriesgado. Ella había viajado desde Northumbria con él como único compañero, además de los hombres de armas que los habían acompañado.

Tenía que rechazar la oferta. Celebrar el nacimiento de Cristo con Bronson en la casa que ella había trabajado tanto para preparar había sido su más querido deseo y su peor pesadilla. Mejor estar lejos de él, disfrutando de los entretenimientos en Ellesmere. No habría tales distracciones en Shelfhoc, aunque sospechaba que los sirvientes harían alguna especie de pantomima.

—¿Quieres que te acompañe?

Desanimada por su falta de resolución, pinchó una puntada mal hecha en su bordado, con la intención de deshacerla. Maldijo en voz baja cuando la aguja le atravesó la piel. Un pequeño bulto de sangre burbujeó en la superficie de su piel, quedándose allí como una gota de lluvia sobre una hoja. Lo miró, casi al borde de las lágrimas.

—No te preocupes —la tranquilizó Swan—. Pronto dejará de sangrar.

No es la herida lo que duele.

—¿Vendrás con nosotros?

No puedo.

—Sí. Si Bronson lo permite.

—Déjamelo a mí —respondió Swan. |

SHELFHOC

A pesar del frío, Bronson disfrutó del trayecto hacia Shelfhoc, rebosante de expectativas. Una ligera capa de nieve brillaba blanca bajo el resplandor del sol. Él y Rodrick cabalgaban en la retaguardia, mientras Swan y Grace se encontraban en el centro de la columna de hombres de armas, muchos de los cuales lo habían acompañado desde Northumbria. Resultaba reconfortante saber que entre la brigada que protegía Shelfhoc habría rostros familiares.

Los aldeanos que encontraban en su camino parecían estar contentos y sin miedo, pese al intenso frío. Era una escena muy distinta al trayecto desde el norte. Quizá el Adviento, tradicionalmente un tiempo de tregua, les había dado la oportunidad de retomar sus vidas, o tal vez intuían que la paz estaba finalmente cerca.

Grace y Swan estaban radiantes de entusiasmo cuando llegaron al borde del foso que rodeaba su nuevo hogar. Lo entendía. La casa era impresionante; más pequeña que Kirkthwaite y con más madera que piedra en su construcción, pero mucho más imponente que cualquier cosa que hubieran visto desde que dejaron Ellesmere.

Bronson desmontó, dejando que su mirada vagara por la fachada de su dominio. El orgullo le llenó las venas.

—Tu bisabuela homónima debió de casarse con un sajón de gran riqueza —dijo en tono seco a Swan.

Swan sonrió mientras un mozo de cuadra se acercaba para ayudarla.

—Sí. Y es una suerte para nosotros que Thane Woolgar cayera en Hastings, uno de los huscarles del rey Harold que lucharon hasta la muerte.

Rodrick chasqueó la lengua con fuerza mientras apartaba al mozo de cuadra y ayudaba a Swan a bajar de Cob.

—Vamos, vamos, no empecemos con ese tema espinoso.

El muchacho se acercó para asistir a Grace, pero Bronson lo detuvo con un gesto y colocó sus manos en la cintura de Grace para ayudarla a desmontar.

—Ahora soy el señor de esta mansión. Es mi deber darles la bienvenida a todos a mi dominio.

Grace, sonrojada, puso las manos en los hombros de Bronson, pero enseguida frunció el ceño, con el cuerpo rígido y la espalda erguida.

¿Por qué siempre digo lo que no debo a esta mujer?

Soltó sus manos de su cintura y dio un paso atrás.

Un hombre que, según la descripción de su hermana, debía de ser el mayordomo salió apresuradamente de la casa, acompañado de dos perros. Por lo visto, Edwin estaba muy encariñado con estos animales, pero Bronson no reconocía la raza. Comparados con los mastines de su padre en Northumbria, eran pequeños. Se acercaron a él y comenzaron a olfatearlo, moviendo la cola con entusiasmo.

Rodrick arqueó las cejas.

—Jamás había recibido una bienvenida así de los perros de Edwin. Normalmente ladran como locos.

—Parecen felices de conocerte —murmuró Grace—. Son hovawarts, descendientes de dos perros que Edwin recibió de su cuñado alemán, Dieter von Wolfenberg. Son conocidos como

valientes guardianes de sus amos más que como perros guardianes comunes.

Bronson se agachó, sorprendido al ver que ambos perros le permitían acariciarlos, y luego se tumbaban panza arriba para que les rascara el vientre.

—Bienvenidas de nuevo, mesdames, milord Rodrick —dijo efusivamente Tybaut, inclinándose profundamente. Luego se volvió hacia Bronson—. Milord Bronson FitzRam, bienvenido a su nuevo hogar. Parece que Bendik y Becca han adoptado a su nuevo señor. Fue un privilegio servir a su tío Edwin, siguiendo la tradición de generaciones de mi familia, y será un honor ser su mayordomo. Si se me permite decirlo, veo un parecido con su tío, excepto por...

Tocó su mano a la frente rala, con la mirada puesta en el rostro de Bronson, claramente aliviado cuando su nuevo señor rio al ponerse en pie.

—También soy más alto.

Tybaut sonrió ampliamente.

—Eso es cierto. Pasen, pasen.

—Pusimos baldosas en la entrada —dijo Swan con entusiasmo al entrar al nivel inferior de la casa, los perros pegados a los talones de Bronson.

Él se preguntó quién habría pagado una adición tan lujosa.

—Fue idea de Grace —dijo su hermana.

Grace se sonrojó, con una expresión sorprendentemente nerviosa.

—No se preocupe, tío Edwin dejó fondos suficientes para este proyecto. Y escribí para pedir permiso.

De hecho, lo había hecho, pero en ese momento no había comprendido el alcance de la mejora.

—Me gusta —dijo con torpeza.

Ella frunció los labios, esperando evidentemente algo más.

—Pensé que le encantaría.

El suelo era impresionante, y quería decírselo, pero solo logró decir:

—Me encanta.

—Y tenemos planos para una chimenea que reemplazará el respiradero de humo en el techo —añadió Swan—. No tuvimos tiempo de empezar esa tarea.

Miró hacia arriba. La mayor parte del humo del fuego se escapaba por un agujero en el tejado de paja, aunque algo se quedaba atrapado entre las vigas.

—Una chimenea sería una mejora —concedió, esperando congraciarse con Grace.

—Fue idea mía —alardeó Swan—. Como en Kirkthwaite.

Tybaut los condujo a un pasillo.

—A la derecha tenemos la despensa.

El mayordomo tuvo que detener a los perros para que no siguieran a Bronson mientras inspeccionaba las provisiones. Patos, conejos, palomas, mirlos y otras piezas de caza colgaban de las vigas del techo. Las estanterías estaban repletas de enormes ruedas de queso. Bronson se estremeció, echando de menos el calor del salón.

—Pero nada de cisnes —afirmó Swan—. Lo prohibí.

Rodrick soltó una carcajada y le besó la mejilla.

—Por supuesto que no.

Tybaut carraspeó.

—Bueno, aquí tenemos la bodega.

Tres barriles de cerveza y un tonel de vino ocupaban el reducido espacio.

—Nada mal —observó Bronson.

Radiante de orgullo, Tybaut tocó el costado de su nariz, como diciendo: "Aún no has visto nada". Luego abrió una sólida puerta que daba a un pasadizo cubierto.

—Milord Edwin mandó construir esto para proteger a quienes van y vienen de las cocinas de las inclemencias del tiempo.

Como era poco probable que Edwin hubiera puesto un pie en las cocinas, Bronson interpretó esta obra como un gesto de amabilidad de su tío hacia el personal de la casa.

La cocina de piedra era amplia, con un espetón lo suficientemente grande como para asar un buey. Bronson observó la calidad de los utensilios de peltre. Tres muchachos de cocina le sonrieron y se inclinaron ante él como si fuera el rey en persona. Tybaut los apartó como si fueran moscas molestas y presentó a una mujer regordeta, de rostro enrojecido y desdentado, llamada Jolly Cook, cuya personalidad encajaba perfectamente con su nombre. Ella ofreció a cada uno un pastelito que Bronson devoró en dos bocados.

—Delicioso, Jolly. Estaba hambriento y adoro los pasteles salados. Vas a hacer que engorde.

El rostro de ella se enrojeció aún más mientras soltaba una risita.

Tybaut parecía impaciente por guiarlos a otra sala construida junto a la cocina.

—Milord Edwin mandó añadir esta cervecería, donde producimos la mejor cerveza de todo Salop. Eso es lo que hay en los barriles.

Quizá Edwin sí había visitado las cocinas.

—Espero probarla pronto.

—Tybaut tiene razón —confirmó Rodrick con una carcajada—. Puedo dar fe de su calidad.

De regreso en la cocina, Tybaut los condujo a otro rincón con un gran horno de ladrillo.

—A Milord Edwin le encantaban los panes y pasteles frescos, y esta panadería es el resultado.

Bronson esperaba encontrar una vivienda razonablemente cómoda, pero las comodidades de Shelfhoc eran una grata sorpresa.

Al volver a la casa, Swan lo empujó hacia el despacho privado al otro lado del salón.

—Añadimos nuevas telas empapadas en resina y sebo a la celosía de las ventanas —explicó—. Pero Grace y yo opinamos que deberías sustituirlas por vidrio, como las de las habitaciones de arriba.

—Tenemos un vidriero en el castillo —susurró Grace mientras subían las escaleras—. Y espero que no te importe, pero trajimos algunos tapices de los almacenes de Ellesmere. Un lugar parece más cálido con tapices en las paredes.

A Bronson le disgustaba el sonido de la derrota en su voz. Ella había invertido tiempo y esfuerzo en hacer su hogar cómodo, y parecía incapaz de agradecerle adecuadamente. Pero si suavizaba su comportamiento hacia ella, temía que se deslizara su obsesión.

Resuelto a alabar sus esfuerzos, su boca se abrió cuando Tybaut abrió la puerta de la cámara principal. Una enorme cama con dosel dominaba el espacio.

Swan se adelantó rápidamente y subió al colchón, riendo.

—¿Por qué crees que el Tío Edwin necesitaba una cama tan grande? —. Parpadeó coquetamente a Rodrick. —Yo dormí aquí, pero ahora será la cama del dueño. Rodrick puede dormir en la habitación más pequeña al otro lado del pasillo, y Grace y yo colocaremos esteras en el solar de abajo.

Grace se sonrojó y Bronson sintió que su propia cara se teñía de rojo. Lujosa como era la cama, sería un lugar solitario. ¿Por qué no admitir que era un hombre que necesitaba a una mujer, no solo para satisfacer sus necesidades físicas, sino como amiga, compañera, ayudante?

Necesitaba a Grace.

—¿Sientes el calor aquí también? —preguntó Swan—. Hemos renovado el yeso en algunas partes del entramado de la pared exterior donde se había deteriorado.

Se sentó en el borde del colchón hinchado.

—Verdaderamente, ustedes, mis señoritas, han trabajado arduamente para hacer mi hogar confortable, y es evidente que la propiedad ha sido bien cuidada, Tybaut. Gracias a todos ustedes.

Swan se plantó directamente frente a él, con las manos en las caderas.

—Grace y yo merecemos un beso y un fuerte abrazo.

Su hermana astuta estaba tramando algo. Al levantarse, miró a Grace mientras abrazaba a Swan y le daba un beso en una mejilla, luego en la otra, retrasando el momento de la verdad. ¿Su cuerpo lo traicionaría al tocar a Grace? Claro que lo haría. Su excitación ya se había despertado cuando la levantó del caballo.

Mientras observaba a los perros de Edwin deleitarse con la atención de Bronson, Grace sintió la tentación de caerse al suelo helado y rogar por ser acariciada y mimada de la misma manera. Este hombre la estaba convirtiendo en una lunática. Tan pronto como puso un pie en Shelfhoc de nuevo, la familiar sensación de estar en casa la envolvió.

Pero debía deshacerse de esos pensamientos. Shelfhoc pertenecía a Bronson, un hombre que no la amaba. Era obvio por la mirada ardiente en sus ojos entrecerrados cuando se acercó para reclamar su beso que sus pensamientos eran carnales. Cómo se reiría si descubriese que ella seguía siendo virgen. Bronson probablemente prefería mujeres experimentadas que supieran cómo complacer a un hombre. Ella había sido un fracaso total en ese aspecto. Victor nunca había mostrado el más mínimo interés por ella como mujer. Debía haber algo en ella que los hombres encontraban repelente.

Él se erguía sobre ella.

—Gracias, Grace. Por todo. Merci.

Recordó la primera vez que la había besado. Había sido incómodo para ambos, pero al menos para ella, excitante. ¿Había sentido algo él? Luego estuvo el beso en la corte, que dejó poca duda.

Él puso sus manos sobre sus hombros. Ella reprimió un suspiro cuando sus rodillas amenazaron con doblarse. ¿Podía él notar que temblaba? Se inclinó para besar una mejilla, luego la otra. Ella abrió la boca para decirle de nada, pero sus labios descendieron sobre los suyos. Conscientes de la presencia de su hermano y Swan, sin mencionar a Tybaut, ella mantuvo el cuerpo rígido mientras su lengua exploraba dentro de su boca. Sintió el sabor de las especias aromáticas del pastel que él había comido poco antes.

Su corazón dio un vuelco dentro de su caja torácica cuando sus brazos se envolvieron alrededor de ella. Él levantó la cabeza.

—No te preocupes, se han ido.

Confusa, recorrió con la vista la habitación. Solo Bendik y Becca seguían ahí, sentados obedientemente, observándolos. Un calor lento la invadió. Tal vez el ir y venir había causado una fiebre. Su cuerpo ofrecía fuerza y consuelo. Se relajó contra él, sintiendo la inconfundible dureza del interés masculino. Tal vez...

La habitación se inclinó cuando él se apartó de ella y susurró,

—Estoy atraído por ti, Grace, pero nunca me casaré de nuevo.

JUGLARES

A medida que avanzaba Yuletide, Rodrick disfrutaba de las celebraciones más que nunca en Ellesmere. Siempre era obligación de sus padres organizar festejos lujosos, pero había algo más en el entorno más íntimo de Shelfhoc.

Nunca se había fijado mucho en los preparativos, pero ahora saboreaba la alegría con la que Swan y su hermana se entregaban a su trabajo.

Decoraron el Salón del Thane con hiedra, acebo y ramas de árboles perennes. Tybaut consiguió cintas en Shrewsbury y las mujeres las usaron para embellecer el árbol de Navidad así como las guirnaldas y coronas.

Swan hizo una gran corona de ramas de cedro, cuyo aroma llenaba el aire. Todos pedirían un deseo al celebrarse la Epifanía, alrededor de una fogata fuera de la casa, luego se quemaría. Ella le pidió que sostuviera las ramas mientras las unía.

—Adivina qué deseo pienso pedir —le dijo, burlándose.

Ella le coqueteó, agitando las pestañas, encendiendo una chispa que prendió fuego en sus bajos.

—¿Un caballo? —preguntó inocente.

Rodrick sonrió con indulgencia.

—No. Adivina otra vez.

—Mmmm. ¿Muchos vegetales con tu venado en el día de Navidad?

Rodrick hizo una mueca y se inclinó para mordisquearle el lóbulo de la oreja.

—¡No!

Ella se sonrojó, pero no se alejó.

—Me estás distraendo, Rodrick.

—Entonces he cumplido mi objetivo —respondió él con una sonrisa.

—Parece que te estás divirtiendo aquí en Shelfhoc.

—Lo hago—admitió él—. Pero me divertiría en cualquier lugar contigo.

Ella puso cara de pocos amigos.

—Ojalá tuviéramos juglares para entretenernos. Tybaut hizo algunas averiguaciones en Shrewsbury, pero llegamos tarde para pedirlos. En casa teníamos a los Morris men, juglares y bailarines de espadas que venían de las comunidades cercanas a realizar sus representaciones.

—¿Bailarines de espadas? Suena como un cuento que mi padre me contó sobre Izzy de Montbryce, un primo lejano de Normandía.

—Sí, Izzy se casó con Farah, que había aprendido a bailar la danza de la espada durante su cautiverio en Jerusalén.

Rodrick sacudió la cabeza.

—Sigo olvidando que tú y yo estamos relacionados. Sabes tanto del folclore de esta familia como yo.

—Probablemente. Podemos ser FitzRams, pero seguimos siendo parte del clan Montbryce. En fin, a mí no me gustan las danzas de espadas. Para Izzy era una danza de amor, pero yo tapo mis ojos cuando saltan sobre las armas afiladas y danzan patrones complejos en el aire con ellas. La danza termina inevitablemente con una muerte simulada, pero la víctima es revivida por el médico, que hace lo mismo por el héroe muerto en las obras de juglares.

Rodrick fingió una mueca.

—Bien. No queremos héroes muertos.

La víspera de Navidad amaneció clara y dolorosamente fría. Tybaut entró en el comedor justo cuando todos disfrutaban del pan negro recién horneado con la sopa de tocino y puerro que Jolly había preparado.

—Perdón, milord Bronson —dijo entre jadeos, con el rostro rojo y la nariz roja—. ¡Un milagro de Navidad! Estaba buscando a los perros cuando me llamaron a la puerta. Una troupe errante de Morris Men pasó por aquí rumbo a Shrewsbury. Les habían prometido alojamiento en Oswestry, pero al parecer una gran nevada ha bloqueado el camino. Nos han pedido si pueden quedarse en los establos a cambio de una actuación esta noche.

Swan aplaudió con las manos. Sus oraciones habían sido respondidas.

—¡Sí, sí! Por favor, di que sí, Bronson. Será más como en casa si al menos tenemos danza Morris.

Bronson dudó.

—Oswestry no está lejos, ¿verdad? Extraño que no haya nevado aquí.

—Cierto, milord —respondió Tybaut, frotándose las manos rojas—. Sin embargo, Oswestry está más cerca de las montañas galesas. Me tomé la libertad de dejar que se alojaran en los establos.

—Supongo que debo entrevistarlos.

Rodrick se puso en pie.

—Iré contigo. Las mujeres pueden quedarse dentro, en el calor.

Bronson le hizo un gesto para que volviera a su asiento.

—Todos quédense aquí. Tybaut, estás helado hasta los huesos. Ve a la cocina y consigue un poco de esta deliciosa sopa. No tomará mucho asegurarnos de que sepan lo que hacen. —Sonrió a su hermana—. No quiero que Swan se decepcione.

Envuelto en su cálido manto de lana, Bronson salió al frío de la mañana. El frío nunca le molestaba. Los inviernos en Northumbria eran mucho más severos. Observó el patio y luego levantó la vista hacia los establos, luego hacia los campos más allá de su dominio, inhalando profundamente, disfrutando ver su aliento en el aire helado. Se preguntó distraídamente dónde estarían los siempre presentes perros. Probablemente persiguiendo conejos.

Swan tenía razón. Ya amaba Shelfhoc, se sentía en casa aquí, pero la Navidad en el hogar de los FitzRam había sido memorable, un tiempo importante para la familia. Los Morris Men lo harían sentirse más en casa. Cerró los ojos, imaginando a su padre y madre, celebrando probablemente el perdón de Swan del convento. Pero faltarían dos de sus hijos.

Sintiendo el frío que le entumecía los dedos, se dirigió hacia los establos.

La puerta pesada estaba cerrada, lo que le pareció extraño, pero supuso que el mozo de cuadra les había dado permiso a los chicos para empezar el día más tarde, dado que era Nochebuena.

Una vez dentro, empujó la puerta y la cerró.

Durante el recorrido de Tybaut, le había impresionado la construcción del edificio, que retenía el calor de los animales que albergaba. Su calidez era reconfortante después del frío exterior. Pero el lugar estaba extrañamente silencioso, como si los caballos permanecieran inmóviles. Incluso el normalmente amistoso Cob lo miraba como si fuera un extraño cuando pasó junto a su pesebre.

Se quitó el manto y miró en la penumbra, buscando a los artistas errantes. Un grupo solía consistir de al menos seis hombres. ¿Dónde estaban?

Un joven apareció de las sombras. Lucía más como un caballero que como un juglar. Cob relinchó. El joven sacó un cuchillo. Las campanas de alarma sonaron en la cabeza de Bronson, pero ya era demasiado tarde. Maldijo al darse cuenta de que había dejado sus armas en la casa.

Gritando un grito de guerra, se lanzó hacia él, pero unas fuertes manos lo agarraron por detrás. El extraño armado avanzó hacia él, agitando el cuchillo. Bronson se recostó contra sus agresores invisibles, usándolos como palanca para patear a su atacante, pero lo tiraron hacia atrás. El joven, sonriendo, dio un fuerte golpe de revés a su garganta. Él se apartó, pero una oleada de lava fundida le recorrió el pecho cuando la hoja rasgó su piel.

¿Voy a morir aquí?

La respuesta llegó como un golpe en la parte posterior de su cabeza.

* * *

Swan miraba fijamente su tazón vacío de sopa.

—¿Qué estará tardando tanto? —preguntó.

Grace miró ansiosa hacia la puerta, mordiéndose el labio inferior.

—Tengo un mal presentimiento.

Por un lado, Rodrick tenía ganas de decirles que se preocupaban demasiado, pero, por otro lado, Bronson había tardado demasiado. Se puso de pie.

—Iré afuera y lo apuraré. Probablemente haya pedido una demostración de sus talentos.

Fue a su habitación a recoger su capa y salió de la casa. El frío le robó el aliento. Levantó la capa hasta cubrirse las orejas y la boca, y se puso en marcha a paso rápido hacia los establos. No había señal de Bendik ni de Becca. Supuso que deberían estar con Bronson.

La puerta de los establos estaba cerrada —extraño. La empujó con fuerza, pero no se movió ni un centímetro. Un presentimiento incómodo se instaló en su estómago. Si la troupe estuviera haciendo una demostración de la danza Morris, lo estarían haciendo en completo silencio.

Sin pensarlo, extendió la mano hacia la daga que había dejado en la casa. Decidió revisar la parte trasera de los establos, o tal vez, por alguna razón peculiar, Bronson había llevado a los artistas al Salón del Thane. O quizá estaban en la iglesia, por extraño que pareciera.

Deslizándose cautelosamente por la pared trasera del establo, puso su ojo derecho en una rendija entre dos tablas. Nada—solo caballos. Avanzó unos pasos más y se agachó para mirar a través de otro pequeño hueco donde el musgo que sellaba había caído. El aire salió de sus pulmones ya agotados. Un hombre yacía boca abajo en un charco de sangre—un hombre con cabello rojo inconfundible.

— ¿Qué demonios?

Alguien lo tocó en el hombro. Se dio vuelta, vagamente consciente de un gigante parado detrás de él. Un puño cubierto por malla conectó con su quijada, enviándolo a caer hacia atrás, con la cabeza estrellándose contra la pared de madera. De repente, el cielo era lo que debería haber sido la tierra.

¿Por qué un juglar estaría usando armadura?

Intentó levantarse, pero un pie cubierto por bota presionó su pecho mientras el puño aterrizaba en su nariz. Se ahogó con la sangre, el dolor atravesándole la cabeza.

—Déjalo, Titus. Pronto se congelará hasta morir aquí afuera.

Se hundió en la oscuridad, pensando que la voz burlona de alguna manera le era familiar.

Traición

Grace se levantó de su asiento, dejando su cuenco caer al suelo con estrépito. Su corazón latía con fuerza; un dolor intenso le pulsaba en las sienes.

—Algo le ha sucedido a Rodrick —dijo.

Swan dejó su lugar en la mesa para levantar una esquina de la cortina de la ventana.

—¿Dónde pueden estar?

Un alboroto en la puerta principal de la casa llamó su atención. Un alivio inundó a Grace. Bronson y Rodrick habían regresado. Pero su sangre se convirtió en hielo cuando el hombre que había entrado en la casa se quitó la capa.

—¡Godefroy! —exclamó, sujetando el borde de la mesa.

Swan frunció el ceño, acercándose a Grace.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

Grace le agarró la mano.

—Es mi hijastro.

Él hizo una exagerada reverencia.

—A su servicio, madrastra —dijo, levantando la capa que aún llevaba puesta.

Una serpiente se retorció en el estómago de Grace. Nunca le había gustado ese joven, nunca había confiado en él, pero estaba decidida a no mostrar miedo.

—¿Dónde están milord Bronson y milord Rodrick?

Él sonrió despectivamente.

—Están lo suficientemente a salvo. No interferirán.

—¿Interferir en qué? —preguntó Swan, aparentemente tranquila, aunque Grace sentía las uñas de su prima clavadas en su piel.

—No te preocupes —dijo Godefroy a Swan—. No me interesas.

—Pero ¿qué quieres de mí? —preguntó Grace, ensordecida por el pulso en su garganta—. He renunciado a cualquier derecho sobre la propiedad de tu padre.

—Eso ahora no importa. Todo se pierde si Plantagenet toma lo que le correspondía a Eustace.

—Eustace está muerto.

—Pero el segundo hijo de Stephen vive. William será el rey, no Enrique, el intruso angevino.

—William se ha comprometido con Enrique —declaró Swan.

Grace reconoció la maldad en la mirada de Godefroy.

—¿Y qué tenemos nosotros que ver con esto? ¿Por qué has venido aquí?

—Tu maldito padre debe ser persuadido de cambiar de bando. Ha sido hombre de Esteban durante mucho tiempo. Debe apoyar el reclamo de William al trono.

La serpiente mordió la parte vital del cuerpo de Grace que mantenía su corazón latiendo.

—¿Crees que puedo influir en mi padre?

Godefroy sonrió mientras un gigante de hombre entraba en la casa.

—No, pero si él cree que cambiar de bando salvará tu vida, lo hará.

Swan levantó la barbilla, con las manos en las caderas.

—No te saldrás con la tuya. Nuestro mayordomo volverá en breve, al igual que mi hermano y mi primo. Hay hombres en los cuarteles, perros...

Se detuvo cuando Godefroy se acercó a ella, levantando la mano para golpearla.

—¡Detente! —gritó Grace—. Hazle daño a un solo cabello de Suannoch y lucharé contigo en cada paso del camino.

Godefroy rio.

—Titus atará a Suannoch con tu débil mayordomo y tus otros sirvientes en el comedor. Nos hemos encargado de los perros, los hombres de armas están drogados, tu hermano y tu primo están fuera de combate. Nuestros caballos nos esperan. Ponte tu capa.

Rodrick intentó sin éxito cubrirse los oídos con las manos, desesperado por aliviar el martilleo insistente. Levantó la cabeza, atragantándose mientras el mundo se desdibujaba a su alrededor. Logró levantarse sobre un codo, cautivado por el brillante charco rojo sobre el suelo blanco. Alguien le había metido un cuchillo por la nariz. Tosió, escupiendo más sangre.

No, no era un cuchillo, era un puño. Con cuidado, tocó su nariz con un dedo, arrepintiéndose al instante cuando el dolor volvió a estallar. Tenía demasiado frío. Los dientes le castañeaban, pero al menos el martilleo había cesado.

¿Martilleo? Sonaba como... caballos. Galopando.

Tenía que entrar, entrar para calentarse. Tenía que descubrir qué había sucedido. ¿Quiénes eran estos hombres? La voz—lo último que recordó haber oído—lo atormentaba.

Se arrastró hasta sus rodillas, apoyando su frente contra la madera del establo. ¡El establo! ¡Ay! Bronson estaba dentro.

Puso su ojo en la rendija, teniendo cuidado de no tocar su nariz con la áspera madera. Su primo seguía allí. No se había movido. ¿Estaba muerto? Rodrick no sabía cuánto tiempo había permanecido sobre el suelo helado, pero por supuesto no podría abrir la puerta del establo con sus dedos congelados.

Se apoyó sobre las manos y las rodillas, luego dobló una rodilla, plantando el pie en el suelo. Había perdido la sensibilidad en los dedos de los pies y esperaba que cuando tratara de ponerse de pie, sus piernas no le fallaran. Doblando la otra rodilla, se levantó lentamente, las uñas clavándose en la madera rugosa.

Jadeando, alejó su cuerpo de la madera, luego la soltó, absurdamente emocionado cuando no cayó. A medida que la niebla en su cabeza se despejaba, un sentimiento de pavor apretó su pecho. Swan y Grace estaban solas en la casa, aparte de los sirvientes. Alguien se había asegurado de eso. Su mayor miedo era por su hermana. Su nombre resonaba una y otra vez en su mente.

Forzando su cuerpo helado a moverse, se tambaleó hacia la casa, empujando la puerta con el hombro. Se sintió aliviado cuando cedió, aparentemente sin estar asegurada. La cerró de golpe y cayó de rodillas, con las manos bajo sus axilas, y los brazos cruzados sobre su tembloroso cuerpo.

Revisó el pasillo. Estaba vacío. Pero el martilleo había comenzado de nuevo. Alguien estaba gritando.

Usando la puerta como apoyo, se levantó lentamente y escuchó.

—¡Ayuda! ¡Ayuda!

¡Swan!

Se dirigió hacia el comedor, aferrándose a la pared. Los gritos se hicieron más fuertes. Intentó asegurarle a Swan que iría en su ayuda, pero los sonidos no salían de su garganta rasposa.

Alguien dentro estaba pateando la puerta. Con los dedos temblorosos, giró la llave en la cerradura. El golpeteo y los gritos cesaron.

Sin saber qué esperar, abrió la puerta despacio. Swan y su doncella estaban de espaldas, atadas juntas, los pies de Lucia contra un barril, empujando contra su ama, que pateaba la puerta. Las rodillas de Swan estaban dobladas. Su vestido se había deslizado alrededor de sus muslos. El

miedo absoluto dejó su rostro cuando lo vio, pero luego su labio tembló mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Rodrick, estás vivo, pero ¿qué te han hecho en la nariz? Desátame rápido. Se han llevado a Grace.

Se tambaleó sobre sus pies, incapaz de apartar los ojos de las piernas desnudas de Swan.

—¿Quién? ¿Por qué? ¿Dónde la han llevado?

—Hay un cuchillo de tallar en la despensa, milord.

¡Tybaut!

Desvió la mirada de Swan, tratando de entender lo que ella había dicho, y se dio cuenta de que el mayordomo, Jolly y los chicos de la cocina estaban atados juntos, apiñados en el estrecho espacio entre los barriles. La cocinera sollozaba, su cara más roja que una remolacha.

—Un cuchillo, milord. En la despensa.

Sacudió la niebla de su cabeza, sintiendo el calor bendito que regresaba a sus extremidades. Cruzó el pasillo, sacó el cuchillo de la despensa y volvió a agacharse junto a Swan, cortando la cuerda.

La habitación se inclinó cuando se levantó demasiado rápido, por lo que pasó el cuchillo a Lucia.

—Corta las cuerdas.

La doncella se arrodilló rápidamente para cortar las ataduras de los hombres.

La tomó a Swan en sus brazos, saboreando su calor.

—¿Quién ha tomado a Grace? —a sus propios oídos sonaba como un borracho.

—Fue Godefroy de Cullène —declaró Lucia—. Quiere obligar a tu padre a cambiar de bando y apoyar el reclamo de William al trono.

—Está loco —susurró Swan, su voz rasposa—. William no quiere el trono.

El instinto de Rodrick era saltar sobre su caballo e ir tras Grace, pero su primo...

—Tybaut. Milord Bronson está en el establo, gravemente herido. Necesito tu ayuda para abrir la puerta.

Evitó la mirada de Swan, sin querer expresar su creencia de que su hermano estaba muerto.

—Sí. Los chicos y yo lo abriremos —lo tranquilizó el mayordomo, levantándose apresuradamente—. Me culpo a mí mismo, milord. Nunca debí haberles permitido entrar en la finca.

Rodrick apretó los dientes mientras el mayordomo se marchaba.

—Tu nariz está rota, amor mío —susurró Swan—. No sé cómo arreglarla.

—Con su permiso, milord, yo sí lo sé —dijo Lucia—. Aprendí de mi abuela, a quien le enseñó su abuela, la Condesa Carys.

La doncella puso sus cálidos dedos sobre su nariz, apenas tocando. Fue casi agradable hasta que, de repente, apretó con fuerza. Un dolor punzante le atravesó la cabeza. Pero luego desapareció. Su nariz se sentía mejor.

—El moretón tardará un tiempo en desaparecer, pero ya sanará.

Rodrick agradeció a los santos las habilidades curativas transmitidas desde la época de su abuela. Si Bronson seguía vivo, necesitaría la ayuda de esta joven.

UNA SOMBRA OSCURA

Los muchachos de la cocina pusieron sus hombros en la puerta del establo y la empujaron, seguidos por Tybaut.

—Ahí está —gritó el mayordomo—. Voltéenlo.

—¡No! —gritó Lucia mientras entraba con Swan—. Esperen. Pueden hacerle más daño.

Swan cayó de rodillas al lado de su hermano, sollozando.

—Bronson —susurró, temerosa de tocarlo—. No puedes morir.

Rodrick se arrodilló junto a ella, rodeándola con un brazo.

El cabello de Bronson estaba empapado de sangre. Lucia pasó las manos por la parte posterior de su cabeza.

—Hay una hinchazón aquí —dijo—. Pero vive. Lo golpearon con un objeto pesado. Debemos tener cuidado al voltearlo. Juzgando por la paja ensangrentada debajo de él, obviamente ha sufrido una herida grave. Si es su abdomen...

Swan tembló.

—Jolly está trayendo el dwale —murmuró.

Lucia negó con la cabeza.

—No lo necesitaremos hasta que despierte. Entonces, la droga lo calmará y ayudará a su curación.

Los hombres se posicionaron para voltear a su amo sobre su espalda. Solo la mano fuerte de Rodrick sujetando la suya impidió que Swan se desmayara. Una cuchillada había rasgado su túnica y penetrado profundamente en su pecho. La sangre brotaba de la carne desgarrada.

—Busca su capa y envuélvela alrededor de su parte inferior mientras yo examino la herida —dijo la doncella—. Debemos calentarlo, aunque el frío puede haber ayudado a controlar el sangrado.

Lucia observó la profunda herida que iba de una axila a la otra.

—Tuvo suerte de que no fuera más baja —comentó—. La tela de su túnica se ha adherido a la piel rasgada, y temo retirarla.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Swan, sintiéndose completamente inútil.

—Ponga sus manos a ambos lados de la herida y apriete lentamente los bordes de su túnica. Intentaremos cerrar la herida de esta manera, luego la cubriremos con lienzos.

Tybaut envió a uno de los chicos a buscar telas de Jolly.

Swan flexionó sus dedos fríos y luego puso las manos sobre el pecho de su hermano, presionando cuidadosamente los bordes de la herida. La bilis subió por su garganta cuando más sangre brotó de la herida. Murmuró una oración de agradecimiento porque no se había despertado de su estupor.

—Déjame a mí —susurró Rodrick.

—No —respondió Swan—. Debo hacerlo por mi hermano. ¿Dónde están los hombres de armas? ¿Y los perros? Este fue un ataque cuidadosamente planeado. Tienes que organizar una búsqueda para Grace.

Rodrick se levantó.

—No hace falta buscar. Hay solo un lugar al que Godefroy la llevará: Cullène Hall. Enviaremos a uno de los pájaros de Edwin a Ellesmere para informar a mi padre. Él está más

cerca y puede llegar antes que nosotros. Al menos no han mutilado nuestros caballos.

Swan vomitó, asqueada con la idea de que pudieran haber mutilado a su querido caballo.

Rodrick se apresuró a irse, pasando junto al muchacho de la cocina que regresaba cargado con los trapos.

—La cocinera dice que hay más si los necesitamos.

Lucia registró los trapos y sacó una sábana vieja. La dobló en una larga almohadilla.

—Siga presionando los bordes, milady, y luego retire lentamente mientras yo presiono más fuerte.

Swan agradeció nuevamente al Cielo por la presencia de esta sirvienta que aún podría salvar la vida de su hermano. Deseó que Rodrick aún estuviera arrodillado a su lado, pero sentía una profunda pena por él y su temor por su hermana. Lucia también debía sentirse desdichada por la pérdida de su señora, pero atendía a Bronson con calma y cuidado.

El día había comenzado con gran promesa. Pero una sombra oscura se había cernido sobre la celebración del nacimiento de la Luz del Mundo.

* * *

Rodrick liberó la paloma al aire helado.

—Que el Señor te acompañe, pajarito.

Hubiera preferido dar la terrible noticia a sus padres en persona, pero el tiempo era esencial.

Apresurándose de vuelta al establo, vio a tres de los hombres de armas de Shelfhoc caminando hacia la casa desde la dirección de los barracones, uno de los soldados llevaba en sus brazos a un perro muerto, colgando sin vida.

Su corazón cayó.

Seguro que no había sido necesario matar a Bendik y a Becca.

Sus ánimos se elevaron cuando vio a Becca trotando detrás de los hombres, moviendo la cabeza. Más allá de ella venían más soldados.

Se apresuró hacia el hombre que llevaba a Bendik.

—¿Está muerto el perro?

El soldado parecía medio dormido.

—No, mi señor. Drogados. Todos nosotros. Debió de ser algo en la sopa que trajeron de las cocinas.

Rodrick levantó a Bendik en brazos. Para su alivio, el perro levantó la cabeza, con los ojos vidriosos.

—Buen perro.

Como si entendiera sus palabras, Bendik se soltó de su agarre, se puso en pie tambaleándose sobre las cuatro patas, se sacudió y bostezó ampliamente.

—Sí —continuó el soldado—. Pero cómo drogaron a los perros sigue siendo un misterio. ¿Qué buscaban?

Rodrick apretó los dientes.

—Se han llevado a mi hermana.

La mandíbula del hombre se cayó mientras enderezaba los hombros.

—La encontraremos, mi señor. Lo juro por mi honor.

—Primero debemos ocuparnos de su nuevo señor. Está gravemente herido.

Los hombres lo siguieron hasta el establo, donde Tybaut y los muchachos habían sentado a Bronson, con la cabeza caída hacia adelante. Lucia estaba envolviendo lienzos alrededor de su

pecho mientras Swan sostenía su largo cabello para apartarlo del camino. Sus ojos se agrandaron con alivio al ver a los hombres de armas.

Como si sintieran la angustia de su nuevo amo, los dos perros se acostaron a ambos lados de él, mirando expectantes a los que lo cuidaban.

—Dejaron la túnica puesta —dijo Rodrick sorprendido.

—Lucia cree que es mejor así hasta que podamos detener la hemorragia. Aún está caliente, una buena señal. Hará falta fuerza para levantarlo.

Rodrick se arrodilló junto a Bronson.

—Los hombres fueron drogados, pero parecen estar recuperándose. Los perros también. Al menos la sangre no ha atravesado aún los vendajes.

—Esperemos que moverlo no empeore las cosas —respondió Swan.

—Espere —declaró Tybaut de repente—. Tengo una idea.

Se apresuró en dirección a la casa, llevándose a dos muchachos con él.

Minutos después, los tres regresaron, los muchachos estaban sujetos como una pareja de caballos entre los tiros de un pequeño carro de dos ruedas.

—Usamos esto para mover barriles y otros objetos pesados —explicó Tybaut con orgullo.

—Buena idea —dijo Rodrick—. Es lo suficientemente ancho y lo suficientemente bajo como para no tener que levantarlo mucho.

—Es un artefacto rústico hecho por uno de los arrendatarios, y las ruedas no son perfectamente redondas. No será cómodo avanzar por el suelo helado.

Rodrick se abstuvo de mencionar que Bronson aún no había salido de su estupor y probablemente no sentiría nada.

—No podremos subirlo por las escaleras hasta su cama.

Swan se puso de pie.

—Prepararé mi catre en el solar.

Abrazándose a sí misma, Grace caminaba de un lado a otro en el helado desván sin ventanas en lo alto de Cullène Hall. Sus dedos de manos y pies seguían congelados tras el largo viaje. Durante los primeros kilómetros había intentado no apoyarse contra el cuerpo del gigantesco cómplice de Godefroy, pero el sentido común la había obligado a beneficiarse de su calor. Aferrarse a su ancha espalda también mejoraba sus posibilidades de mantenerse en el caballo al galope.

Godefroy, evidentemente, había tomado la cámara del maestro, y el gigante la había cargado sobre su hombro hasta la parte superior de la casa, arrojándola sin ceremonias sobre el catre. Era la primera vez que ponía un pie en la pequeña habitación bajo el tejado. No había fuego, ni siquiera un brasero. Su única opción era cubrirse con la escasa manta que Godefroy había proporcionado.

Se acurrucó en el catre mohíno, llevándose la manta hasta la barbilla, decidida a no llorar. Una vez empezara, quizá nunca pudiera detenerse. Su mente corría con las terribles posibilidades de lo que habría sucedido a Bronson y Rodrick. El dolor que había sentido más temprano era un presentimiento de que Rodrick había sido herido, pero no creía que estuviera muerto. Su corazón y su intuición le habrían avisado si ya no estuviera en este mundo.

¿Y Bronson?

Apretó los ojos con fuerza para tratar de desterrar la persistente imagen del ángel de alas negras sentado en un monolito. Nunca había dudado que Bronson era el hombre desnudo de su sueño. ¿Había sido el ángel oscuro el heraldo de su muerte? Quizá sus deseos pecaminosos

habían traído la ira del Señor sobre ambos.

Hilos De Bordar

Swan se aferró a Rodrick mientras observaban a Bronson, esperando algún signo de que despertara. Su hermano solo había gemido una vez mientras lo levantaban del carro y lo colocaban sobre la cama, más temprano en la tarde. Ella lo miraba, recordando los buenos y malos momentos de su niñez. Siempre había sido su protector.

—Parece indefenso —susurró a Rodrick.

Él apretó su agarre en su cintura.

—Es fuerte, y no hay señales de fiebre.

Como para contrariar sus palabras, un rubor se extendió por el rostro de Bronson. Lucia se acercó.

—Temía que esto sucediera —dijo. Miró a Swan con nerviosismo—. Está temblando. No es una buena señal.

Rodrick cambió de peso.

—Lamento tener que dejarte, Swan, pero debo montar hacia Cullène Hall. Papá ya habrá recibido el mensaje y probablemente está listo para partir. Ahorcaré a Godefroy con mis propias manos por esto.

Swan deseaba de todo corazón que no tuviera que irse.

—Debes ir. Rescata a tu hermana y tráela de vuelta sana y salva. Tal vez si ella está aquí, Bronson podría...

Rodrick besó su frente cuando las palabras se le atoraron en la garganta.

—Llevaré algunos hombres conmigo, pero tú seguirás estando protegida. Dudo que los conspiradores vuelvan.

Lucia levantó la vista de la tarea de poner compresas húmedas sobre el rostro de Bronson.

—Quizás esto ayude, mi lord. Cuando viví en Cullène Hall, maldito lugar...

Hizo la señal del Salvador sobre su cuerpo.

—... los sirvientes solían hablar de un pasaje en la casa que venía de los campos circundantes. Yo nunca estuve allí, pero algunos se jactaban de escapar hacia el pueblo sin que su amo lo supiera. Victor de Cullène era un amo severo, y ese mayordomo suyo...

Rodrick levantó una mano.

—Sí, sí, Lucia. ¿Cómo puedo localizar la entrada a este pasaje?

La sirvienta mordió su labio inferior.

—La mayoría de las veces volvían bastante ebrios, pero creo que recuerdo algo de un árbol grande que crecía en todas direcciones.

Swan puso los ojos en blanco.

—Eso no ayuda mucho.

Rodrick puso su brazo alrededor de su cintura.

—Es mejor que nada. Gracias, Lucia.

La sirvienta sonrió y Swan lamentó haber restado valor a su información.

—Sí, gracias, Lucia. ¿Qué habríamos hecho sin tu ayuda?

—Póntelo, Swan —susurró Rodrick—. Despídete de mí en el patio.

Lucia tocó su mano.

—Cuidare de él mientras usted se va. Que el Señor lo acompañe, milord Rodrick. Tráigame a mi señora de regreso sana y salva.

Swan recogió su capa del suelo, donde la había lanzado al entrar al solar, y Rodrick la arrojó sobre sus hombros antes de ponerse la suya. Salieron rápidamente hacia donde los hombres de armas esperaban con su caballo.

La acercó a él y envolvió su capa a su alrededor.
—No puedo besarte como quisiera con los hombres mirando.
Ella tragó el nudo en su garganta mientras él le daba un rápido beso en los labios.
—Vuelve rápido. Ten cuidado con tu nariz. Parece doloroso. Debí haberte cuidado mejor.
Él sonrió, presionando su cuerpo contra ella.
—El frío adormecerá el malestar. Además, Suannoch FitzRam, te encargarás de todos mis deseos y necesidades por el resto de nuestras vidas.
Ella se sonrojó cuando la dureza de su cuerpo contra ella despertó el deseo que subió por sus piernas.
Él se apartó y montó su caballo.
—Ve dentro.
Ella negó con la cabeza y permaneció allí, mirando el horizonte mucho después de que él se hubiera ido.

Bronson temblaba junto al monolito, todavía desnudo, pero algo de dientes afilados se había deslizado dentro de su pecho y le devoraba la carne. Un caballo le había pisado la cabeza.
La mujer desnuda —estaba segura de que era Grace— seguía extendiendo las manos en bienvenida.
Negó con la cabeza.
—Tengo demasiado calor —gruñó, la garganta reseca.
—Bebe esto.
Probó un líquido, aunque no era Grace quien había hablado. ¿Caldo, tal vez? ¿Cómo puede haber caldo aquí, junto a las Piedras de Pie?
Grace abrió más los brazos, mostrando unos hermosos pechos. Tal vez si amamantaba de ella, podría sentirse mejor. Gemía, alcanzándose para aliviar el dolor en sus partes bajas.
Había pensado que estaba desnudo, pero seguía vestido.
Una voz penetró.
—Al menos la hemorragia ha parado, gracias al Cielo.
¿Quién está sangrando?
—No estoy sangrando, estoy ardiendo.
Grace seguía sonriendo. ¿Por qué sonreía cuando él estaba siendo consumido por el fuego?
—Podemos coser la herida. Iré a buscar el dwale de Jolly y unos hombres para ayudar.
—Jolly. Jolly. Jolly.
No hay nada alegre en el dolor de mi pecho. Tal vez mi corazón está roto.
—¿Dwale?
—Para el dolor, hermano.
¿Swan? ¿Qué está haciendo Swan junto al monolito?
Abrió un ojo.
—Swan.
—Calla, Bronson. Estás herido.
Cerró el ojo. Esto era demasiado confuso. Quería a Grace, no a Swan. Pero Grace se estaba desvaneciendo, llevada por...
Luchó por sentarse.
—¡El joven con la daga! Ayúdenla.
—Recuéstate, Bronson. Podrías reabrir la herida.
Mientras el fuego del infierno ardía dentro de su cuerpo, miró las caras a su alrededor.

Grace no estaba entre ellas. Se recostó y volvió a caer en el olvido, con la esperanza de encontrarla allí.

Jolly entró apurada con el pote de dwale, y su rostro tenso y más rojo que de costumbre. Swan temía que la tensión de la tragedia fuera demasiado para la anciana cocinera. Aceptó la droga con manos temblorosas.

—Estoy nerviosa con el dwale.

—No necesitas preocuparte por mi dwale —la tranquilizó Jolly, algo a la defensiva—. La receta fue entregada por la Condesa Carys, El Señor la tenga en su gloria. La actual Condesa Peridotte jura por ella, le salvó la vida.

—Puedo atestiguarlo —confirmó Lucia, extendiendo la mano para tomar el pote cerrado de Swan—. La hemos usado en Ellesmere durante años. La dosis justa de cicuta. No suficiente para ser venenosa, pero suficiente para inducir el sueño.

—Todavía no se ha despertado completamente —protestó Swan—. Solo murmuró que tenía mucho calor.

—Pero se incorporó, mi señora. Y bebió un poco de caldo, lo que es una clara señal de que pronto estará despierto. Deberíamos empezar a coser ahora.

La sirvienta miró hacia la puerta mientras cuatro robustos hombres de armas entraban, estampando la nieve de sus botas.

—Bien. Los necesitaremos para mantenerlo quieto si se despierta.

—No tengo tripa para coser —se quejó Jolly—. Ustedes, damas, usaron la última hace semanas para las cuerdas del rebec. Tybaut tendrá que conseguir que uno de los labradores mate una oveja.

—¿Una oveja? —preguntó Swan, deseando haber prestado más atención a esos asuntos. Había dejado la sanación en manos de su madre y sus hermanas mayores. Recordaba la mirada de desaprobación de Jolly cuando insistió en que se volviera a encordar el rebec para la llegada de Bronson.

—Sí —respondió Jolly—. Hacemos tripa con los intestinos de una oveja, pero lleva un tiempo.

Le lanzó un puñado de sedas de bordado a Lucia, luego se limpió las manos regordetas en su delantal.

—Las he encerado. Es todo lo que tengo para ofrecer.

Swan osciló entre reír y gritar histéricamente ante la perspectiva de ver a su bien formado hermano cosido con sedas de bordado. Nunca volvería a coger una aguja.

Jolly estampó su pie.

—Santos me protejan. Olvidé el aceite de rosas y la miel.

—¿Para qué es eso? —preguntó Swan.

—Para la cabeza rota del pobre hombre. Tendremos que afeitarse el cabello.

—¡Absolutamente no! —gritó Swan, más cerca que nunca de la histeria—. Es suficiente que tenga que soportar que lo cosan con seda de bordado. No le vamos a cortar el cabello.

Jolly la fulminó con la mirada, pero permaneció en el solar.

—Los muchachos y yo iremos a por una mesa de caballete —dijo uno de los soldados—. Levantaremos la cama del suelo. Será más fácil hacer el trabajo.

—Claro —respondió Swan, apretándose las manos con nerviosismo. ¿Por qué no se le había ocurrido? El temor le había robado el juicio.

EL TÚNEL

Sentado sobre su caballo, en lo alto de la zanja que rodea el muro de Cullène Hall, Gallien de Montbryce, Tercer Conde de Ellesmere, comprendió finalmente la ira y el temor que debieron haber anudado el vientre de su abuelo cuando recibió la noticia de que su hija había sido secuestrada por bandidos.

Afortunadamente, Rhoni había sido rescatada por el hombre con quien finalmente se casó. Ronan MacLachlainn decapitó al líder de los villanos con un solo y rápido golpe de su espada. Gallien tenía plena intención de impartir el mismo castigo a Godefroy de Cullène. Maldijo el día en que aceptó el matrimonio de Grace, conociendo de primera mano el dolor de una unión catastrófica.

Ronan llegó a tiempo para salvar a Rhoni de la humillación de la violación. Gallien oraba por lo mismo para su preciosa hija. Si Godefroy la había deshonrado, él elegiría una muerte más lenta y dolorosa para el infeliz.

Apartó de su mente la posibilidad más sombría. Solo el pensamiento claro y la acción decidida salvarían a Grace.

—No tendríamos dificultad en abrumarlos si atacamos —le dijo a Bravecoeur, el capitán de su guardia montado a su lado—. Pero eso pondría la vida de mi hija en peligro.

—Pero si él la mata, no tendrá poder sobre ti —replicó Bravecoeur.

Gallien cambió su peso en la silla de montar, su cuerpo tenso.

—Hombres como Godefroy son cortados de la misma tela que Eustace. Infligir dolor es en lo que son expertos. Si piensa que no puede persuadirme a su causa, es probable que la mate por despecho.

—Y debemos recordar...

Bravecoeur se detuvo de repente al oír unos caballos acercándose. Giró su montura, se puso de pie en los estribos y se cubrió los ojos.

—Es milord Rodrick y sus hombres.

Gallien se sintió enormemente aliviado al ver a su hijo. Su rostro estaba magullado y golpeado, pero la furia ardía en sus ojos. Se alcanzaron y se abrazaron.

—Parece que tuviste una discusión con una pared.

Rodrick hizo una mueca, tocándose la nariz con cuidado.

—Sí, pero fui el afortunado. Bronson está al borde de la muerte, con su pecho abierto por un tajo.

Gallien apretó la mandíbula, desolado de que el primo lejano, quien le había impresionado como hombre de honor e inteligencia, perdiera la vida a manos de un hombre como Godefroy.

—Lo vengaremos, y a Grace.

Rodrick asintió.

—¿Cuál es el plan?

—Estábamos discutiendo las posibilidades —respondió Bravecoeur.

—La sirvienta de Grace me dijo que hay un túnel escondido hacia la casa, pero lo único que recordó es que la entrada está cerca de un árbol que crece en todas direcciones.

—Un roble —declaró Gallien—. Un roble crece en todas direcciones.

Miraron alrededor. Rodrick señaló un seto en un hueco cerca del lado de la casa.

—Allí, en medio de esos arbustos.

Gallien entrecerró los ojos. Un roble solitario, más ancho en su tronco retorcido que dos hombres podían abarcar, dominaba la maleza, con sus ramas desnudas y rugosas extendiéndose hacia una copa ancha y extendida, marcando un contraste contra el cielo blanco.

—Apostaría a que ha estado ahí más tiempo que la casa —dijo.

Rodrick desmontó.

—Voy a investigar. Lucia cree que solo los sirvientes saben del pasaje, pero puede que ya lo hayan descubierto y cerrado.

—Voy contigo —dijo Bravecoeur—. Si nos mantenemos detrás de los arbustos, no nos verán desde la casa.

Gallien se sintió incómodo.

—Es extraño que no haya guardias apostados fuera, por lo que puedo ver.

Rodrick escaneó de nuevo el área.

—Solo hay una pequeña ventana en ese lado, y Tybaut habló de un puñado de hombres en el grupo que se hacen pasar por juglares.

Vinieron hacia ellos los hombres de armas para llevar sus caballos de regreso por el muro. Gallien permaneció arriba, observando cómo su hijo y su capitán galopaban a través de la loma hasta quedar fuera de la vista desde el frente de la casa. Luego se agacharon y desaparecieron en la zanja.

Grace ajustó la manta alrededor de sus hombros y apoyó su oído contra la puerta. Ya había escuchado voces débiles antes, pero ahora reinaba un extraño silencio. ¿Se había ido Godefroy a algún lado? No lo había visto desde su llegada, y nadie le había traído comida o bebida.

Se apartó rápidamente de la puerta cuando oyó un fuerte ruido de pasos en las escaleras de abajo.

¿El gigante?

El sonido de la madera rascando metal fue seguido por un golpe cuando lo que suponía era una barra cayó al suelo. Su corazón palpitaba con fuerza en sus oídos cuando la puerta se abrió de golpe. Godefroy estaba en el umbral, con el gigante a su lado. El miedo le cerró la garganta.

—No te preocupes, no me interesa tenerte —dijo Godefroy, despectivo, con la nariz en alto—. Pero Titus, en cambio, podría ser difícil de controlar si las negociaciones no van como queremos. Le gustan los desafíos.

—¿Negociaciones? —murmuró, evitando mirar al gigante, esperando no parecer tan aterrada como se sentía.

—Tu querido papá está sobre el muro.

¡Papá!

Se tensó.

—Mi padre jamás negociaría con alguien como tú, Godefroy.

—Entonces morirás, querida maman.

Avanzó para agarrarla del brazo.

Ella se apartó con un movimiento.

—Puedes venir de manera voluntaria, o haré que Titus te lleve como un saco de grano. Tú eliges.

—Yo iré contigo, pero no tomaré tu mano —declaró.

La sonrisa burlona de él le dio asco, pero él hizo una falsa reverencia y la invitó a salir por la puerta.

—Vamos a asegurarle al conde que estás aquí. Necesitarás la manta, hace mucho frío afuera.

La trampilla no fue difícil de encontrar entre los arbustos de espino.

—La espinosa maleza ha mantenido incluso la nieve lejos —dijo Rodrick entre dientes.

Bravecoeur soltó una risa sorda, sujetó sus piernas, pasó la mano por el áspero mango de cuerda y tiró con fuerza. La trampilla crujió al abrirse. Tapándose las narices, dijo:

—¡Qué pestilencia!

Rodrick encogió los hombros.

—No huelo nada. Una ventaja de tener la nariz rota.

Miraron en la oscuridad más allá de los dos o tres peldaños desgastados de una escalera que conducía al suelo.

—Estrecho —comentó el soldado—, pero deberíamos poder pasar.

—Parece muy usado —comentó Rodrick—. Espero que no lo haya usado Godefroy.

Bravecoeur negó con la cabeza.

—No tendría motivo el amo para entrar y salir sigilosamente de la casa.

Rodrick desabrochó la vaina y la colocó en el suelo.

—Odio dejar mi espada aquí, pero sería más una molestia.

Acarició el pomo de la daga que llevaba a su cintura.

Su compañero vaciló un momento, luego quitó su espada y siguió a Rodrick por la escalera.

Se vieron obligados a agacharse mientras caminaban en completa oscuridad, encogidos y esquivando, al ser pinchados y rasguñados por alguna que otra raíz de árbol.

—Si esto es una ruta para sirvientes, dudo que el otro extremo termine en la parte principal de la casa —susurró Rodrick.

—Cierto —gruñó su compañero, sonando agotado—. Estaré feliz de llegar al otro extremo. Odio los espacios reducidos.

—Probablemente los animales también usen esto —respondió Rodrick, sin querer pensar en lo que pudiera haber vivido y muerto en ese túnel.

De repente, se encontró con la escalera en completa oscuridad, contento de haber extendido las manos frente a su cuerpo. Miró hacia arriba. Una media docena de peldaños se alzaban en la tenue rendija de luz que escapaba por los bordes de una trampilla cerrada.

Subió lentamente, apoyó los muslos contra la escalera y empujó la puerta con ambas manos. La puerta resistió, como si algo estuviera encima de ella. No tuvo más opción que empujar con más fuerza y esperar que lo que fuera no cayera con un gran estruendo.

La puerta se abrió más cuando puso su hombro contra ella. Miró por la grieta hacia un pequeño cuarto de despensa, iluminado por una ventana angosta. Al ver solo algunos barriles, empujó la puerta un poco más y luego salió, divertido al ver un pequeño barril permanentemente fijado a la puerta.

Agachado, hizo una señal a Bravecoeur, quien se rió del barril acostado de lado.

—Diría que los sirvientes han hecho un esfuerzo considerable por ocultar esto —dijo.

Se acercaron a la puerta.

—Esperemos que no esté cerrada —susurró Rodrick.

La puerta se abrió sin dificultad hacia una pequeña despensa, pero ambos se estremecieron cuando las bisagras crujieron fuertemente. Descubrieron que la despensa conducía a una cocina vacía. Al escuchar voces apagadas, caminaron sigilosos hacia el otro lado.

—No se ha preparado comida aquí hoy —dijo Rodrick—. Godefroy debió haber enviado a los sirvientes por las festividades.

Bravecoeur miró alrededor.

—Diría que esta cocina no se ha usado en un tiempo. El amo de la casa ha estado causando problemas.

Se detuvieron en la entrada del pasillo. El sonido de voces venía desde fuera. Godefroy estaba gritando.

—Como puede ver, mi querido conde, su hija está a salvo por ahora. ¿No entraría y juntos podemos formular un plan para liberar a nuestro país de Enrique Plantagenet?

—Yo no negocio con hombres que mantienen a las mujeres como rehenes.

Rodrick supuso que su padre se había acercado más a la casa. La fuerza en su voz era reconfortante.

—¿Estás bien, hija?

Rodrick echó una rápida mirada a Bravecoeur.

—Mi hermana está afuera —murmuró.

Su compañero hizo una señal de comprensión.

—Estoy bien, mon père —respondió Grace, con la voz clara y calmada—. Sin embargo, me han mantenido en un ático sin comida ni agua, vigilada por este enorme bruto.

El corazón de Rodrick latió con fuerza, lleno de temor y orgullo por su valiente hermana. Miró hacia las escaleras, señalándose a sí mismo, luego hizo un gesto para que Bravecoeur permaneciera abajo.

Corrió rápidamente para subir las escaleras de madera, jadeando cuando llegó a la puerta abierta de un pequeño ático. Había estado en la casa cuando Víctor murió y Grace necesitaba compañía durante el largo año de luto obligatorio, pero nunca en este desván.

Una barra de madera yacía fuera de la puerta. La levantó, probando su peso mientras la balanceaba con ambas manos.

Perfecta.

Los dedos y los pies de Grace estaban congelados. Desesperadamente quería volver al interior, pero su padre estaba montado en su caballo, a pocos metros de distancia, hombre y bestia soltando respiraciones heladas.

Esperaba que él hubiera entendido su mensaje: Godefroy y el gigante eran los únicos conspiradores en la casa, por lo que ella sabía, aunque por un momento sintió movimiento detrás de ella.

—No hablaré contigo hasta que se le permita a mi hija volver a entrar en la casa. ¿No ves que se está congelando?

¿Por qué papá quiere que vuelva adentro?

Lo miró fijamente, tratando de entender el mensaje en su mirada de acero.

—Está bien —declaró Godefroy, luciendo nervioso—. Titus, lleva a mi madrastra de vuelta al ático.

El gigante la agarró del brazo. ¿Debería luchar contra él o hacer un intento por escapar? Su padre inclinó la cabeza imperceptiblemente y ella de repente sintió que tenía un plan. Tenía que confiar en él. Permitted que Titus la guiara de vuelta a la casa.

Subió torpemente las escaleras detrás de ella mientras Grace trataba de hacer que sus pies entumecidos obedecieran. Su corazón acelerado se calmó al asentarse en sus huesos la certeza de que su hermano gemelo estaba en la casa. Caminó hacia el borde del camastro y se giró para

fulminar con la mirada a Titus, que se mantenía al umbral, ajeno a lo que ella había visto: su hermano sonriente oculto tras la puerta abierta, sosteniendo con ambas manos un trozo de madera.

Le correspondía a ella atraer al bruto dentro de la habitación. Sacó la lengua y arqueó el pecho.

—Nunca me tendrás, Titus. Mi padre se encargará de ello.

El gigantón, haciendo pucheros, entró en la cámara y la empujó hacia atrás hasta que cayó sobre el camastro. Sonrió mientras jugueteaba con los cordones de sus calzas. La sonrisa desapareció de su rostro cuando Rodrick lo golpeó en la parte posterior de la cabeza con la barra de la puerta. Gruñó, girándose bruscamente. Rodrick balanceó el arma con ambas manos. La madera aterrizó de lleno en la nariz bulbosa del gigante. Sus ojos rodaron hacia el cielo y se desplomó al suelo, levantando una nube de polvo.

Rodrick apretó la mandíbula mientras bajaba la barra nuevamente sobre la cabeza del gigante.

—Una más, por si acaso.

Grace saltó del camastro y rodeó con los brazos a su jadeante hermano.

—¿Bronson está contigo? —preguntó.

NECIO

Cuando Bravecoeur emergió de la casa y se colocó detrás de Godefroy, quedó claro para Gallien que el desgraciado creía que su cómplice había regresado.

Sonrió para sus adentros al ver a su hijo e hija aparecer en el umbral de la puerta, con el brazo de Rodrick rodeando los hombros de su hermana. Aun así, Godefroy no se dio vuelta para comprobar la identidad de quien estaba detrás de él.

Este idiota piensa gobernar mi país.

Godefroy avanzó hacia él mientras desmontaba.

—Excelente, mi señor conde. Estaba seguro de que llegaríamos a un acuerdo.

Gallien flexionó los dedos, echó el brazo hacia atrás y lanzó su puño contra el rostro sonriente. Los ojos de Godefroy rodaron hacia atrás antes de desplomarse en silencio al suelo.

—¿Dónde está el gigante? —preguntó Gallien a Rodrick.

—Fuera de combate.

Extendió los brazos al tiempo que Grace corría hacia él, envolviendo su cuerpo tembloroso en su capa. Su alivio era tan grande que las palabras se le escapaban.

Bravecoeur cargó el cuerpo de Godefroy sobre su hombro y se dirigió hacia el foso.

—Voy a recoger nuestras espadas —gritó.

Rodrick se unió a su padre y hermana, y los tres se abrazaron mientras Grace sollozaba.

—Ya terminó —la tranquilizó Gallien—. Los llevaré a ambos de vuelta a Ellesmere.

Rodrick negó con la cabeza.

—No puedo, mon père. Debo regresar a Shelfhoc. Swan está sola con Bronson.

Grace se volvió hacia Rodrick.

—¿Qué ha pasado con Bronson? ¿Por qué no está aquí?

Rodrick dio un paso atrás.

—Fue herido. La fiebre se apoderó de él.

—Debo ir a verlo —murmuró ella.

A Gallien le pareció que Grace estaba demasiado afectada por la herida de Bronson. Cruzó la mirada con su hijo, quien asintió como respuesta a su pregunta no formulada. Le dolía darse cuenta de que ambos hijos habían entregado su corazón a personas con quienes quizá nunca podrían casarse.

Rodrick estaba impaciente por regresar a Shelfhoc.

—¿Qué le está tomando tanto tiempo a Bravecoeur? —murmuró—. ¿Cuánto tarda recoger dos espadas?

—¿Y qué hay de Titus? —preguntó Grace.

Su padre había sugerido que lo acompañaran a Shelfhoc e insistió en que Grace montara con él.

—Es un seguidor, no un líder. Cuando recupere el juicio y descubra que su amo ha desaparecido, se esconderá.

—Pero debería ser castigado por lo que nos hizo.

Rodrick apartó los ojos de la vigilancia por Bravecoeur.

—Está inconsciente, y necesitaríamos un ejército para llevarlo abajo. Su castigo será el

destino de un fugitivo, siempre mirando por encima de su hombro.

—Mira —exclamó Grace—. Algo está ardiendo.

—¡Fyke! —gritó Rodrick, espoleando a su caballo hacia el roble. El animal se apartó de las llamas que lamían la maleza alrededor del gran árbol. Descendió rápidamente y le dio una palmada al animal en el trasero.

—¿Bravecoeur? —gritó, tosiendo mientras el humo le ardía en los ojos.

La brisa se estaba intensificando, lo que pronto avivaría las llamas. Miró hacia el matorral de espino. Su capitán yacía cerca de la base del roble, y no había señales de Godefroy.

Cubriéndose la boca con su capa, caminó hacia los arbustos espinosos. Se arrodilló junto a Bravecoeur y le sacudió el hombro. El hombre tosió, intentando incorporarse.

—Perdóneme, milord. Escaparon.

—Salgamos de aquí —gritó Rodrick, ayudando al capitán a ponerse de pie, agradecido de no tener que cargarlo.

Tropezaron alejándose de los arbustos en llamas, mientras el fuego tomaba fuerza con furia. Ya a salvo, se arrodillaron, observando cómo las llamas trepaban por el tronco del robusto roble.

—¿Qué pasó? —preguntó Rodrick.

Bravecoeur se pasó una mano por la frente.

—Fui un tonto. Tiré a Cullène al suelo mientras me ponía la espada. Al siguiente segundo, él saltó sobre mi espalda, con los brazos alrededor de mi cuello.

El humo se arremolinaba con el viento cambiante, asfixiándolos. Se alejaron aún más del árbol que ahora ardía, crepitando y crujendo mientras cedía a las llamas.

—Se colgó de mí como un percebe que no podía sacudir. Luego, para mi sorpresa, el gigante salió por la trampilla.

—Debían haber conocido el túnel.

Bravecoeur negó con la cabeza.

—Tal vez, pero miró alrededor con duda, como si nunca hubiera estado allí antes, y llevaba una antorcha de la casa. Cuando me vio luchando con su amo, me la echó en la cara. Tropecé y caí. Lo último que recuerdo es que él lanzó la antorcha a los árboles y me atacó. Godefroy debe haberme golpeado en la cabeza.

—Y escaparon.

—Para mi eterno deshonor —respondió el soldado—. O las llamas los habrán consumido.

Se quedaron de pie por largos minutos mirando el árbol arder, luego Rodrick le dio una palmada en la espalda a Bravecoeur.

—Ahora viene lo difícil, amigo mío, explicar esto a mi padre y a Grace.

Tirándose y dando vueltas en la escasa cama en el frío desván de su antigua casa, una cosa quedó clara para Grace. Amaba a Bronson FitzRam. La posibilidad de no volver a verlo era la parte más dolorosa de la aterradora probabilidad de que Godefroy intentara arrebatarse la vida.

No sabía por qué Bronson estaba tan decidido a no volver a casarse, a menos que siguiera enamorado de su primera esposa, pero estaba segura de que sentía algo por ella. Estaba dispuesta a aceptar lo que él tuviera para ofrecerle.

Rodrick no había ocultado nada acerca de las heridas de Bronson, y ella estaba agradecida. Siempre se habían dicho la verdad entre ellos.

Al ver Shelfhoc a lo lejos, un sentimiento familiar de regreso a casa la envolvió. Sospechaba que su padre había percibido sus sentimientos. Apenas había dicho palabra alguna,

claramente enfadado con Bravecoeur. A riesgo de enfurecerlo aún más, tenía que hablar.

—Yo pertenezco aquí —le dijo con convicción mientras entraban al patio.

Él desmontó y la levantó del caballo.

—¿Con Bronson, supongo?

—Lo amo, papá.

Su padre hizo una mueca.

—Como le dije a tu hermano, será difícil, pero tu madre y yo queremos que tú y Rodrick sean felices, como lo fuimos nosotros.

Grace lo miró a los ojos.

—Y ustedes pasaron dificultades al principio.

Él soltó una risa.

—Las pasamos, chiquilla traviesa. Ahora, entra y ve si aún vive.

Tybaut salió apresuradamente, haciendo una breve reverencia al conde antes de dirigirse a Grace.

—Milady, que los santos sean alabados, está a salvo.

Grace tragó saliva mientras él la guiaba hacia el calor de la casa, mirando hacia las escaleras.

—¿Cómo está su amo?

Él tocó su codo, guiándola hacia el solar.

—Su hermana lo cuida. Aún tiene fiebre, pero todos están rezando con fuerza.

Ella respiró aliviada, ya que estaba vivo, pero la noticia no era buena.

Swan dormitaba en una silla, la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta. Estaba agotada. Rodrick la levantó y la acunó en sus brazos. Ella despertó parpadeando y sonrió, luego vio a Grace.

—Gracias al Cielo —musitó—. Ahora se curará, ya que has regresado.

Rodrick sacó a su amada del solar.

Temerosa de lo peor, Grace dirigió la mirada hacia Bronson. Él desbordaba la pequeña cama en la que yacía. La barba rubia que asomaba ya oscurecía su rostro. Lucia estaba a su lado, las lágrimas recorriendo sus mejillas. Se acercó voluntariamente a los brazos extendidos de Grace.

—El Señor sea alabado —sollozó la joven en el pecho de su ama.

—Necesitas dormir —susurró Grace en su cabello—. Dime qué hacer. Yo lo cuidaré.

Lucia se secó los ojos con el dorso de la manga.

—No ha despertado, aunque se retorció cuando tuvimos que cortar su túnica y coserlo. Es una herida profunda, y el vinagre que le eché debe de haberle ardido como el diablo. Pero es el golpe en la cabeza lo que le ha robado el juicio.

Con cuidado, dobló el lienzo lejos del pecho de Bronson. Grace hizo una mueca al ver el grueso trozo de apósito cubierto con sangre seca.

—Sangró mucho tiempo, pero ahora ya ha parado —explicó la sirvienta mientras levantaba el apósito.

Grace arrugó la nariz.

—¿Qué es ese olor?

Lucia dió pequeños golpes al emplasto y luego lo despegó, enrollándolo desde un extremo.

—Usé todo lo disponible: menta, milenrama, cebollas, ajo. También hay un emplasto de cebollas debajo de cada axila. He estado quemando romero, pero parece que no ayuda.

Grace apretó su mano contra su boca para sofocar un extraño sonido que amenazaba con

salir de su garganta al descubrirse el pecho de Bronson. Había visto soldados despojados de la parte superior del cuerpo en los campos de entrenamiento y campesinos trabajando bajo el sol ardiente, pero nunca había visto un pecho masculino esculpido como piedra. Quería recorrer sus yemas de los dedos por el vello dorado que cubría su pecho y descendía en una línea intrigante hacia su abdomen.

Su belleza masculina se veía desfigurada por una línea ordenada de extraños puntos de sutura que cruzaban el ancho de su pecho, por encima de sus pezones oscuros, pezones que de repente le dieron un impulso loco de lamer.

Las suturas, de hilo azul, rojo y verde, sujetaban los bordes irregulares de una herida espantosa como sobrevivientes de un naufragio aferrándose a un madero a la deriva. Los jugos del emplasto parecían haber vuelto los colores aún más vívidos.

Lucia aclaró la garganta.

—Hice lo mejor que pude, milady. Era todo lo que teníamos.

—Gracias —logró decir Grace con la garganta seca—. Tu costura siempre ha sido la mejor.

Lucia volvió a colocar el emplasto y el apósito, cubrió nuevamente el pecho de Bronson con el lienzo, hizo una reverencia rápida y se retiró.

Él yacía como una estatua de piedra sobre una tumba, necesitando solo un beso para devolverle la vida. Ella acarició el cabello enmarañado de su frente, se inclinó hacia adelante y besó su frente febril, saboreando el sabor salado de su sudor.

—Vuelve a mí, Bronson.

Luego presionó sus labios contra los suyos, deleitándose en la suavidad del vello de su barba, semejante al plumón de un cisne. Un ardor de deseo le recorrió el vientre, a pesar del sabor amargo de la belladona que le indicó que lo habían drogado con dwale.

—Te amo —susurró.

Se sobresaltó cuando él inhaló con fuerza y luego tocó lentamente sus labios con las yemas de los dedos. Ella tomó su cálida mano y la sujetó contra su pecho.

—Bronson —susurró.

Su mano apretó la suya.

—Grace —gruñó, lamiéndose los labios—. Sabes salada.

UN TRABAJO FORMIDABLE

Un beso despertó a Bronson de un sueño. Estaba tendido sobre un sarcófago, con un pequeño querubín alado flotando a cada hombro. No quería abrir los ojos, temeroso de que lo hubiera besado el Ángel de la Muerte.

Al tocarse los labios secos, escuchó palabras susurradas de amor y saboreó sal. ¿No eran los presagios de la muerte los que soplaban fuego y azufre?

Inhaló profundamente para asegurarse de su mortalidad. Su mano estaba presionada contra algo suave y cálido. A medida que su palma absorbía el calor, su corazón se llenó de la certeza de que iba a sobrevivir a lo que lo aquejaba. Aromas penetrantes atacaron sus fosas nasales, pero lo que predominaba por encima de todos era un olor que reconoció de inmediato.

—Grace —raspó—. Sabes salada.

Los querubines rieron como niños traviesos y desaparecieron en la niebla que nublaba su juicio.

—Ya se han ido —dijo, pensando de repente en sus bebés nacidos muertos. Abrió los ojos, encantado de ver el hermoso rostro de Grace, pero entristecido por sus lágrimas.

—Estás despierto —sollozó ella.

Su garganta produjo un gruñido de confirmación mientras observaba el espacio a su alrededor.

—¿Por qué estoy en el solar y por qué huelo como si me hubiera bañado en cebollas?

Ella pasó la mano por su frente.

—Rodrick temía que llevarte arriba empeorara tu herida.

¿Herida?

Frunció el ceño, tratando de recordar...

Entonces recordó, la cara sonriente del hombre que lo había apuñalado. Ahora comprendía el ejército de pequeños seres que marchaban sobre su pecho con botas clavadas de clavos. Levantó la mano libre para tocar la herida, reacio a mover la que estaba colocada bajo el pecho de Grace.

¿Pecho?

Una oleada de vergüenza lo invadió.

—Perdóname —dijo, haciendo un intento de quitar su mano, pero de forma poco decidida—. Estoy en un sopor.

Ella resistió sus esfuerzos y tomó su mano libre.

—Es el dwale, pero no debes tocar los puntos. Lucia hizo un... eh... trabajo formidable.

Él debería preguntar qué quería decir, pero un dolor sordo pulsaba en sus sienes y uno agradable comenzaba a moverse en sus lomos.

—Estoy hambriento —logró decir, dándose cuenta repentinamente de que, efectivamente, lo estaba, aunque dudaba que ella entendiera que ansiaba poseerla.

Ella se rio.

—Es una buena señal.

Su brillante sonrisa lo llenó de satisfacción, aunque extrañaba el reconfortante peso de su pecho cuando ella apartó su mano y dio un paso atrás.

—Voy a traer algo de comer.

Él intentó sentarse, pero ella le puso una mano en el hombro.
—Quédate quieto. Te golpeó fuerte y perdiste mucha sangre.
Se recostó de nuevo, disfrutando de sus cuidados mientras el calor de su mano se filtraba en su piel desnuda.
—¿Quién hizo esto? ¿Qué querían? ¿Hirieron a alguien más?
—Demasiadas preguntas —dijo ella, evidentemente evitando contestar—. Todo se revelará después de que comas.
Él la miró irse, sabiendo en lo más profundo de su corazón que ella estaba hecha para él. Pero, ¿qué presagiaban sus sueños con los ángeles? ¿Querían recordarle que la vida es efímera y que el riesgo de perder otra esposa en el parto era demasiado grande? ¿O significaban algo más?

Rodrick cargó a Swan al gran salón, donde su padre estaba conversando con Bravecoeur, aunque parecía una conversación unilateral.
El soldado miró sus pies cuando su conde detuvo bruscamente la conversación y se apresuró a acercarse a su hijo.
—Suannoch, lamento el ataque a ti y a tu hermano en mis tierras. Godefroy será castigado, si es que aún vive.
Swan frunció el ceño y miró a Rodrick.
—¿No está detenido?
Bravecoeur tosió y se inclinó ante ella.
—Perdóneme, milady, aún está prófugo debido a mi fallo.
Rodrick la ayudó a levantarse mientras el soldado explicaba.
Ella extendió la mano hacia el capitán.
—Está disculpado, Capitán Bravecoeur. No le guardo rencor.
El soldado se levantó.
—Juro que haré todo lo que esté en mi poder para recapturarlo, si sobrevivió al fuego.
Swan asintió, viéndose impedida de decir más cuando Jolly entró apresuradamente con una gran sopera de caldo y una cuchara, dejándolas sobre una mesa de caballete. Los chicos trajeron tazones de madera. La cocinera llenó uno y se lo ofreció al conde.
—Mi lord, por favor, tome algo antes de irse, y milady Swan, debe comer antes de descansar.
—¿Vas a marcharte, papá? —preguntó Rodrick.
—Sí —respondió su padre, sorbiendo el caldo—. Debo regresar a Ellesmere para el Día de Navidad, o tu madre nunca me lo perdonará.
Swan suspiró.
—Con todo lo que ha pasado, había olvidado que mañana es Navidad.
Las celebraciones cuidadosamente planeadas por Swan y Grace se habían arruinado, pero Jolly acudió al rescate.
—Este horrible día ya casi ha terminado. Si el Cielo quiere, nuestro señor está en camino de la recuperación. Mañana tendrá su festín de Navidad, si los chicos y yo tenemos que trabajar toda la noche para asegurarlo.
Los chicos de la cocina asintieron al unísono, como marionetas sobre hilos.
Grace se unió a ellos. Rodrick se sintió aliviado al ver una sonrisa en su rostro.
—¿Cómo se encuentra Bronson? —preguntó.
Su hermana abrazó a Swan.
—Gracias a ti, creo que se recuperará. Tiene hambre.

Swan abrazó a su prima.

—Estoy más que aliviada de verte de vuelta a salvo, Grace. Fue más gracias a Lucia que mi hermano siga vivo, pero confiaba en que tu presencia obraría milagros —respondió mientras las dos mujeres se aferraban la una a la otra.

El padre de Rodrick se puso de pie.

—Un delicioso caldo. Debo irme antes de que oscurezca. —Abrazó a su hija—. Tal vez la sugerencia de Jolly de celebrar la Navidad ponga a Bronson en el camino de la recuperación.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Gracias, papá. Dale mi amor a mamá.

El conde se inclinó para besar la mano de Swan.

—Parece que me bendecirán con otra hermosa hija. Solicitaré a monseñor Theobald.

Ella se sonrojó y le rodeó con los brazos.

—Gracias, mi lord conde.

Él le dio una suave palmada en la espalda, luego la soltó y se volvió hacia Rodrick.

—Cuídate la nariz, mon fils. Parece doler.

—La verdad, casi se me había olvidado —respondió él.

Grace sirvió un tazón de caldo.

—Esto es para Bronson, papá. Ven conmigo a despedirte.

Cuando finalmente quedaron solos, Rodrick tomó el rostro de Swan entre sus manos.

—Ahora, Swan FitzRam, toma mi cama para ti.

Sus ojos se llenaron de incertidumbre y un atisbo de deseo.

Él se rio.

—No te preocupes. Puedes dormir en mi habitación arriba. Seré honorable, tanto como quiero hacerte mía. Dormiré en el salón con Tybaut y los chicos.

Grace y Bronson intentaron ocultar sus sentimientos el uno por el otro mientras ella le daba de comer el caldo, cucharada a cucharada, pero la química entre ellos era imposible de ignorar.

Grace le había confesado que amaba a su pariente del norte; si pensaba que Bronson no albergaba sentimientos hacia ella, Gallien podía ver claramente que estaba equivocada.

El hombre estaba claramente enamorado.

Gallien había prometido pedirle al arzobispo a favor de Rodrick y Swan. Era difícil prever si la situación de Grace y Bronson ayudaría o dificultaría la causa.

Era suficiente para hacer que la cabeza de un padre diera vueltas, y había otros graves problemas a los que enfrentarse como conde recién incorporado a la campaña de Enrique Plantagenet por el trono.

Si Bravecoeur hubiera estado más atento, los secuestradores de Grace ya estarían de camino a las celdas de Ellesmere. Ahora, su captura era su primera prioridad, justo después de celebrar la Navidad con su amada Peri. Con dos de sus hijos en Shelfhoc, él y su esposa tendrían más tiempo para sí mismos. La perspectiva le parecía más que atractiva.

—Espero que desees privacidad —les dijo a Grace y Bronson—. Tengo que regresar a Ellesmere.

Su hija apartó el tazón, se levantó y le dio un beso en cada mejilla.

—Dale mi amor a mamá.

—Lo haré —respondió él—. Ella se alegrará de saber que estás a salvo, y en...

La mirada cautelosa en sus ojos le hizo cambiar lo que iba a decir.

—En buen ánimo —concluyó, ahora consciente de que Bronson aún no había admitido que

se preocupaba por Grace.

—Adiós, milord —dijo Bronson con voz áspera.

Tentado de contarle sobre su propia indecisión años atrás, que casi le costó perder a Peri, Gallien, sin embargo, frunció los labios y salió de la habitación.

ESENCIA MASCULINA

Rodrick escuchó vagamente a los muchachos de la cocina correteando hacia la despensa a primeras horas de la mañana para despertar a Jolly, que dormía en su camastro detrás de la chimenea de ladrillo. Tybaut roncaba no muy lejos.

Volvió a quedarse dormido y no estaba seguro de cuánto tiempo había pasado antes de que sus fosas nasales se contrajeran incómodamente: Jolly estaba asando venado. Le recordó las Navidades felices en Ellesmere. Pero tenía la sensación de que aquel sería un día de nuevas tradiciones para él y Swan.

Se dio vuelta sobre su costado en el incómodo piso de madera.

El condado de Ellesmere era su derecho de nacimiento. Cuando él y Swan recibieran permiso para casarse, ella sería su condesa. Su padre había prometido solicitar la ayuda del arzobispo de Canterbury. ¿Seguro su apoyo tenía peso?

¿Podría abandonarla si se les negaba el permiso? Casarse sin la bendición de la Iglesia significaba abdicar del condado a su hermano William, lo que no era una prospectiva reconfortante. ¿Qué habría pensado su bisabuelo Ram de tales circunstancias?

Pero ser conde sería un esfuerzo superficial sin Swan a su lado.

Pensar en la mujer que amaba durmiendo arriba, en la misma casa, hizo que su hombre despertara. Tenía la intención de honrar a Swan dándole lo que toda doncella deseaba: entregar su virginidad en su noche de bodas. Un regalo que también quería para sí mismo.

Pero sería fácil escabullirse hacia arriba y darle placer, un regalo navideño anticipado, por decirlo de algún modo.

A menos que Grace hubiera dejado a Bronson solo y decidiera compartir la cama de Swan.

Frotándose el vientre lleno, satisfecha tras comer demasiado de la comida de Jolly, Swan pensaba que ya entendía por qué Rodrick parecía estar de mal humor. Dormir en el suelo haría que cualquier noble se pusiera irritable, especialmente uno con la nariz rota. Ella había dado vueltas y más vueltas toda la noche, preocupada por él. El aroma del venado asado subiendo desde la cocina significaba que los chicos se habían ido del salón, y había estado tentada de bajar sigilosamente las escaleras para ver cómo estaba. Pero los escalones de madera crujían, algo debía hacerse para solucionar el ruido, y Tybaut aún podría estar en cama.

Pero estaba decidida a que todos estuvieran alegres. Era el día de Navidad, después de todo.

Jolly había preparado un festín delicioso, llenando las bandejas con puerros, cebollas, zanahorias, acelga de invierno y chirivías para acompañar al venado. Swan se preguntaba si quedaba algo en la despensa.

Bronson había estado lo suficientemente bien como para caminar hasta el salón, asistido por Rodrick y Tybaut. Había dependido mucho de su apoyo, pero era un paso importante.

Ahora lucía exhausto, apoyado por cojines en la silla del maestro, vestido con una camisa de noche y un batín, pero había disfrutado y comido con ganas. Estaba feliz de que Lucia hubiera insistido en vendarle la herida. Si veía las suturas...

Las interminables atenciones de Grace hacia él hacían que Swan sintiera una estúpida celosía.

—¿No te gustó la comida? —preguntó a Rodrick, que estaba sentado junto a ella.
Él se encogió de hombros, eructando en su puño.
—Estaba deliciosa. Comí demasiado.
—¿Te duele la nariz?
—No.
Ella se removió en su asiento, molesta por su actitud sombría.
—¿Te gustaría estar en Ellesmere?
Él arqueó las cejas, presionando su muslo contra el de ella.
—¿Por qué pensarías eso?
A ella no le gustaba cuando él hacía pucheros.
—Parece que estás distraído.
Él exhaló profundamente y le tomó las manos.
—Lo que me distrae es cuánto te amo y lo desesperadamente que quiero hacerte mía. Lo siento si he estado melancólico. La Navidad es un día especial para ti.
Sus palabras la tranquilizaron.
—Será especial para ti también cuando te diga lo que Tybaut ha conseguido para el postre.
Los ojos de él se agrandaron.
—¿Algo que me guste?
—Algo que amas.
Él mordisqueó su oreja.
—¿A ti?
Ella encogió un hombro, fingiendo estar molesta.
—No. Mazapán y crema.
Las comisuras de su boca se alzaron.
—Sí me gusta el mazapán, pero no diría...
El secreto salió a la luz.
—¡Con cobnuts!
Él frunció el ceño.
—¿Qué?
Ella temió que tal vez Grace se hubiera equivocado.
—Cobnuts. Tybaut las trajo especialmente de Farnham, en Surrey, hace semanas.
Una expresión de puro deleite cruzó su rostro.
—¿Quieres decir avellanas?
¡Qué alivio!
—Sí. En Northumbria las llamamos cobnuts.
Él se levantó, golpeando su copa. Todos los ojos se volvieron hacia él.
—Swan FitzRam —anunció—, un hombre debe declarar su amor cuando una mujer le procura avellanas. —Se inclinó hacia su oído—. ¿Están tostadas? —susurró lo suficientemente alto para que todos pudieran oír.
Sintió su cara sonrojarse mientras su audiencia se reía.
Él tomó su copa.
—Con su permiso, Lord Bronson, propongo un brindis por su hermana.
Bronson levantó su copa.
—Solo si incluimos a tu hermana, Grace, que sospecho tuvo mucho que ver con cumplir tu deseo de avellanas.
Rodrick aclaró su garganta y levantó las dos cejas en dirección a Swan.

—Brindo por la salud y larga vida de las mujeres que cumplen nuestros deseos. Por Lady Swan y Lady Grace.

Los hombres de armas, los campesinos arrendatarios y los sirvientes que habían venido a compartir la fiesta levantaron sus jarras y copas y se unieron al brindis.

El corazón de Swan amenazó con estallar fuera de su pecho.

Con la barbilla y la nariz al aire, y los hombros bien erguidos, Tybaut hizo señas para que sirvieran el postre. Rodrick devoró las avellanas tostadas antes de tocar el mazapán. Para su sorpresa, de repente se puso de pie y salió apresuradamente del salón, regresando pocos momentos después con una mano detrás de su espalda.

En lugar de retomar su asiento, hizo un gesto con el dedo y llamó a Swan.

Curiosa y algo nerviosa, ella se acercó.

Él tomó su mano.

—Como todos saben, uno de mis bisabuelos era galés.

Evidentemente, algunos en la sala no lo sabían, ya que sus murmullos de sorpresa lo indicaban. Rodrick los ignoró.

—Me llamaron así por Rhodri ap Owain, que creía en muchas de las antiguas tradiciones celtas.

—Soy un orgulloso normando, pero no puedo negar la sangre celta que fluye por mis venas —continuó, sacando de detrás de su espalda una ramita con hojas verdes y bayas blancas que levantó para que todos la vieran.

Algunos se rieron y vitorearon, aparentemente sabían lo que era. Por el brillo en sus ojos, Swan sospechaba que pronto aprendería el significado de la ramita.

—Antes del nacimiento de Nuestro Señor, que celebramos hoy —prosiguió Rodrick con falsa seriedad—, los pueblos paganos consideraban el muérdago como una representación de la esencia divina masculina.

Le guiñó un ojo.

Los hombres en el salón exclamaron con admiración, algunos dando codazos a sus vecinos.

Rodrick levantó la mano para pedir silencio.

—Los celtas lo utilizaban como remedio contra la esterilidad en los animales y como cura para el veneno.

El silencio se impuso, y todas las miradas se centraron en el heredero de Ellesmere.

Rodrick esperó, claramente disfrutando de su control sobre la asamblea. El corazón de Swan palpitaba de orgullo en su pecho.

—Más importante aún, cuando tienes esencia masculina, tienes fertilidad y vitalidad.

Carcajadas sonoras rompieron el silencio, acompañadas de golpes de jarras contra las mesas.

—¡Pero!

Todos se callaron mientras levantaba la ramita sobre la cabeza de Swan.

—Solo funciona si besas a una doncella debajo de él.

Sin previo aviso, inclinó la cabeza y tomó posesión de su boca con sus cálidos labios. Ella saboreó el fruto del avellano y supo en su corazón que este recuerdo navideño la acompañaría para siempre. Él la besó profundamente, entrelazando su lengua con la de ella, todo el tiempo sosteniendo la ramita sobre sus cabezas.

El estruendoso júbilo terminó abruptamente cuando una copa chocó con más fuerza que las demás. La voz de Bronson hizo que Swan se apartara, temerosa de que su demostración pública

hubiera enfadado o incomodado a su hermano.

—Trae esa ramita mágica aquí —exigió su hermano con voz pastosa— y sostenla sobre mí y Grace. Tengo ganas de besar a mi más excelente enfermera.

Rodrick obedeció. Bronson echó la cabeza hacia atrás y aceptó el beso de una Grace ruborizada. Swan se preocupó de que la mezcla de dwale y vino no hubiera sido tan buena idea. ¿Recordaría él el beso al día siguiente?

YO DESEO

Doce días después de las celebraciones navideñas, Grace tenía sentimientos encontrados respecto a la quema de la corona de Yule. Sería el cierre de la temporada y su última oportunidad para forzar a Bronson a admitir que la amaba.

El día después de Navidad, él había permanecido en un estupor, quejándose de un fuerte dolor de cabeza.

Grace estaba furiosa. Era evidente que el beso bajo el muérdago había sido producto del exceso de vino combinado con dwale.

Durante unos breves y locos momentos en el banquete, ella había actuado como una tabernera seducida por un guerrero ardiente. Y qué beso había sido, despertando fuego en su sangre. Sin embargo, parecía que él apenas recordaba algo de las celebraciones.

Su enojo se tornó en preocupación cuando él recayó en otro episodio de fiebre.

Lucia retiró los vendajes para revisar las suturas. Todos temían su reacción si las veía. Sus constantes quejas sobre la picazón eran la justificación para mantenerlas cubiertas.

Swan estaba orgullosa de la gran corona que había elaborado, y Grace sintió alivio cuando Bronson se recuperó lo suficiente como para expresar su deseo de asistir a la quema ceremonial.

El clima había mejorado, y el corazón de Grace dio un vuelco cuando vio a Bronson salir lentamente pero sin ayuda para tomar su lugar en el banco frente a la ya ardiente hoguera. Tybaut había instruido a los mozos de cuadra repetidamente sobre cómo construir la pila de madera lo suficientemente grande, pero no excesiva, y supervisó el encendido en cuanto cayó el sol.

Bronson estiró sus largas piernas, calentando las manos al fuego y luego frotándoselas. Su cabello rojo resplandecía bajo la luz de las llamas. Puso un brazo alrededor de Swan.

—Es una corona maravillosa la que has hecho, hermana. Es una pena tener que quemarla.

Ella rio, batiendo las pestañas hacia Rodrick.

—No, estoy deseando hacerlo. Yo empezaré.

Cogió una rama de la corona, cerró los ojos y la arrojó al fuego.

—Deseo casarme con Rodrick de Montbryce.

El hermano de Grace rio al seleccionar su propia rama.

—Bueno, eso no es ninguna sorpresa. —Lanzó su fronda de cedro al fuego—. Deseo casarme con Suannoch FitzRam.

El corazón de Grace se llenó de alegría por su hermano y Swan mientras se tomaban de las manos, contemplando el breve parpadeo de las llamas llevando sus deseos al cielo. Pero una inquietud nerviosa la invadió poco después. Bronson no había dicho nada, su rostro permanecía inexpresivo mientras observaba las llamas y acariciaba su barba.

Era ahora o nunca.

—Mi turno —dijo, tironeando una fronda con manos temblorosas. Esta se resistió hasta que Rodrick acudió a su rescate. Grace sostuvo el cedro hacia el fuego.

—Yo deseo... —Se atrevió a mirar a Bronson, que seguía perdido en las llamas—. Deseo ser la señora de Shelfhoc —soltó rápidamente mientras lanzaba el cedro, errando completamente el fuego.

Su hermano pateó la rama hacia las llamas.

—Tiene que quemarse, o tu deseo no se cumplirá —dijo, mirando a Bronson.

Swan sostuvo los restos de la corona frente a Bronson.

—Tu turno, maestro de Shelfhoc.

Él aceptó el adorno, lo agarró con ambas manos y lo lanzó al centro del fuego.

—Deseo liberarme de los fantasmas del pasado —declaró.

Nadie dijo nada. Al principio, la corona amenazó con sofocar las llamas. El humo llenó el aire. Luego, las ramas de cedro crepitaron y siseaban en protesta mientras el fuego recobraba fuerza. Bronson levantó la cabeza para mirar a Grace, con el fuego danzando en sus ojos. Se rascó el pecho.

—Y que termine esta condenada picazón.

Bronson ardía. Las llamas calentaban su rostro. Su pecho picaba como si mil insectos chupasangre lo atacaran. Odiaba la barba y el bigote que le daban comezón y ansiaba afeitarse. Pero era su ardiente pasión por Grace lo que ya no podía negar. Agradeció cuando Swan y Rodrick se retiraron discretamente, dejándolo a solas con la mujer que amaba.

—Ya te dije una vez que no volveré a casarme.

Ella mantuvo la mirada fija en el fuego, las manos juntas sobre su regazo.

—Nunca me preguntaste por qué.

Sus nudillos se pusieron blancos.

—Supuse que sigues enamorado de tu primera esposa.

¿Había amado realmente a alguna de sus esposas? Desde luego, les había tenido afecto, había estado cómodo con ellas y disfrutado de hacer el amor con sus cuerpos. Pero nunca había sentido el deseo abrasador que experimentaba por Grace.

—No, no es por eso.

Ella lo miró un instante, y luego volvió a contemplar el fuego moribundo.

—Estuve casado dos veces.

Ella lo observó, boquiabierta.

—Ambas murieron.

Curiosamente, estaba tranquilo al hablar ahora de sus muertes. La siguiente parte sería difícil. Tragó el nudo que se le formaba en la garganta, pero Grace adivinó lo peor.

—Murieron en el parto —murmuró ella con voz ronca.

Él apretó las manos contra sus rodillas.

—Perdiste a ambos bebés.

Solo quedaban brasas incandescentes del fuego. Si las miraba lo suficiente, tal vez el dolor se iría.

—No soportaría que te ocurriera lo mismo a ti, Grace.

Para su sorpresa, ella se levantó del banco y se plantó entre él y el fuego, con las manos en las caderas.

Ya no sentía el calor de las llamas, pero una oleada de calor lo invadió cuando miró su rostro.

—Hombre necio. Toda mujer teme morir en el parto, pero aceptamos esa posibilidad porque los hijos traen alegría y amor. Nadie sería mejor padre que tú, Bronson, y yo seré una excelente madre. Dame la oportunidad. No niegues lo que podríamos tener por temor. Te amo, y tú me amas.

Ella se sentó a su lado en el banco. Él la miró, reconfortado por el amor que ardía en sus ojos.

—Te amo, Grace, más de lo que puedas imaginar. He intentado negarlo, temeroso de

enfrentar el dolor otra vez. Si te perdiera...

—Tus miedos nos condenarán a ambos a una vida solitaria de amor frustrado.

Miró las brasas. Quizás ellas tuvieran la respuesta. Las palabras de Grace tenían sentido.

Un peso de plomo se levantó de su corazón.

—Quiero levantarte en brazos y llevarte a mi cama.

Ella apoyó la cabeza en su brazo.

—Romperías las suturas.

Él soltó una carcajada.

—¿Te refieres a las de mi bordado en el pecho?

Ella lo miró alarmada.

—¿Lo sabías?

Él arqueó las cejas.

—Soy muy bueno fingiendo estar dormido.

Tybaut apareció de la nada.

—¿Puedo apagar el fuego ahora, mi señor?

Bronson se puso de pie lentamente.

—Sí, fiel mayordomo. Gracias.

Ofreció su brazo a Grace.

—La futura señora de Shelfhoc me acompañará a casa con seguridad.

Tybaut sonrió, haciendo señas a los mozos de cuadra, que temblaban mientras aparecían con cubos de agua.

EN CASO DE ACCIDENTES

Rodrick se alejó de Shelfhoc con el corazón apesadumbrado y el cuerpo cansado. Después de la ceremonia de la corona, había dormitado toda la noche en una silla frente al hogar en el salón, con Swan en su regazo. ¡Una dulce tortura!

Bronson insistió en que estaba lo suficientemente bien como para quedarse solo por la noche, y Grace ocupó el lugar de Swan en la cama de la cámara de arriba.

Esa mañana había manifestado su deseo de regresar a la cámara principal, y Rodrick ayudó a Tybaut y a los mozos a mover catres y reorganizar los alojamientos.

Swan insistió en que entendía por qué tenía que regresar a Ellesmere, pero él notó que estaba desconsolada por su partida. Al principio se quejó:

—¿Por qué no puedo acompañarte?

—¿Para qué? Tengo que irme con padre a la expedición para ayudar a Robert de Leicester a tomar dos castillos de mercenarios. Además, Grace y Bronson no pueden quedarse solos aquí juntos. Serán buena compañía para ti.

Ella hizo un puchero, estudiando sus pies.

—Solo tienen ojos el uno para el otro.

Rodrick le levantó la barbilla para mirar su rostro, deseando llevar consigo la memoria de su hermosa expresión.

—Como nosotros.

Con la esperanza de borrar su puchero, añadió:

—Y papá está hablando de ir a ver al arzobispo Teobald en persona. En ese caso, lo acompañaré.

Volvió su atención al camino, embarrado ahora tras el clima suave, y tocó sus labios con los dedos, saboreando el gusto del beso de despedida en el patio. Rezó en silencio para que el arzobispo concediera la dispensa de la cual dependía tanto.

Bronson tenía sentimientos encontrados mientras observaba a Rodrick desaparecer más allá del horizonte, y sospechaba que no era el único. Rodeó los hombros de su hermana con un brazo.

—Estás triste de que se vaya, Swan, pero su misión es importante.

Swan suspiró.

—Sí. Inglaterra necesita deshacerse de los mercenarios.

—Es cierto, pero me refería a la petición al arzobispo.

Ella sonrió con melancolía.

—Sí, eso ahora es importante para los dos, hermano.

Bronson se rascó las irritantes barbas bajo el mentón, extendiendo el brazo alrededor de los hombros de Grace cuando ella tomó el relevo. De alguna manera, su toque era más efectivo.

—Y con los hombres que ha dejado aquí y los que trajimos de Northumbria, estamos bien protegidos.

No sonaba completamente sincero. Habían estado protegidos antes y aun así sucumbieron a la traición. Se sentiría vulnerable hasta que capturasen a Godefroy o confirmaran su muerte.

La mano de Grace ya no lo aliviaba.

—Tengo que deshacerme de esta barba. Hoy mismo.
—Puedo hacerlo —se ofreció Swan—. Habíamos planeado que Lucia también te quitara los puntos.
Su hermana lo había afeitado antes, pero era el toque de otra mujer el que él anhelaba.
—Pensaba pedírselo a Grace.
El labio de Swan tembló. Lanzó una mirada celosa a Grace. Tal vez no había sido el mejor momento para mencionarlo. Abrió la boca para calmar sus sentimientos heridos, pero ella se escabulló hacia los establos, dejándolos entrar solos en la casa.
Grace dudó en el umbral.
—Debería ir tras ella.
—No. Pasará tiempo con Cob y se le pasará. Tiene que acostumbrarse a compartirme con otra mujer. Me ha cuidado desde...
Las oscuras memorias amenazaron con salir a flote.
Grace se volvió hacia él y se puso de puntillas para besarlo. Las sombras se disiparon cuando ella le introdujo la lengua en la boca. Al separarse, ella sonrió con picardía.
—Es necesario un baño una vez que te quitemos los puntos. Sigues apestando a cebolla.
Bronson arqueó las cejas.
—No puedo esperar.

Mientras Bronson afilaba nerviosamente su navaja en el cinturón de cuero, Grace lamentó no haber hablado antes. Swan podía haber afeitado a su hermano, pero los hermanos de Grace tenían ayuda de sus criados para esos asuntos. Una hija de conde no se veía nunca en la obligación de aseo a los hombres, ni siquiera a sus propios hermanos.

Jolly entró apresurado con un cuenco de agua caliente y unas toallas, seguido por Tybaut, quien traía en alto un pedazo de lo que parecía ser jabón, como si se tratara de una ofrenda de misa.

—Aquí estamos. Mi mejor jabón para afeitar, hecho a mano con cera de abejas y manteca, más un ingrediente secreto de mi invención.

Colocó el jabón junto al cuenco de agua en una mesita que Jolly había dispuesto cerca del hogar del solar.

Con un gesto teatral, sacó un objeto peludo del bolsillo de su túnica.

—No hay muchos de estos por aquí, mi señor Bronson. Por favor, acéptelo como un humilde regalo.

Bronson frunció el ceño mientras examinaba el obsequio.

—¿Pelo de jabalí?

Tybaut sonrió con orgullo.

—Sospechaba que era usted un hombre perceptivo y de buen gusto.

Grace, que había pensado que el cepillo de pelo de jabalí era un gran amuleto con forma de pata de conejo, se secó las manos sudorosas en el delantal que Jolly le había dado. El mayordomo la miró durante un largo rato. Ella fijó los ojos en la mesa con el cepillo, la navaja, el agua caliente y el jabón que parecían haber sido colocados con devoción en un altar sacrificial.
—¿Está todo listo? —aventuró.

Tybaut miró hacia abajo con aires de superioridad.

—Una cosa más.

Abrió la palma para revelar un pequeño frasco, lo suficientemente pequeño para que solo entrara un dedo.

—Por si acaso.
Grace frunció el ceño y olfateó el contenido.
—¿Qué es?
—Un ungüento perfumado de mi creación, con la lujosa adición de telarañas empapadas en aceite y vinagre.
Sofocó una risita al imaginarse al corpulento Tybaut recolectando telarañas.
—¿Para qué sirve?
Él lo colocó sobre la mesa que ahora parecía el altar de un sacrificio.
—En caso de accidentes.

* * *

Mientras Lucia se preparaba para quitarle los puntos a Bronson, Swan se abstuvo de comentar sobre los rasguños y cortes en la cara de su hermano. Lo tenía bien merecido por no dejar que ella le afeitara, aunque tenía que admitir que Grace había hecho un buen trabajo, considerando que probablemente era la primera vez que afeitaba a un hombre.

Era curioso. Grace era viuda, pero se mostraba reacia a hablar de su marido y parecía no saber nada sobre él. Lucia también evitaba responder preguntas sobre la vida en Cullène Hall.

Pobre Grace. Temblaba como un álamo y parecía agotada.

Bronson miraba la cicatriz en su pecho.

—Se ve bien, Lucia. Buen trabajo con la aguja.

La sirvienta se sonrojó.

—Gracias, mi lord. Ha sanado bien.

—Una lástima que los puntos de colores se hayan vuelto negros —bromeó Swan—. Estabas bastante bien cuando eran un arco iris.

Bronson rio.

Grace hizo un tsck.

—Debes quedarte quieto. Lucia está usando el par más pequeño de cisoires de esta casa masculina. Estos son pivotados y normalmente se usan para... —Su rostro se enrojeció considerablemente—. Lo que quiero decir es...

Swan no pudo evitar echar sal en la herida.

—Lo que ella quiere decir es que son de sus suministros de costura y están diseñados para bordado.

Hubo un incómodo silencio.

Grace fulminó a Swan con la mirada.

Los ojos de Lucia se movían de un rostro a otro.

Tybaut tosió.

Bronson se recostó en la silla, mirando hacia las vigas del techo.

—Supongo que tendré que acostumbrarme a que ustedes dos se enfrenten como gallos de pelea. Sigue, Lucia.

Swan se sintió mal. Quería mucho a su hermano. Se alegraba de que al fin pareciera dispuesto a dejar atrás el pasado. No había mejor cuñada que Grace. Pero echaba mucho de menos a Rodrick, y él llevaba menos de un día ausente.

—Mis disculpas, Grace. No entiendo por qué me estoy comportando de manera tan mezquina. Mi hermano se ve mucho mejor sin su barba. Has hecho un buen trabajo.

Grace le tomó la mano.

—Extrañas a Rodrick. Lo entiendo.

—Al fin —exclamó Bronson, sorprendiendo a las dos. Se puso de pie, rascándose el pecho

—. Ya no soy un tapiz.

Swan aplaudió, contenta por el regreso del buen humor de su hermano. Había estado de luto demasiado tiempo.

—Ahora, un baño. ¿Cuál de ustedes dos encantadoras damas frotará mi espalda?

EL DEBER LLAMA

—Un hombre podría acostumbrarse a tanto mimo —declaró Bronson mientras él y Grace seguían a Tybaut hacia el cobertizo de tejido, dos semanas después de la partida de Rodrick—. Dos lindas damas a mi servicio.

Grace se encogió de hombros, con una mano sobre el telar, que el mayordomo había estado restaurando y que llevaba mucho tiempo sin usarse.

—Salvo que no encontrarás a tu hermana aquí.

Bronson soltó una risa.

—Nunca estuvo interesada en los trabajos domésticos.

—Swan está destrozada por Rodrick, y descubriría que el tejer la ayuda a llenar las horas cuando los seres queridos están lejos.

Ella desvió la mirada. Bronson intuyó que había adivinado correctamente que él estaba ansioso por unirse a la lucha para liberar Inglaterra de los mercenarios. Quedarse en Shelfhoc disfrutando de las atenciones de dos mujeres no le parecía adecuado en su interior.

Sin embargo, estaba claro que Grace había extrañado mucho a su familia durante su matrimonio, y se preguntó, no por primera vez, si había sido feliz con su primer marido.

No quería dejarla, pero el deber lo llamaba, justo cuando parecía que había encontrado a su alma gemela. La apartó de los esfuerzos de Tybaut con el telar y le tomó las manos.

—Sabes que tengo que irme —dijo suavemente.

—Pero tu herida —respondió ella de manera poco convincente, con la mirada fija en el suelo de tierra compactada.

Le levantó el mentón, obligándola a mirarlo a los ojos.

—No quiero irme, pero Inglaterra necesita que todos los caballeros en forma hagan su parte. No puedo quedarme sin hacer nada. Tú no desearías eso.

Ella descansó su cabeza en su pecho.

—Lo sé, pero estar aquí sin ti...

Lo había considerado.

—Te sugiero que tú y Swan viajen conmigo a Ellesmere. No me gusta la idea de que las dos estén solas en Shelfhoc. Se volverán locas de preocupación. En Ellesmere tendrán más distracciones.

Ella permaneció rígida en su abrazo, aparentemente no convencida, hasta que él dijo:

—Tu madre necesitará compañía cuando tu padre y tus hermanos se vayan.

Secándose las lágrimas, dio un paso atrás.

—Tienes razón, claro. Hablemos con Swan.

El corazón de Bronson se hinchó de orgullo.

—Eres una mujer valiente —dijo mientras tomaba su mano.

Grace no se sentía valiente. Justo cuando había encontrado a su alma gemela, el destino intervino llevándoselo a un peligroso viaje. Contuvo el impulso de lanzar un grito de frustración. Un hombre valiente que se iba a la guerra no necesitaba lágrimas. Necesitaba estar seguro de que una mujer amorosa lo esperaba en casa, ansiosa por su regreso.

Bronson tenía razón, su madre se sentiría perdida sin los hombres de la casa. El rol de

Grace era apoyar al hombre que amaba y dar consuelo a su madre, Aurore y a Swan.

Era cierto que pasar meses preocupándose en soledad, con solo su prima del norte como compañía, probablemente destruiría una amistad importante. No podía dejar que eso sucediera si ella y Swan iban a ser cuñadas. Apretó la mano de Bronson, decidida a ser fuerte.

—Creo que tu hermana aceptará la oportunidad de ir a Ellesmere y ver a Rodrick antes de que se vaya.

Swan temía estar perdiendo la cabeza. Liberada por el amor de lo que equivalía a una sentencia de muerte, temía constantemente que la historia se repitiera y, al igual que Hiram, Rodrick perdiera la vida en la batalla que finalmente desalojaría a Esteban del trono. Dudaba que los Montbryce esperaran que se retirara a un convento si él caía, pero la vida carecería de sentido sin él.

Amaba a su hermano y estaba feliz de que él y Grace parecieran destinados el uno para el otro, pero su resentimiento crecía al ver cómo podían pasar tiempo juntos mientras ella y Rodrick estaban separados. Entendía su deber de ayudar a su padre a preparar a sus caballeros para la guerra, pero Ellesmere parecía estar a mil millas de distancia.

Buscaba una manera de verlo una última vez antes de que el ejército partiera. El tiempo era esencial, pero Bronson no le permitiría ir sola a Ellesmere y no podía dejar a su hermano y Grace en Shelfhoc.

Perdida en sus pensamientos, se sobresaltó al escuchar voces emocionadas en la entrada.

—Swan —dijo Bronson—. ¿Te gustaría ir a Ellesmere?

Temiendo que pudiera contestar alegremente y luego decepcionarse, se apresuró a saludarlos mientras Grace y él se quitaban las capas.

—¿Estás bromeando conmigo?

—No —respondió su primo—. Bronson sugiere que vayamos todos.

Swan se mostró cautelosa. Grace debería haber estado feliz, pero se mordía el labio inferior.

—¿Qué no me estás contando? —preguntó.

Bronson puso sus manos sobre sus hombros.

—Tengo pensado unirme a la lucha contra los mercenarios. No quiero dejar a las dos aquí. Estarán más seguras en Ellesmere.

El torbellino de pensamientos de Swan aumentó. Entendía su sentido del deber, pero ahora podría perder a su hermano y a su amado. Abrazó a Grace.

—Nada nunca es sencillo, ¿verdad? —susurró.

Rodrick, mientras metía el cuchillo de comer que había limpiado en su cinturón, sonrió a Bronson.

—Allí estabas, solo en Shelfhoc, con dos bellas mujeres atendiéndote, pero decidiste unirme a la lucha.

Bronson se rascó el pecho. La cicatriz ya no picaba, pero rascarse se había convertido en un hábito. Se preguntó si venir a Ellesmere para unirse a Gallien y sus hijos en la lucha contra los mercenarios flamencos era la decisión de un loco. ¿Cómo explicarlo?

—Grace y Swan son encantadoras, pero...

Swan entrecerró los ojos y sacó el labio inferior.

Grace lo fulminó con la mirada.

—¡Cuidado!

Rodrick rio, estirando el brazo alrededor de su prometida, que se encontraba junto a él en el salón.

—Lo entiendo. Ya veo que las plumas de mi Swan están rizadas.

Ella se apartó de él, pero él la sostuvo firmemente.

—No discutamos. No nos hemos visto en semanas. La primavera ya está sobre nosotros.

Bronson se alegró de ver que el puchero había desaparecido del rostro de su hermana mientras se acurrucaba en Rodrick. Miró hacia la mesa principal, aliviado al ver cómo su futuro suegro asentía imperceptiblemente cuando puso su brazo alrededor de Grace.

El conde había propuesto aprovechar la oportunidad de tener a todos presentes en Ellesmere para firmar formalmente los documentos de compromiso. Aún no había podido conseguir una cita con el arzobispo Theobald y pensaba que los acuerdos firmados ayudarían a la causa una vez que se concediera la audiencia.

Era un motivo de orgullo para Bronson representar a su padre en la firma del pergamino que comprometía a Swan con Rodrick, pero esperaba que Grace no hubiera notado el temblor en su mano cuando firmó su propio documento de compromiso en la Sala de Mapas. No tenía duda de que la amaba, pero ese era un paso trascendental que había jurado nunca dar.

Se preguntaba por qué ella parecía tan nerviosa como él. Tal vez todas las futuras esposas se ponían ansiosas en la ceremonia de compromiso, aunque Grace ya había estado casada. Sabía lo que se podía esperar. Pero nunca había tenido un hijo de Victor de Cullène. Tal vez era estéril. Extrañamente, esa posibilidad lo deprimía. Ella era una mujer nacida para ser madre.

La voz de Swan lo sacó de su ensueño mientras pasaba sus dedos por el cabello de Grace, conjurando en su mente la imagen de un hijo nacido de dos padres pelirrojos.

—¿En serio, no te vas a pelear solo para escapar de mí y de Grace?

—No —respondió él sinceramente—. Ya me he recuperado de mis heridas y estoy ansioso por unirme a la batalla para restaurar la paz en Inglaterra. Era un niño cuando murió el rey Enrique, pero recuerdo que la vida era más segura de lo que ha sido bajo el gobierno de Esteban. Si no fuera por la intervención del rey de Escocia en Northumbria, habríamos caído en la misma anarquía.

—Además, la noticia de un complot para asesinar a Enrique Plantagenet me recuerda a un joven con el que me encantaría encontrarme cara a cara.

—¿Crees que Godefroy sigue vivo? —preguntó Rodrick.

—Mis huesos me dicen que sí, y vengaré lo que le hizo a Grace, a todos nosotros.

Rodrick tocó su nariz.

—Sí, lo recuerdo bien, y a mí también me encantaría enviar al desdichado a su Creador. Partimos mañana para reunirnos con Robert de Leicester, que según los informes tiene espías entre los conspiradores. Se rumorea que el hijo de Esteban, Guillermo, está involucrado.

Grace se acurrucó junto a Bronson, con la sensación su cálido pecho contra su brazo despertando el interés de su miembro.

—Ojalá no tuvieras que irte.

Deseaba llevarla a su habitación y yacer allí durante semanas, pero expresar esos pensamientos sería considerado inapropiado con otras personas presentes, aunque probablemente Rodrick también quisiera decirle lo mismo a Swan.

Al menos él y Grace habían podido pasar tiempo juntos en Shelfhoc, mientras que Rodrick y Swan habían estado separados durante semanas. Al día siguiente, tendrían que despedirse una vez más.

—Tendremos muchos años felices para disfrutar juntos en paz y prosperidad, una vez que

hayamos librado a nuestro país de los alborotadores —dijo.

Rodrick levantó una ceja.

—¿Y si Enrique Plantagenet cumple las expectativas como nuestro rey?

Swan suspiró.

—Primero tiene que ser coronado.

CAMBIO DE ESTACIÓN

Mandar a Rodrick a luchar fue lo más difícil que Swan había hecho, pero Bronson había tenido razón al sugerir que se mudaran a Ellesmere. Compartir la pena de la despedida con Grace y la Condesa Peridotte hizo los largos días de espera más soportables.

Aunque las semanas parecían arrastrarse, pronto la primavera dio paso al verano.

Paseando por los jardines ornamentales con Grace, Swan se abanicó la cara con el pergamino que le había entregado el mayordomo Bonhomme.

—¿Suele hacer tanto calor aquí a esta época del año? —preguntó.

—Este es un verano inusualmente caluroso —respondió Grace, tratando de quitarle el mensaje de la mano—. Pero he escuchado que el clima normalmente es más cálido aquí en las Marcas que en Northumbria.

Swan se alejó, desplegando la tan esperada misiva.

—Es de Rodrick.

Grace hizo un puchero.

—Pero Bronson ha añadido una nota al final.

Grace puso las manos en las caderas.

—¿Has notado, hermana, que somos las mejores amigas hasta que nuestros hombres irrumpen?

Swan de hecho lo había notado, pero estaba demasiado concentrada en leer la carta de Rodrick para responder. Sus ojos se abrieron al leer la noticia que le había impartido.

—¿Qué dice? —preguntó Grace impacientemente.

—Los conspiradores del complot de asesinato han sido arrestados. Godefroy languidece en la Torre con sus cómplices, esperando el deseo y el agrado del Príncipe Enrique. El Príncipe William ha sido exonerado de cualquier complicidad.

Grace dio un grito y se lanzó a los brazos de Swan. Rieron, lloraron y rieron nuevamente.

Cuando se separaron, Swan le entregó la misiva a Grace.

—Mi hermano te extraña.

Grace leyó la nota de Bronson, luego abrazó el pergamino contra su pecho.

—Tal vez ahora regresen a casa.

El optimismo del verano se desvaneció. Mientras observaba caer las hojas de los robles en el jardín ornamental, Grace se ajustó su capa más ceñida sobre los hombros.

—Me recuerda al espléndido roble que ardió el día que fui rescatada —le dijo a Swan mientras se acurrucaban juntas en un banco—. Parece que fue hace una eternidad, y sin embargo, no ha pasado ni un año.

—El tiempo se arrastra cuando estás esperando que alguien regrese a casa —respondió Swan.

Grace asintió.

—Gracias al Señor que estás aquí. Habría perdido el juicio sin tu amistad para acompañarme a través de estas largas separaciones. Esperaba que después de la captura y ejecución de Godefroy, nuestros hombres regresaran para siempre.

Swan se estremeció con la brisa fría.

—Mientras Esteban viva, supongo que habrá facciones que se opondrán a Enrique. Una vez que Plantagenet sea rey...

Saltó de pie con un chillido sorprendido cuando Rodrick entró caminando al jardín, seguido por Bronson. El corazón de Grace dio un vuelco mientras corría entre las hojas crujientes hasta los brazos de él, saboreando su calor.

—No esperábamos verte.

—Entren —dijo Rodrick, mientras él y Swan se separaban—. Hay mucho que contar.

—Cuéntanos ahora —exigió Swan impacientemente—. ¿Son buenas noticias?

—Algunas buenas, otras malas —respondió Bronson.

Un escalofrío de aprensión recorrió la columna de Grace. Malas noticias significaban...

—Esteban está muerto —declaró Rodrick.

Pero esto son buenas noticias.

Swan soltó una carcajada.

—Supongo que no hay que regocijarse por la muerte de un rey, pero...

Rodrick puso un dedo sobre sus labios.

—No, pero tienes razón. Enrique ahora puede ser coronado y podemos esperar que Inglaterra sea un lugar más seguro con un rey fuerte.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Grace—. No oímos nada de su enfermedad.

Rodrick se rascó el cuero cabelludo.

—Aparentemente, estaba reunido con el Conde de Flandes cuando de repente sufrió un dolor violento en el estómago, acompañado por un flujo de sangre. Se retiró a su cama en el Priorato de Dover y murió.

Grace miró a su hermano, a Bronson y a Swan. ¿Estaban pensando lo mismo?

—Como su hijo. Una muerte repentina.

—Será enterrado junto a su esposa Matilda y a Eustace en el monasterio Cluniac de Faversham —dijo Bronson.

Para cuando llegaron al calor del Gran Salón, los padres de Grace estaban junto al fuego calentándose. Grace abrazó a sus padres.

—Al fin tendremos un nuevo rey.

Su padre apretó la mandíbula.

—Pero Enrique está en Normandía, lo que significa que la coronación tendrá que posponerse hasta que regrese. ¿Les han dicho la otra noticia?

Bronson la rodeó con su brazo, como si estuviera preparándola para lo peor.

—¿El Arzobispo Theobald denegó nuestra solicitud, cierto? —murmuró ella.

—No —chilló Swan.

Rodrick acarició su cabello mientras ella sollozaba sobre su hombro.

—Él ha sido nombrado regente hasta que Enrique sea coronado y afirma estar demasiado ocupado con sus nuevas responsabilidades. Nos ha recomendado que pidamos una audiencia con el Papa.

—Eso tomará meses, años —lamentó Grace, abrazándose a Bronson, temerosa de colapsar si no se sentaba.

—Tal vez no, si vas en persona —dijo su madre.

Para sorpresa de Grace, su padre parecía estar de acuerdo.

—Sí, Theobald insiste en que hagan una peregrinación, solo así demostrarán que son dignos. Quiere que vayan a Roma y hablen directamente con Anastasio.

LA ODISEA COMIENZA

Las preparaciones duraron quince días. El padre de Grace se encargó de contactar con una familia adinerada en Roma que había sido socia comercial de Ellesmere durante años. Ram de Montbryce había tenido un encuentro con los influyentes italianos durante su viaje de regreso de Constantinopla. Se había establecido un sistema confiable de mensajeros con palomas, enlazando Ellesmere, las propiedades de los Montbryce en Normandía y los Frangipane.

—Oddone Frangipane estará más que feliz de ocuparse de ustedes cuando lleguen a Roma —les aseguró su padre.

Bonhomme organizó un contingente para acompañarlos: tres cocineros, dos monjes, un herrero, cuatro mozos de cuadra, varios arqueros y cazadores, dos halconeros, escuderos para montar, desensillar y reparar las tiendas, y una brigada de hombres de armas escogidos.

Swan y Grace compartirían los servicios de Lucia como su doncella. Para sorpresa de todos, William y Stephen de Montbryce se ofrecieron como asistentes de Rodrick y Bronson.

—Me pregunto si mi padre sugirió esto como una penitencia para mis hermanos desobedientes —comentó Grace mientras se sentaban en la capilla, escuchando una vez más la explicación del Padre Rigord sobre la ruta que seguirían en la peregrinación del arzobispo Sigeric.

—No había oído hablar nunca de este arzobispo hasta ahora —susurró Swan mientras el anciano sacerdote seguía su letanía.

—Yo tampoco —susurró Grace—. Pero hace más de ciento cincuenta años que escribió sobre su travesía de Canterbury a Roma.

El Padre Rigord de repente dejó de hablar y fulminó a Grace con la mirada. Ella se retorció mientras Bronson y Rodrick sonreían ante su incomodidad.

—¿Tenía una pregunta, milady Grace? —preguntó el sacerdote—. ¿Algo que quisiera decir?

Ella trató de recordar lo que había estado diciendo hacía unos momentos.

—Nunca he oído hablar de la mayoría de los lugares que menciona, padre.

Él juntó los dedos bajo su nariz, evidentemente buscando guía divina.

—Tal vez es porque nunca prestó mucha atención en mis clases de latín y yo les doy los nombres en latín. Atherats es Arras, Bysiceon es Besançon. Es sencillo. Todo el mundo conoce las etapas de la Vía Francigena.

Bronson miró al techo, con el puño plantado sobre su boca. Apostaría a que tendría marcas de dientes de tanto ahogar su risa.

—Perdóneme, padre —dijo ella, evitando la mirada de Swan para no estallar de risa—. Como dice, el latín nunca fue mi punto fuerte, y estoy segura de que Rodrick y Bronson se asegurarán de que sigamos la ruta.

El clérigo suspiró resignado.

—Pero quiero que reconozcan los lugares históricos por los que pasarán, para que los valoren más. Ojalá fuera lo suficientemente joven para acompañarlos.

Entonces le vino a la mente que el inconveniente y desafiante viaje que tenían por delante era una aventura que pocas mujeres tuvieron la oportunidad de vivir.

Swan debió haber estado pensando lo mismo.

—Es una feliz coincidencia —dijo mientras el Padre Rigord se despedía—. Nuestro ancestro común, Ram de Montbryce, pasó por Roma en su camino de regreso a Constantinopla.

—Sí —respondió Grace—. En compañía de tu abuelo, Caedmon, y de mi abuelo, Baudoin. Bronson se acercó y se puso detrás de Grace, poniendo las manos sobre sus hombros.

—Nuestro abuelo escribió sobre sus viajes en un códice. Mi padre aún lo tiene, aunque la tinta se ha deteriorado con los años y la mayor parte apenas es legible.

Rodrick se puso de pie.

—Deberíamos llevar un diario de nuestro viaje mientras nos dirigimos a Roma. Luego podemos pasarlo a nuestros hijos.

La idea agradó a Grace.

—Buena idea. Nos haremos tan famosos como Sigeric.

El arzobispo Theobald du Bec cortó el aire de un lado a otro mientras hacía la señal de la crucifixión sobre los códices que Rodrick había procurado para el viaje. El clérigo había quedado impresionado con los diarios durante la audiencia que les había concedido en sus aposentos en Canterbury, especialmente cuando se explicó que el sacerdote de Ellesmere había cosido personalmente el cuaderno de hojas en blanco. Rodrick sonrió por dentro. El viejo sacerdote se había alegrado mucho con la idea cuando se la sugirieron.

Se preguntaba por qué el arzobispo había insistido en que comenzaran su travesía en Canterbury y siguieran la ruta de Sigeric exactamente. En circunstancias normales, habrían cruzado el Mar Angosto hacia Normandía, más al sur, y habrían podido visitar a sus parientes en Montbryce, Alençon y Belisle en el camino.

Desde Canterbury tendrían que cruzar de Dover a Calais y luego viajar hacia el sureste, dependiendo en gran parte de los monasterios para hospedarse.

Volvió a concentrarse en la entrevista. Theobald había abierto los códices y se disponía a leer la inscripción en latín de Père Rigord.

—Rodrick Rambaud de Montbryce et Bronson FitzRam et Suannoch Ascha FitzRam et Grace Mabelle Carys de Cullène peregrinati sunt —entonó—. Bien, bien, sí, ciertamente, son peregrinos.

Para sorpresa de Rodrick, hizo señas a su secretario y dictó una bendición. El monje mojó la pluma y escribió la bendición en cada códice.

—Benedicti ab Theobaldo Archiepiscopo Cantuariensis sunt.

—Un gran honor, su Excelencia —dijo él—. Se lo agradecemos.

Murmuró bajo su aliento lo que cada uno de ellos probablemente estaba pensando.

—¿Por qué no puede simplemente darnos la dispensa?

—Vayan ahora —ordenó el arzobispo Theobald, agitando la mano como si fueran mosquitos molestos—. Me han dicho que los vientos son favorables para su cruce hacia Calais.

Hicieron una reverencia y salieron de su presencia para montar sus caballos y dirigirse a Dover, donde los botes largos ya estaban listos para llevarlos a través del Mar Angosto.

A pesar de las aguas tranquilas, el estómago de Rodrick se rebeló tan pronto como el bote dejó la orilla.

—Esto es algo más que he heredado de nuestro bisabuelo —lamentó—. Ram de Montbryce sufrió terriblemente de mareos en el mar. Aparentemente, luchaba para evitar que la bilis le subiera a la garganta cuando cruzaba de Normandía a Inglaterra con Guillermo el Conquistador al inicio de la invasión.

Swan se estremeció. Había temido este viaje, pero no por el mal de mar de Rodrick. Él lucía abatido. No estaba acostumbrada a ver debilidad en él. Él era su fortaleza. Si él flaqueaba en este viaje...

—Sé que preferirías estar atendiendo a Cob que cuidándome.

—No. Estaba pensando en el naufragio de La Blanche Nef.

Puso sus manos sobre las de ella en el costado del bote.

—Cada vez que hago este cruce, pienso en esa noche fatal y el horror que fue para tus abuelos.

Ella se acurrucó más profundamente en su capa.

—Ocurrió antes de que naciera, y lamento no haberlos conocido. Han pasado ya treinta y cuatro años, y me estremezco al pensar en el terror que vivieron en esas aguas oscuras y frías, los desesperados gritos de cientos en sus oídos.

Rodrick hizo un gesto hacia Bronson y Grace, que estaban de pie juntos cerca de la proa.

—Él también está pensándolo.

No fue un buen comienzo para su odisea. Para cuando llegaron a Calais, Rodrick estaba pálido y débil, Bronson estaba sombrío y Grace irritable. Swan se sintió aliviada de que planeaban pasar la noche en Witsant, un pueblo pesquero flamenco al suroeste de Calais. Sin embargo, no había donde hospedarse en Witsant, por lo que continuaron hasta Guînes, donde fueron acogidos en la abadía de Saint Léonard.

Swan y Grace compartieron un catre mustio en la celda de una monja; Lucia durmió en el suelo de piedra. Rodrick y Bronson acamparon en los terrenos de la abadía con su séquito. Swan se inquietó toda la noche porque Rodrick dormía al aire libre después del terrible día en el mar.

MITAD DE CAMINO

Guînes, Flandres,

Noviembre, Anno Domini Mil ciento cincuenta y cuatro.

Casi tres décadas han pasado desde que mi abuelo, Caedmon Brice FitzRam, viajó a través de Francia e Italia en su regreso de la Primera Cruzada. Escribió un detallado relato de sus viajes en un código que ahora está en manos de mi padre. Nunca conocí a mi abuelo, pero aprendí mucho sobre él a través de su diario, aunque esté ya algo deteriorado por el paso del tiempo.

El viaje lo cambió, y espero que esta peregrinación me cambie a mí también. Desde mi fría y húmeda tienda de campaña fuera de la Abadía de Saint Léonard, cerca de Guînes, dedico este viaje a la memoria de mi abuelo.

Mi ferviente esperanza es que Grace y yo recibamos la dispensa para casarnos y que esto sea una señal de que el Ángel de la Muerte ya no nos persigue a mí y a los míos.

Escrito con mi propia mano, Bronson FitzRam.

Guînes, Flandes,

Noviembre, Anno Domini Mil ciento cincuenta y cuatro.

Que se sepa que yo, Rodrick Rambaud de Montbryce, estoy emprendiendo una peregrinación a Roma, siguiendo la Vía Francigena. Lo hago para obtener una dispensa para casarme con Suannoch Ascha FitzRam, mi prima segunda.

Dedico este viaje a mi bisabuelo, Rambaud de Montbryce, de quien Suannoch y yo somos descendientes. Siento en mis entrañas que él habría aprobado nuestro matrimonio.

Se dice que el Papa Anastasio es un hombre difícil. En caso de que se niegue a darnos permiso para casarnos, declaro por la presente que me casaré con ella de todos modos, aunque eso signifique perder mi condado.

Así lo juro.

Rodrick de M.

Posdata. Me he recuperado del mal de mar.

* * *

Doingt, Flandes

Los primeros tres días han ido bien.

Hay un monolito aquí conocido como la Piedra de Gargantúa. La leyenda cuenta que el gigante detuvo su paseo por este prado, molesto por una piedra en su zapato. Agitó el pie y la piedra salió volando.

Es al menos el doble de alto que yo.

Dicen que las hadas en los bosques de Recogne bailan alrededor de la piedra a la luz de la luna llena. Me recordó a la Piedra del Rey. Se lo mencioné a Grace y le conté mi sueño. Ella, a su vez, me reveló que había soñado conmigo junto a un monolito gigante. Le costó un poco, pero admitió cuando la animé que yo estaba desnudo en su sueño.

Ayer por la noche soñé con hadas bailando alrededor de la Piedra de Gargantúa. Una de ellas tenía alas oscuras.

Bronson FitzRam

Reims,

Hemos llegado a la antigua ciudad de Reims y caminamos por los pasos de Carlomagno. Swan quedó fascinada con la historia de la Santa Ampolla que nos contó uno de los monjes en la Basílica de Saint Remi. Casi consigue convencerlo de abrirla y mostrarnos el Santo Crisma que la paloma blanca trajo en el bautismo de Clovis hace más de quinientos años. Al final pareció recobrar el juicio y recordó que el aceite sagrado se usa para ungir a los reyes de Francia.

Es una mujer persuasiva. ¡Anastasius, cuidado!

Caminamos debajo de la Puerta de Marte. Es inspirador pensar en los romanos construyendo estas estructuras hace cientos de años.

Rodrick de M.

Besançon

Hoy, los cuatro miramos hacia los Alpes al sur de esta ciudad, como debió hacer Julio César hace cientos de años. Son un espectáculo imponente. Hemos estado de viaje diez días desde que desembarcamos en Calais.

Viajar nunca es fácil para las mujeres. A pesar de los mejores esfuerzos de Lucia, tanto Suannoch como Grace están sintiendo los efectos de la falta de las comodidades a las que están acostumbradas. Ninguna se ha quejado, pero ambas están irascibles entre sí. Rodrick y yo tratamos de mantenerlas separadas tanto como sea posible.

Tengo una gran admiración por los numerosos peregrinos que no tienen caballos ni sirvientes para satisfacer sus necesidades. Muchos de ellos apenas tienen algo decente para cubrirse los pies. Esta experiencia ha sido una buena lección para William y Stephen.

Si mantenemos nuestro ritmo, deberíamos llegar a Roma para la Navidad.

Que el Señor nos acompañe mientras nos adentramos en las montañas. Ya hace más frío que cuando viajábamos hacia el sur por Francia.

Bronson FitzRam

Saint-Rhémy-en-Bosses

Hoy dimos gracias de corazón en la misa. Hemos llegado a la seguridad del Hospicio de Saint Bernard. Hace cien años, Bernard de Menthon, el archidiácono de Aosta, decidió acabar con los peligros que representaban los bandidos que acosaban a los viajeros en las montañas. Este lugar es un refugio seguro, bien custodiado por perros gigantes, y no tememos ser atacados por bandidos. El frío es lo único con lo que tenemos que lidiar. Será un paraíso dormir bajo techo esta noche.

Estamos solo a mitad de camino hacia nuestro destino, pero estoy más convencido que nunca de que Swan es la mujer con la que debo casarme. El viaje no ha sido fácil, especialmente en esta temporada del año. Hubo momentos en que temí que podríamos congelarnos en las montañas. Pero Swan parece emocionada por el cambio, la aventura y la emoción. Nunca ha perdido su optimismo y ha mantenido el ánimo de todos arriba.

Ella y Grace han ayudado voluntariamente a muchos de los peregrinos que se han visto obligados a caminar, compartiendo comida, ropa, mantas y reclutando a algunos para viajar con nosotros como sirvientes.

Han llorado por los que murieron en el camino, ofreciendo consuelo, como lo hicimos todos. Jóvenes y viejos, ricos y pobres, nos hemos convertido en una sola familia. Swan me ha ayudado a ver las cosas desde otros puntos de vista. Antes nunca pensaba mucho en la difícil situación de los pobres.

No hay nadie más adecuado para ser mi condesa.
Rezo para que Anastasius lo vea de la misma manera.
Rodrick de M.

EL CAMINO A ROMA

Bronson se rascó la espesa barba, quejándose en voz alta por la comezón. Grace se sentía agradecida de que ni ella ni Swan tuvieran que lidiar con vello facial en el camino.

Miró las nubes amenazantes.

—Gracias a los santos, ha parado esa llovizna interminable. Tal vez en Pavía podamos encontrar dónde afeitarse casi tres semanas de barba de tu cara. Ya he olvidado cómo luce.

Él hizo una mueca.

—Yo también. Ojalá tengas razón, aunque no confío en la mano del joven William con una navaja.

Grace batió sus pestañas hacia él.

—¿Tal vez pueda hacerlo yo por ti?

La miró de reojo, pero sonrió.

—Quizá.

—Cuando el padre Rigord parloteaba sobre estos lugares lejanos, apenas presté atención, pero ahora que estamos aquí, me alegra que nos diera algo de historia. Particularmente quiero ver la Basílica de San Michele Maggiore. Según él, la reconstrucción ya debería estar cerca de terminar. Fue destruida por un incendio hace ciento cincuenta años.

Él hizo una mueca de dolor.

Grace mostró arrepentimiento.

—Perdóname. Hablo como una maestra. Tú estabas allí cuando el sacerdote nos dio su lección. Aquí fue coronado Luis III.

Puso los ojos en blanco, pero ambos tiraron de las riendas de sus caballos al llegar a la vista de la basílica.

—No es lo que esperaba —dijo ella—. Muy diferente de la arquitectura normanda. La fachada es plana.

Bronson aclaró su garganta al acercarse para ayudarla a desmontar.

—Según el padre Rigord, esta es arquitectura románica.

Ella lo miró fijamente con curiosidad.

Él le guiñó un ojo.

—¿Ves? Estaba escuchando.

Era el mejor momento del día. La reconfortante presión de las manos de Bronson en su cintura le renovaba el ánimo, no importaba cuán cansada estuviera del viaje. La levantó como si no pesara nada, acercándola a su cuerpo al depositarla en el suelo. El beso que compartían se había vuelto parte del ritual: casto, pero lleno de sensualidad; inocente, pero cargado de promesas. Nunca lo admitiría, pero adoraba la suavidad de su barba contra su rostro.

—¿De verdad? —preguntó Swan, incrédula.

—De verdad —respondió Rodrick.

—¿Este es el lugar? —insistió ella.

—No te mentaría —reiteró él.

Estaban juntos en el ferry cruzando el río Po, observando la ciudad de Piacenza bajo la lluvia.

—Es difícil de creer —murmuró ella, apoyándose en él, atrapada por el peso de la historia. Rodrick confirmó lo que le había dicho momentos atrás.

—El Concilio de Piacenza fue donde el papa Urbano proclamó el llamado a la Primera Cruzada en respuesta a las súplicas del emperador bizantino. Más de treinta mil religiosos y laicos asistieron al concilio, tantos que tuvieron que celebrarlo fuera de la ciudad.

—Y mi abuelo respondió al llamado —murmuró ella.

Rodrick le mordisqueó la oreja.

—Quizá era tu destino venir aquí —susurró.

—Quizá —dijo ella en un hilo de voz, perdida en los recuerdos de lo que sabía sobre sus abuelos—. No creo que mi abuelo respondiera a un llamado a luchar contra los turcos. Él estaba perdido y esperaba que la cruzada fuera una forma de reconciliarse con su condición de bastardo.

—Y tenía razón. Eres una mujer perspicaz —replicó él.

El norte de Italia es diferente de Inglaterra. La mayoría de las ciudades son comunas, y las personas se unen para defenderse y gobernarse dentro de murallas fortificadas. Sin embargo, en algunas de ellas, las torres defensivas de diferentes familias sugieren que hay conflictos dentro de las murallas.

En Borgo San Donnino vimos un espectáculo interesante frente a la catedral: una estatua de San Pedro señalando en dirección a Roma. Tiene una inscripción: “Os muestro el camino a Roma”.

Los peregrinos son bienvenidos en esta región, especialmente ahora que solo los más imprudentes, como nosotros cuatro, emprenden este viaje. Estamos cansados de sentir frío y de mojarnos. Pero Rodrick y yo hemos elegido bien: Swan y Grace son mujeres fuertes. Por fortuna trajimos un gran contingente de guardias. Hay pocas mujeres entre los peregrinos, y hasta los mejores hombres pueden ser llevados a la depravación por la falta de compañía femenina. Ha habido momentos en los que he querido bajar a Grace de su caballo y hacerle el amor ahí mismo. Mi abuelo escribió sobre su anhelo por su esposa. Yo tengo a mi amor conmigo como compañera constante, y a veces creo que es peor que estar separados. La deseo, pero no puedo tocarla.

Siempre atesoraré el recuerdo de estar con Grace en una colina en Pietrasanta, mirando el mar Mediterráneo. Incluso en invierno es de una belleza sorprendente. Mi abuelo señaló que no se parecía a ningún cuerpo de agua que hubiera visto antes.

Le dije que los romanos, con arrogancia, lo llamaban *Mare Nostrum*, ‘Nuestro Mar’. Hablamos de imperios. El poderoso Imperio Romano se derrumbó en esta misma región hace cientos de años con la caída del último emperador. El Conquistador normando debe estar retorciéndose en su tumba ahora que el imperio que ganó para su pueblo pronto pasará a manos de los Angevinos con la coronación de Enrique Plantagenet.

Temo que nos perderemos esa histórica ceremonia.

Bronson

Me encantaría volver a esta región en verano. Sorprendentemente, hemos encontrado a muchos normandos que llegaron aquí hace generaciones. En Gimignano probamos el vino Vernaccia, una cosecha excelente de antiguas vides que crecen en las colinas fértiles. Bebimos demasiado, pero fue bueno relajarnos y disfrutar. Swan se puso muy cariñosa y estuve tentado de llevármela a algún lugar apartado para hacerle el amor. Es difícil pasar cada día con la mujer que amo y no tocarla íntimamente, pero nuestros monjes están siempre vigilantes.

También cultivan azafrán aquí, y Swan insistió en que lleváramos una provisión con

nosotros. Lo guarda como si fuera oro.

Gimignano se llamaba Silvia en tiempos romanos, pero el nombre se cambió después de que San Gimignano salvó la ciudad de Atila el Huno.

¡Atila el Huno! Tengo mucho que aprender sobre historia.

Estamos llegando al final de nuestro viaje. Hay informes de peregrinos que salen de Roma hablando de un gran desorden en la ciudad. El rey Guillermo de Sicilia muestra hostilidad abierta hacia el Papa. Federico Barbarroja causa disturbios. Los barones luchan entre sí y contra el Papa, y saquean el campo, incluso robando a los peregrinos en su camino a las tumbas de los Apóstoles.

El pueblo de Roma está en abierta rebelión bajo el liderazgo de Arnaldo de Brescia.

Anastasio, al parecer, está enfermo.

Ninguna de estas noticias augura algo bueno y ha apagado nuestros ánimos.

Rodrick

Su Santidad

La Storta

Cuatro de Diciembre

Mucho ha sucedido desde nuestra llegada ayer a esta última parada antes de entrar en Roma. Enviamos a nuestros monjes por adelantado para informar a Oddone Frangipane que estábamos cerca de la ciudad. Él ha regresado con ellos y con una gran brigada armada para acompañarnos hasta su hogar.

El extravagante romano ha traído la sorprendente noticia de la muerte de Anastasio, ocurrida apenas ayer. En su lugar ha sido elegido otro Papa, quien ha tomado el nombre de Adriano, el cuarto en hacerlo.

Según Oddone, este Papa ha insistido durante mucho tiempo en que los siervos puedan casarse legalmente sin el consentimiento de sus señores.

Esto, por sí solo, parece ser un buen augurio para nosotros.

Otro hecho sorprendente es que este Papa es inglés, Nicolas Breakspear, nacido en Abbots Langley.

Además, Oddone conoce a este Papa. Ha organizado una audiencia para nosotros, asegurando que Adriano estará encantado de recibir a compatriotas ingleses que transmitirán las felicitaciones de nuestro nuevo soberano.

Estos acontecimientos han elevado nuestro ánimo.

Debemos esperar que no salga en la conversación que Enrique aún no ha sido coronado.
Rodrick

Grace y Swan cabalgaban en medio de los hombres de armas. Rodrick y Bronson les habían recordado una y otra vez que mantuvieran a sus monturas cerca una de la otra y que permanecieran dentro de la protección de los guardias de Oddone. Su séquito inglés había permanecido en La Storta. Solo Lucia, William y Stephen cabalgaban con ellos.

Grace sospechaba que todos pensaban que Swan desobedecería sus órdenes, pero a medida que las estrechas calles de Roma se llenaban cada vez más de personas emocionadas, Swan parecía decidida a cumplir con la directriz de no mirar a la multitud frenética.

—Las instrucciones son claras, debemos mantenernos juntas —dijo Grace en voz baja, dirigiendo una mirada de advertencia a su amiga.

Swan asintió sin desviar la vista del camino.

—Lo sé. No tienes que recordármelo otra vez.

A los hombres de armas se les había instruido abrirse paso si era necesario, pero sin agresividad.

—Despacio y con calma —había dicho Oddone.

—Espero que hayamos logrado parecer suficientemente importantes —murmuró a Swan—. Y no los mendigos en los que nos hemos convertido en este viaje.

Swan asintió, pero lucía inusualmente nerviosa cuando su procesión llegó a su fin. Incluso el normalmente tranquilo Cob estaba siendo difícil.

Bronson se acercó a ellos desde la parte delantera de la columna.

—Ha habido un asesinato en la Via Sacra. Un cardenal, al parecer. La gente está en un alboroto.

Grace respiró profundamente varias veces, con la esperanza deslizándose fuera de su alcance.

—No conseguiremos audiencia ahora.

Bronson extendió la mano y la puso sobre la de ella.

—No te rindas. Veremos a este Papa. Es inglés, es un buen presagio.

Siguieron su lento camino hacia el Palazzo Laterano, la principal residencia papal. A Oddone se le permitió entrar por las puertas, pero ellos tuvieron que quedarse fuera.

Tras una espera interminable, durante la cual les advirtieron más de una vez que no desmontaran, les concedieron la entrada.

—Debemos dar el aspecto adecuado —comentó ella a Swan.

Swan sonrió por primera vez, señalando hacia una estatua de un hombre a caballo.

—Marco Aurelio —dijo—. Exactamente como lo describió Père Rigord.

Dejaron sus caballos con los guardias y los condujeron por interminables pasillos antes de entrar a una magnífica sala.

—Aula Concilii —explicó Oddone—. En inglés, Sala del Concilio.

Miraron hacia arriba mientras él señalaba.

—Once ábsides. Aquí se celebran los concilios de Letrán. Su Santidad les espera en sus habitaciones privadas. Sígueme, por favor.

Tan pronto como Rodrick vio a Adrian, se dio cuenta de que estaban tratando con un hombre inteligente y determinado. Tragó su nerviosismo. Habían recorrido un largo camino y sufrido mucho para conseguir esa audiencia. No pensaba desperdiciar la oportunidad.

—Su Santidad —dijo después de que Oddone los presentara, inclinándose profundamente, como hicieron los otros tres—, es un honor para nosotros.

Adrian levantó la mano de forma despectiva.

—Ustedes me honran trayendo saludos de Enrique Plantagenet. Sin embargo, me despierta curiosidad. Deben haber partido de Inglaterra hace varios días. ¿Cómo sabía Enrique que yo sería elegido Papa? Yo mismo no lo supe hasta hace unos días.

Bronson dio un paso al frente.

—Nos ha descubierto, Su Santidad. Hemos sido presuntuosos al pretender representar a nuestro nuevo rey, aunque puede estar seguro de que él les envía sus mejores deseos.

—Pero aún no es rey. Sin embargo, entiendo que Westminster se está preparando para la ceremonia el día diecinueve de este mes.

Rodrick decidió ir al grano.

—Su Santidad, soy Rodrick de Montbryce, el hijo mayor de un conde inglés. Quiero casarme con Suannoch FitzRam, pero ella y yo compartimos un bisabuelo...

—Rambaud de Montbryce —dijo Adrian suavemente.

Rodrick no estaba seguro de si ese giro era algo bueno o no.

—Verán, conozco bien a su familia —dijo el Papa—, y Oddone me ha contado algo sobre su propósito aquí. —Señaló hacia Grace—. Esta joven dama es su hermana gemela, si no me equivoco, y ella desea casarse con el otro joven, quien también es un primo lejano.

Rodrick había ensayado una y otra vez lo que le diría al Papa, pero ahora su mente se negaba a funcionar.

—Estoy sobrecogido de que esté al tanto de nuestra familia.

—¿Sabe dónde nació? —preguntó Adrian.

Rodrick no entendía qué tenía eso que ver con todo, pero...

—Abbots Langley.

—Que está cerca de un santuario sagrado.

Un burbujeo de esperanza provocado por un recuerdo del pasado brotó en la garganta de

Rodrick.

—A San Albano.

—Exactamente. Recibí mi primera educación en la escuela de la Abadía allí, y todo aquel que haya aprovechado esa oportunidad conoce el nombre Montbryce.

Desvió la mirada de Rodrick para mirar a los otros tres. Solo Grace parecía entender.

—Están confundidos —les dijo a Swan y a Bronson—. Tal vez la joven dama pueda iluminarles.

Grace se sonrojó, claramente sin esperar ser llamada a hablar. Rodrick sonrió en señal de apoyo.

Sus ojos se dirigieron hacia el Papa.

—Adam de Montbryce era nuestro primo, con dos generaciones de diferencia, creo.

El asentimiento de Adrian lo confirmó.

Grace tragó saliva con fuerza.

—Él fue el patrono de la Abadía dedicada a San Albano.

—El primer mártir inglés —añadió Adrian, con la voz llena de orgullo—. Pero llamarlo simplemente patrono no hace justicia a su memoria. Adam de Montbryce fue extraordinariamente generoso y sus hijos siguen apoyando la Abadía hasta el día de hoy, a pesar de que viven en Normandía.

Se produjo un largo silencio, durante el cual Rodrick agradeció una y otra vez al Señor por las circunstancias que habían llevado a Adam a donar a la Abadía de San Albano. Se preguntó si Adrian sabía que Adam creía que Albano había realizado un milagro al curarlo de una enfermedad que todo hombre viril teme.

Adrian parecía estar pensando en ello, juntando las yemas de los dedos. Rodrick esperaba que estuviera considerando su dispensa, ya que no se les había invitado a sentarse, aunque había varias sillas tapizadas en el opulento apartamento.

De repente, el Papa frunció el ceño profundamente.

—Debo esforzarme por derribar a Arnold de Brescia, el líder de la facción anti-papal aquí en Roma. El rey de Sicilia es abiertamente hostil. El desorden ha conducido al asesinato de un cardenal. Si las cosas no mejoran rápidamente, tendré que considerar la medida anteriormente impensable de poner Roma bajo interdicto.

Parece que el Papa de repente había olvidado su solicitud, pero Rodrick trató de mantener su ansiedad bajo control. Juntó sus nerviosas manos detrás de la espalda.

—Tal medida afectaría seriamente el número de peregrinos —dijo nervioso.

Adrian sonrió.

—Y, por lo tanto, la economía local. Sin los servicios de Pascua, los peregrinos no vendrán. El Consejo Municipal de Roma luego exiliará a Arnold. —Se frotó las manos—. Barbarossa ansía ser coronado emperador por mi mano. Él ayudará a Roma a librarse de Brescia. Oddone será clave en esto.

Rodrick miró a Swan, quien de repente había sujetado el brazo de Bronson. Temía que la emoción del día y ese giro repentino de la conversación, alejado de su problema, pudieran haber sido demasiado para ella. Esperaba que ella mantuviera la boca cerrada.

¡Demasiado tarde!

—¿Y qué hay de nuestra solicitud, Su Santidad? —preguntó con voz ronca.

Adrian sonrió.

—Tengo pensado retirarme a Viterbo, donde reflexionaré sobre el asunto. Oddone los llevará a su casa.

Frangipane hizo una reverencia al Papa y luego señaló la puerta.

—Y agradezca a Enrique Plantagenet por los buenos deseos —dijo el Papa mientras salían—. Será un gran rey.

ESTÁ EN LATIN

Grace había crecido en la comodidad de un castillo bien provisto y cómodo, pero la habitación que compartía con Swan en la villa de Frangipane era deslumbrantemente opulenta.

—Nunca he visto tanto mármol —exclamó, estirada en la enorme cama completamente vestida.

Swan hizo una mueca mientras Lucia pasaba un peine de hueso por su cabello enredado.

—Decadente. Pero muy bien recibido después de las semanas a caballo y en tiendas de campaña.

Grace se sentó.

—Ha sido maravilloso, siete días siendo tratados como viejos amigos por Oddone y su hermano Cencio—banquetes, bailes, celebraciones de Adviento y preparativos para la Navidad.

Swan apartó la vista del espejo, con el rostro serio.

—¿Recuerdas la Navidad pasada?

Grace estremeció.

—Por supuesto. Ha pasado mucho desde entonces, y gracias al Cielo sobrevivimos a la locura de Godefroy.

—Pero una dispensa sería un maravilloso regalo de Navidad. No puedo soportar la idea del viaje de regreso si la respuesta es no.

Grace vaciló, pero luego decidió compartir sus pensamientos.

—Rodrick se casará contigo si no le conceden la dispensa.

—Pero eso significaría...

—William se convertiría en Conde de Ellesmere.

—¿Rodrick te ha confiado esto?

—Somos gemelos. Conozco a mi hermano tan bien como él se conoce a sí mismo.

—Pero no puedo permitirlo. El condado es su derecho de nacimiento.

—Sin mencionar que William no es un buen candidato. Amo a mi hermano menor, pero no es el hombre que es Rodrick. Sin embargo, sin ti como su esposa, la vida de Rodrick será miserable.

—Como la mía —murmuró Swan.

Hubo un largo silencio, luego Swan preguntó:

—¿Cómo es estar casada, Grace?

Un escalofrío de temor brotó en el estómago de Grace. Swan era una querida amiga que debía estar comprensiblemente nerviosa por lo que sucede entre un hombre y una mujer en el matrimonio. Y solo tenía a Grace para recurrir en busca de consejo, la única persona que no podía decirle nada.

—Se necesita paciencia.

Swan la observó curiosa.

—Sí, pero quiero decir...

Lucia tosió, dejando caer el peine.

Grace entrecerró los ojos mientras veían a Lucia recoger el peine, esperando que Swan lo interpretara como una señal de que no debían discutir ese tipo de cosas frente a las sirvientas. Trató de cambiar de tema.

—Debemos seguir orando...

Un golpe insistente en la puerta interrumpió su conversación. Lucia la abrió para dejar entrar a Rodrick y Bronson. Ambos hombres lucían demasiado serios para el gusto de Grace. Supo instantáneamente que la noticia había llegado de Viterbo. De la sartén al fuego...

Bronson extendió la mano.

—Vamos, mi señora, nuestro destino nos espera en el salón de Oddone.

Oddone agitó un sobre. Un sacerdote estaba a su lado.

—Amigos —gritó—, un emisario del Papa.

Los pulmones de Rodrick se negaron a llenarse de aire. Este era el momento sin retorno. La vida nunca sería la misma, sin importar lo que contenía el sobre que el italiano le entregó con un gesto elegante.

Observó el elaborado emblema.

—Es del Papa —fue todo lo que pudo balbucear.

—Ábrelo —murmuró Swan.

Sacó el pergamino que había sido doblado en tres partes, el borde inferior doblado hacia arriba y asegurado con un sello de plomo.

—Atado con cuerda —señaló Oddone—. Como un documento de menor importancia.

Rodrick se sintió aliviado de que Swan no gritara en voz alta.

Desesperadamente quiso sentarse, temiendo que sus rodillas cedieran. Desplegó el pergamino.

—Adrianus, Romano IV, Papa...

Escaneó la escritura ornamentada.

—Está en latín.

—Claro que está en latín —resopló Grace—. Padre, por favor.

Rodrick le entregó el mensaje al sacerdote sonriente, quien tosió en su puño y luego comenzó.

—Licet enim conjugium Rodrick de Montbryce et Suannoch Ascha FitzRam. Quattuor generationes impedimentum consanguinitatis a nulla.

El silencio fue ensordecedor. Rodrick intentó recordar cualquier cosa de su libro de latín.

—¿Qué significa?

El joven sacerdote sonrió.

—Ha concedido su dispensa. Puede casarse con Suannoch, la consanguinidad de cuatro generaciones no tiene relevancia.

Swan parecía lista para lanzarse a Rodrick, pero vaciló.

—¿Y qué pasa con Bronson y Grace?

El sacerdote miró nuevamente el documento.

—Licet enim conjugium Bronson FitzRam et Grace Mabelle Carys de Montbryce.

Quattuor generationes impedimentum consanguinitatis a nulla.

Bronson exclamó.

—Es lo mismo. También podemos casarnos. Levantó a Grace en sus brazos y la dio vuelta.

Rodrick estaba a punto de abrazar a Swan cuando el sacerdote tosió, entregándole un sobre más pequeño.

—Hay otro mensaje.

Con las manos temblorosas, lo abrió. Contenía una nota sin sellar, escrita en inglés.

La ojeó y luego leyó en voz alta.

“A Rodrick de Montbryce.

En honor a su primo Adam, sería un gran placer en estos tiempos difíciles escuchar mi lengua natal durante la Navidad. Me he tomado la libertad de proclamar los edictos de sus matrimonios en la iglesia de San Giovanni di Laterano. El Día de Navidad es una excelente oportunidad para una doble boda de cuatro de mis compatriotas.

Nicolas Breakspear, Adrian IV.”

Un enorme peso se levantó de los hombros de Bronson. Si la decisión hubiese sido negativa, se habría casado con Grace de todos modos; estaba seguro de que ella pensaba lo mismo. Sin embargo, para su hermana, una negativa a la dispensa habría significado que Rodrick perdería su condado si se casaban desafiando la voluntad del Papa. Tal circunstancia inevitablemente llevaría al conflicto.

Adrian había desbaratado esas sombrías preocupaciones, incluso publicando los edictos para los matrimonios.

Genuinamente feliz por primera vez en años, Bronson giró a Grace hasta que ambos se sintieron mareados. Resolvió desterrar los fantasmas del pasado y centrar toda su atención en la mujer que había renovado su esperanza en el futuro.

DEO GRATIAS

Roma

Palaccio Frangipane

Veinticinco de Diciembre, Anno Domini mil ciento cincuenta y cuatro

Bronson y yo coincidimos en que estos diarios deben incluir un relato de nuestras bodas. Nuestras novias están de acuerdo, pero correctamente suponen que ninguno de los dos está en disposición de ofrecer una descripción de los acontecimientos que las satisfaga. Por ello, Grace me está ayudando a mí y Swan está ayudando a su hermano. No nos echarán de menos en la Gran Sala por un tiempo mientras los sirvientes se preparan para el segundo banquete del día. La mayoría de la gente parece haber desaparecido, sospecho que para echar una siesta.

Al narrar mis nupcias, diría simplemente que mi más ferviente deseo se cumplió cuando el Papa Adriano explicó que, ante los ojos de la Iglesia Romana, Swan y yo habíamos estado casados desde el día en que nos comprometimos. Si hubiera sabido...

Grace me ha dado un codazo en las costillas, así que no puedo continuar con mi tren de pensamiento.

Solo se requería la bendición del Papa, que nos la dio con la ceremonia correspondiente. No muchos en Inglaterra pueden decir que han sido casados por un Papa, ¡y uno inglés, además! Después de la bendición en latín, repitió las palabras en nuestro idioma y parecía genuinamente feliz por nosotros.

Los sastres y costureras de Oddone confeccionaron maravillosas prendas para la ocasión. El vestido de Swan, de terciopelo bordó, me dejó sin aliento. Estaba atado en los laterales y la espalda con cintas doradas. Su figura esbelta resaltaba perfectamente. Si Grace no estuviera censurando lo que escribo, podría incluir mis pensamientos sobre esas cintas.

La misma cinta se había usado para hacer un halo en forma de circlet sobre su cabello dorado. Ella es mi ángel.

Mi hermana está sonriendo y abrazando mi brazo. Es una gran alegría para mí haber podido compartir mi día de bodas con mi gemela y ver también que ella se casó felizmente.

Rodrick de M.

Roma

Palazzo Frangipane

Veinticinco de diciembre, Anno Domini mil ciento cincuenta y cuatro.

Mi hermana Swan está vigilando mientras escribo este relato de mi boda con Grace de Cullène.

Ella se sorprenderá por lo que tengo que decir como prefacio. Ni ella ni Grace saben que ayer fui a la iglesia a hablar con el sacerdote.

(¡Imagina! ¡He logrado mantener un secreto de ambas! ¡El ceño fruncido y el puchero de Swan es prueba de su disgusto!)

Fui porque, a pesar de mi resolución, seguía atormentado por mis sueños de ángeles oscuros. Tuve algo de dificultad para comunicarme debido a mi limitado italiano y al desconocimiento del sacerdote sobre mi lengua. Intenté en latín, lo cual fue aún peor. Mientras trataba de explicarle mis preocupaciones, un enorme friso esculpido en la pared detrás de él me

llamó la atención. Lo sorprendí cuando corrí hacia él. Tallada en la piedra había una figura de tamaño natural con alas negras. No creo que el escultor las haya querido negras, pero con los años la piedra se ha oscurecido.

Este era el ángel de mis sueños.

Hice un gesto como un loco, sintiendo el peso de la culpa aligerarse de mis hombros. El Señor Todopoderoso sabía que Grace y yo llegaríamos a Roma. El ángel no estaba destinado a ser un presagio de muerte, sino un signo de lo que está por venir. Me he casado con la mujer que era mi destino. Mi miedo se ha transformado en optimismo por el futuro: el mío, el de Grace y el de nuestros hijos.

Solo queda registrar de manera insuficiente otra visión que nunca olvidaré: mi hermosa esposa con un vestido de terciopelo verde oscuro que acentuaba sus curvas tentadoras, un sencillo circlet de hiedra sobre su cabeza. En los años venideros recordaré con cariño la sorpresa en su rostro cuando Adriano nos informó que habíamos estado casados desde el día de nuestro compromiso.

Swan está llorando y abrazando mi brazo. Ha sido una alegría indescriptible compartir este día con mi hermana y verla casarse felizmente con Rodrick de Montbryce.

Deo gratias,
Bronson F.

Addendum

Swan y Grace insisten en que registremos los detalles de los banquetes de bodas. Aunque parece suficiente comida para alimentar a un ejército, en lugar de a un solo grupo, debe tenerse en cuenta que la fiesta continuará durante dos días más, y aún no hemos comido todo lo que se ha mencionado.

Hoy disfrutamos de pasteles con piñones y almendras, y algo similar al mazapán. Todos expresaron asombro ante la dulzura del espárrago, especialmente dado que está fuera de temporada.

Las pequeñas salchichas y albóndigas eran más picantes de lo que normalmente comeríamos en Inglaterra, pero la perdiz asada y la salsa estaban deliciosas, al igual que los capones y las palomas, los jamones y el jabalí.

Para las festividades del día siguiente, los Frangipane han planeado un cordero entero asado con salsa de cerezas ácidas y una gran variedad de aves asadas: tórtolas, perdices, faisanes, codornices y aceitunas, estas últimas una novedad para nosotros.

Los Frangipane finalmente comprendieron por qué preferíamos que no se sirviera ningún cisne.

En el último día, nos servirán pollo cocido en agua de rosas, un lechón entero asado, pavo real asado con alcachofas, y dulces de membrillos cocidos con canela.

Tengan en cuenta que esto es Navidad, una época del año que los italianos parecen celebrar en exceso.

Sin embargo, Bronson y yo tenemos apetito por algo diferente a la comida esta noche.
Rodrick de M.

¿Estaba loco?

Mientras Swan y las mujeres de la familia Frangipane ayudaban a quitarle el vestido de novia de terciopelo, Grace se sintió repentinamente llena de dudas. Estaba tan distraída con los recuerdos terribles de su primera noche de bodas que sus brazos se quedaron atascados en las mangas largas y ajustadas.

La esposa de Oddone sonrió ante sus disculpas tartamudas.

—A una novia se le perdona estar nerviosa en su noche de bodas —dijo.

¿Cómo decirle a la digna mujer italiana de la vergüenza del rechazo de Victor?

¿Se decepcionaría Bronson? ¿También se alejaría?

Forcejeó con los lazos en el cuello del elegante camisón de seda que las mujeres le pasaron por la cabeza. Esta vez, la esposa de Cencio acudió en su ayuda con una sonrisa indulgente.

—Tutto bene —dijo.

Grace rezó fervientemente para que todo saliera bien.

Voces masculinas provenían del otro lado de la pantalla donde Oddone y su hermano y Rodrick estaban desnudando a Bronson. La risa estruendosa era algo que no recordaba de la noche en que el mayordomo de Víctor lo había preparado para la cama. Cuando pensaba en aquella noche, no estaba segura de dónde se había ido Godefroy.

Había yacido de espaldas junto a Victor, mirando hacia la oscuridad, asustada, asumiendo que él tomaría la iniciativa. En cambio, él roncó fuerte durante un rato, luego se levantó y se fue en medio de la noche.

Su ensimismamiento se vio interrumpido cuando Richalda Frangipane tomó su mano, la llevó fuera de la pantalla y la ayudó a subir a la cama. Mantuvo los ojos desviados de los hombres ruidosos.

Swan le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, hermana —dijo con un guiño—. No tengas miedo de confiar en Bronson.

Miró a su hermana política con alarma.

—¿Confiar qué? —preguntó.

Swan abrió la boca, pero Rodrick vino a reclamarla.

—Buenas noches, querida hermana —dijo—. Me gustaría quedarme y burlarme de Bronson un poco más, pero tengo cosas más urgentes que hacer.

La tomó en brazos y se la llevó de la habitación.

Los hermanos Frangipane se llevaron a Bronson al final de la cama.

—Aquí está su esposo, Bella —declaró Oddone—. Ahora, vamos a preparar a Rodrick y su novia.

Los italianos exuberantes se fueron, con las faldas de las mujeres susurrando sobre los azulejos de mármol rosa.

Ensordecida por el latido de su corazón, Grace miró a su esposo. Sus ojos apenas tuvieron tiempo de viajar desde su cabello, todavía atado en una cola, hasta su sonrisa, hasta el camisón de seda antes de que fuera arrancado de su cabeza y un Bronson desnudo se acercara a ella como un lince hambriento.

Sorprendida, se arrastró hacia atrás, alejándose de él, sin poder quitar los ojos de la evidencia de su excitación.

La sonrisa desapareció de su rostro. Se arrodilló frente a ella, con los brazos abiertos.

—¿Qué pasa, Grace? ¿No te gusta lo que ves? —preguntó.

Miró la cicatriz que serpenteaba a través de su pecho. Le recordó agudamente al desespero

que había conocido cuando creía que él estaba muerto.

Pero, ¿cómo decirle que nunca había visto a un hombre completamente desnudo? Agarró el cabezal y lo apretó contra su pecho.

Bronson frunció el ceño.

—¿Te lastimó Victor? ¿Es por eso que tienes miedo? —preguntó—. Sé que soy grande, pero...

Grace sacudió la cabeza vigorosamente.

—Nunca he visto a un hombre desnudo —dijo—. Victor no me encontró agradable.

Los ojos de Bronson se abrieron de par en par.

—¿Nunca viste a tu esposo desnudo? —preguntó—. Por el amor a la bondad, Grace, si lo hubiera sabido, no me habría desnudado tan rápido. No quise asustarte. ¿Qué quieres decir con que no te encontró agradable? ¿Estaba enfadado?

A pesar de sus mejores esfuerzos, una lágrima rodó por su mejilla, y luego otra. Las palabras murieron en su garganta constreñida.

La verdad golpeó a Bronson como un rayo. Se sentó sobre sus talones y con cuidado le quitó el cabezal de los brazos, sosteniéndolo sobre sus muslos. Había asumido que Grace era una mujer con experiencia en relaciones íntimas. Si lo hubiera sabido, habría mostrado más finura.

—Mírame, Grace —dijo—. ¿Estás tratando de decir que tu primer esposo nunca hizo el amor contigo?

Sacudió la cabeza, todavía negándose a mirarlo.

—¿Me estás diciendo que todavía eres virgen? —preguntó.

En los segundos silenciosos antes de que respondiera, la confusión reinaba en su corazón. Que su nueva esposa pudiera ser una doncella lo alegraba, pero significaría un tipo de hacer el amor completamente diferente al que había tenido en mente.

—Sí —susurró—. Lo siento.

—¿Lo siento? —repitió Bronson—. Soy yo quien debería disculparse. Desde que nos conocimos, he estado obsesionado con recuerdos de mis matrimonios pasados, y nunca he pensado en lo que podrías haber sufrido. Después de enredarme con Godefroy, debería haber deducido qué tipo de hombre era su padre. Perdóname. Nunca quiero que te lastimen de ninguna manera, Grace. Te amo.

Dejó de jugar con los lazos de su camión.

—Te amo, Bronson —dijo—, pero mi matrimonio con Victor fue un fracaso desastroso. No sé cómo complacer a un hombre.

—Gracias —dijo Bronson—. Será mi gran honor enseñarte.

Grace había sentido a menudo la excitación de Bronson presionada contra ella, y durante su enfermedad, cuando había yacido desnudo bajo las sábanas, había tenido ideas perversas de acunarlo en sus manos, de sentir el peso, el calor.

Sin embargo, ninguna de sus imaginaciones sobre su parte masculina se acercaba a la realidad de la orgullosa lanza que sobresalía de su nido de rizos castaños.

Ella apretó sus músculos internos, llena de un repentino e inexplicable deseo de tener la carne dura introducida en su cuerpo febril, sabiendo instintivamente que nada más calmaría la necesidad palpitante que latía dentro de ella. Anhelaba ser una mujer.

Bronson tomó sus manos.

—Te gusta lo que ves —dijo.

Ella lamió sus labios, arrastrando sus ojos hacia los de él. Su sonrisa juguetona la hizo sentir mareada.

—Sí —ronroneó—, asombrada por la sensualidad en su voz.

Se inclinó hacia ella.

—Entonces déjame ayudarte a quitarte tu hermoso camisón.

Ella se levantó sobre sus rodillas, levantó sus brazos y arqueó su espalda, queriendo que Bronson viera sus senos y sin embargo nerviosa y tímida.

Él le quitó el camisón y la miró fijamente.

—Eres exquisita —dijo con voz ronca—. Cualquier hombre que te encuentre poco atractiva no está interesado en las mujeres.

Un atisbo de comprensión se filtró en su cerebro nublado por el deseo.

¡Por supuesto! El odioso mayordomo.

Los lazos de la culpa se desvanecieron. Sin pensarlo dos veces, ella alcanzó el miembro de Bronson, trazando un dedo desde la base hasta la punta hinchada.

Él levantó su barbilla, estirando los músculos de su cuello, y gruñó.

—Créeme, Grace, tu toque es más que agradable.

La besó entonces, haciendo girar su lengua alrededor y alrededor del interior de sus labios, succionando su lengua en su boca, suavemente, seductoramente. A ella le encantó.

Corrió sus manos sobre la parte superior de sus hombros, luego cubrió los lados de sus senos, empujándolos juntos. Cuando rozó sus pulgares sobre sus pezones, ella tuvo que romper el beso, jadeando por aire, consumida por el fuego del deseo que se construía en su vientre inferior.

Se inclinó ligeramente hacia atrás para mirarla, todavía acariciando los pezones endurecidos.

—Hermoso —susurró—. Quiero chuparlos.

Sus ojos se bloquearon durante un momento. Su anhelo porque él pusiera su boca en ella debió haber sido evidente. Su sonrisa envió criaturas aladas revoloteando en su vientre. Inclinó la cabeza y mamó, tirando fuerte del pezón. Ella entretejió los dedos de una mano en su cabello y cubrió su seno más cerca de su boca con la otra. Su existencia de repente tenía sentido. Era para este hombre que había nacido. Ronroneó su contento. La espera había valido la pena.

* * *

La suavidad de la piel de Grace, su olor, su sabor, todo sobre ella embriagaba a Bronson. Enrolló su lengua alrededor del pezón rígido y luego se movió al otro seno, saboreando sus ronroneos. Nunca había sido un hombre que tomara su placer y dejara a sus esposas deseando. Estaba consumido por la necesidad de llevar a Grace al éxtasis. Sin embargo, si no se calmaba, derramaría su semilla como un joven inexperto con su primera caída.

Se alejó de ella y apoyó un pie en el suelo.

—Voltéate —susurró—. Sobre tu barriga.

Ella frunció el ceño momentáneamente, luego hizo lo que él le pidió, con un brazo colgando sobre el borde de la cama. Le descubrió la nuca y la besó allí, una vez, dos veces. Ella se encogió de hombros, riendo en las sábanas.

—Me haces cosquillas.

Trasladó un dedo por su espalda, pero sus ojos estaban en su trasero. En su cintura extendió sus manos y acarició sus caderas.

Caderas para dar a luz.

Amasó sus mejillas, separándolas con sus pulgares, y la respiración se le cortó en la

garganta al primer avistamiento de su perfecto rosetón rosa.

Su miembro se estremeció cuando ella gimió. Envió sus pulgares más profundos, abriéndola más a su mirada, acariciando sus labios externos, esperando no ir demasiado rápido.

Ella empujó hacia afuera su trasero cuando él abrió sus piernas más anchas. Tomándolo como un buen augurio, deslizó un dedo dentro. Estaba lista.

Ella corrió sus dedos que colgaban por el lado de su pierna y luego agarró su tobillo, chillando con sorpresa cuando él agarró sus caderas, la volteó y plantó su boca firmemente en el lugar íntimo que tenía que probar.

Se regocijó en el toque de sus dedos en su cabello, el profundo anhelo en su voz cuando susurró su nombre, los gemidos de placer.

Saboreó el sabor y el olor de su excitación. Su piel estaba cubierta de sudor, su hendidura estaba caliente y húmeda. Agarró sus caderas temblorosas mientras ella clavaba sus talones en el colchón. Lamió y chupó y lamió de nuevo el botón endurecido de su excitación, más rápido y más rápido hasta que ella gritó en voz alta, con sus palabras estranguladas por el éxtasis sin aliento, pero él entendió, y eso lo humilló.

Nunca antes una mujer había encendido su placer a tal grado. Tenía que estar dentro de ella. Apretó su boca sobre la de ella, posicionó su miembro en su abertura y se sumergió, respirando por ella cuando se detuvo.

Sus músculos internos pulsaban sobre su carne rígida y pronto se unió a ella en una caída eufórica en el abismo, bombeando su esencia en su cuerpo, decidido a darle un hijo.

CEGADA POR LA LUZ

Rodrick y Swan estaban uno al lado del otro en la cama, solo las puntas de sus dedos se tocaban, con la ropa de cama hasta el cuello. Esperaba que su novia se contuviera hasta que los frangipanes salieran de la habitación, pero cuando la puerta tallada con adornos se cerró, lo tomó por sorpresa.

En un abrir y cerrar de ojos, ella estaba fuera de la cama, y fuera del camisón. La maravillosa prenda voló por el aire como la paloma liberada del Arca.

Si el toque de sus puntas de los dedos había despertado el interés de su eje, la vista de sus senos maduros y cuerpo perfecto enviaba deseo a través de él como una manada de jabalí en celo.

—Quiero ver tu cuerpo, Rodrick — se burló ella, frustrando sus intentos de hacer que sus manos torpes agarren la tela de su larga camisa de dormir desde debajo de él. Por fin, se lo quitó de encima de la cabeza y lo tiró en la misma dirección general que ella había tirado.

—Atrevida — gritó, lanzándose hacia ella mientras saltaba de la cama y retrocedía alejándose de él, haciéndole señas.

Cuando la atrapó minutos después, ambos se reían a carcajadas. La atrapó en sus brazos, sintiendo sus pechos levantarse y caer contra su pecho mientras ella intentaba recuperar el aliento.

—Puedo sentir tus pezones — dijo sensualmente, mirando hacia abajo el atractivo escote presionado contra él. —Déjame verlos.

Ella empujó su cabeza hacia atrás. Sus pezones lo miraron.

—Amo tus pechos — gruñó. Le lamió el largo cuello y luego se inclinó para amamantar, tirando la carne rígida en su boca.

Casa.

Ella amasó sus dedos en sus hombros.

—He deseado que hicieras esto — dijo gruñendo.

Le quitó la boca del pezón lo suficiente para gruñir su acuerdo y sonreírle, luego se fue al otro pezón.

Un temblor se apoderó de su cuerpo.

—Tienes frío — dijo, levantando la mano.

—Estoy ardiendo — contestó ella, sacudiendo la cabeza, pero él la llevó a la cama de todos modos y la puso sobre su espalda.

Ella extendió sus piernas y lo miró seductoramente a través de párpados medio cerrados.

—Lámeme allí otra vez.

No necesitaba que se lo pidieran dos veces. Arrodillado entre sus piernas dobladas, él enroscó sus brazos alrededor de sus muslos y enterró su cara en sus jugos, saboreando su olor, su sabor, su calor.

Una imagen de su primer encuentro se levantó detrás de sus ojos, Suannoch FitzRam en hábito de monja, calentando su espalda frente al fuego. Tenía ganas de reírse a carcajadas. ¿Quién habría pensado lo que había debajo de ese hábito?

Pronto, él sumergiría su desenfundada polla en el calor húmedo de su vaina. Tenía un deseo de golpear su pecho y dar salida a la masculinidad salvaje que le surcaba en las venas.

Pero Swan había resultado ser más que una hermosa mujer que lo excitaba más allá de toda medida. ¡Era inteligente, valiente y le quería!

Levantó la vista de su tarea.

—Te amo, mi Swan — rugió desde el centro de su ser.

Abrió sus labios cuando sus ojos se volvieron hacia atrás. Ella se puso a gritar su nombre una y otra vez.

* * *

Swan dejó de respirar, dispuesta a esperar para permanecer quieta y así las sensaciones intensamente placenteras que pulsaban por su cuerpo continuarían. Aunque una sola vela proyectaba su escaso resplandor en la cámara, la luz del sol brillaba detrás de sus ojos.

Un pensamiento de que debería haber más irrumpió.

—Necesito...

Pero Rodrick conocía sus necesidades. Su miembro masculino penetró en su cuerpo, aumentando la euforia mientras se empujaba dentro y fuera, dentro y fuera.

—Te amo, Rodrick — tartamudeó mientras se apoderaba de su cuerpo y su alma, llenándola de alegría y amor.

Pensar que no me gustaba cuando nos conocimos.

* * *

Después de haber bombeado la última gota de su esencia en Swan, Rodrick se desplomó sobre ella, cegado por la luz de la experiencia sexual más intensa que había tenido. Poseer a Swan había superado las expectativas, y habían sido considerables.

Estaba quieto, dispuesto a que su polla blanda permaneciera en el calor de su vaina recién rota el mayor tiempo posible.

Ella estaba jadeando tan fuerte como él. Quizás era demasiado pesado, pero no quería moverse, no tenía la fuerza para moverse.

Gradualmente, su feliz eje se enrolló en el pegajoso calor de su apertura. Intentó convocar sus brazos para levantar su peso.

—No te muevas — murmuró.

Pero una pequeña voz en su cabeza le urgía a buscar la evidencia de su conquista en las sábanas.

—Vendrán temprano por las sábanas — dijo, lleno de satisfacción al ver la sangre en su tarso y en la ropa de cama.

—¿Sábanas? — dijo con voz ronca, levantando los codos.

La vista de sus senos maduros, los pezones todavía duros que se burlaban provocativamente, despertaron un renovado interés en sus bolas.

—Querrán izar las sábanas ensangrentadas por el asta de la bandera.

Cubrió un bostezo con la parte de atrás de su mano.

—Necesitarán dos postes.

Miró las sábanas otra vez.

—¿Dos?

Se desplomó de nuevo en el colchón.

—Dos matrimonios, dos noches de bodas, dos juegos de sábanas.

Rodrick frunció el ceño. Evidentemente, su primera experiencia íntima había robado la inteligencia de su esposa.

—No. No entiendes el significado. Son las sábanas ensangrentadas. Para probar que la novia era..."

Se levantó de nuevo sobre sus codos y lo miró con esos grandes ojos ámbar, y la verdad le golpeó tan fuerte como Titus le había dado un puñetazo en la nariz.

—¿Grace?

Ella no dijo nada. La ira se le metió en la garganta.

—Te refieres a Victor, Grace, su matrimonio..."

Se puso de pie, lleno de furia por el tormento de su hermana que había fracasado miserablemente en adivinar, y de alegría por Bronson. Se pasó una mano por el pelo.

—Si Víctor no estuviera muerto, yo mismo lo mataría. ¿Te dijo ella eso?

—No, pero he sospechado por un tiempo. Cosas que dijo, y una renuencia a aventurarse en temas que jóvenes mujeres que están a punto de casarse suelen discutir. Ella evadió mis preguntas curiosas.

Su orgullo masculino se reafirmó. Se recostó, recogiendo su cálido cuerpo en sus brazos.

—¿Y he respondido a las preguntas a tu satisfacción?

Ella suspiró profundamente, acurrucándose en él, tirando de la sábana superior sobre ellos.

—Estoy más que satisfecha. Pero tengo la sensación de que todavía hay mucho por aprender.

Ella lo agarró con la mano.

—Por ejemplo, Grace no diría si las mujeres pueden poner sus bocas en un hombre. — Se replegó para mirarlo, con un destello malvado en sus ojos. —¡Oh! ¡Se hizo más grande!

—Tendremos que cambiar tu nombre, milady Swan, — gruñó. — Zorra Atrevida es más apropiado.

EPÍLOGO

Abril de 1155AD, Ellesmere, Salop, Inglaterra

—El bebé en mi vientre parece decidido a hacerme estar indispuesta esta mañana — se lamentó Swan. —Sin embargo, estoy igualmente decidida a no vomitar sobre nuestro nuevo rey.

De pie junto a ella en el patio mientras esperaban ansiosamente la cabalgata del rey Enrique, Grace le dio una palmada tranquilizadora.

—Estarás bien.

— Es fácil para ti decirlo — replicó Swan. —No te han molestado las náuseas matutinas. Es injusto.

Rodrick tendió su brazo alrededor de su hombro.

—Apóyate en mí. Te sentirás mejor.

Ella esnifó, lamentándolo instantáneamente cuando la bilis se le subió por la garganta.

—Díselo a tu hijo.

Bronson se rio.

—Te ves pálida, querida hermana, mientras que mi novia es la imagen de la salud.

Ella sacó su lengua, pero en su corazón estaba feliz por él. Sus dos esposas habían luchado con el embarazo, mientras que Grace había florecido. Era un buen presagio para el nacimiento de su hijo. Se le había oído expresar una intuición de que estaba embarazada de gemelos. Swan no se sorprendería ya que Grace era una gemela y el padre de Swan y Bronson tenía una hermana gemela, su tía Blythe en Sajonia.

Por la insistente invitación de sus joviales anfitriones en Italia, se habían quedado en Roma hasta finales de febrero. Les había dado la oportunidad de descansar, recuperarse y pasar tiempo juntos antes de emprender el largo viaje a casa. A Swan le gustaba Italia y se habría quedado más tiempo, pero el rey Enrique necesitaba jóvenes nobles leales como Rodrick y Bronson en Inglaterra.

En el camino, Swan había sido la que se encontraba indispuesta por las mañanas. Ella había comenzado a dudar de que Grace estuviera embarazada.

Para que su mente se distraiga de su vientre, ella pensó en los casi dos años desde su primera visita a Ellesmere. Había llegado en un estado de desesperación, enojada con un sistema social que la había condenado a vivir en un convento. Ahora, ella era la condesa de un poderoso condado en un reino con renovada esperanza de paz, casada con un hombre que adoraba y cuyo hijo llevaba.

Agradeció al Señor y a todos los santos que ella y su querido hermano hubieran encontrado la felicidad, a pesar de los mejores esfuerzos de la Iglesia por censurar su amor.

Cerró los ojos, riendo al imaginarse a Bronson persiguiendo a las gemelas pelirrojas por los terrenos de Shelfhoc.

En efecto, muchas cosas habían resultado diferentes de lo que había esperado. Pero tenía razón en una cosa: Enrique Plantagenet era el rey de Inglaterra.

FIN

El episodio final de El Legado Montbryce se titula FINAL. Presenta a Barr de Montbryce, el hijo y heredero del Conde Alexandre (Riesgo).

Barr no esperaba pasar la Navidad intentando frustrar un asesinato. Encuentra una aliada inesperada en la hermana del supuesto asesino. A veces, el amor se puede encontrar en lugares inesperados.

Si te perdiste los libros anteriores de la serie sobre la familia Montbryce, puedes ponerte al día con los Volúmenes 1-4 en una colección a un precio especial.

La serie lleva al lector desde el año 1066 d.C., el año de la conquista normanda, hasta un evento catastrófico en 1170 d.C. durante el reinado de Enrique II. Cada historia puede leerse de forma independiente, pero una vez que conozcas a los Montbryce, querrás leer toda la saga.

También he escrito tres libros sobre los ancestros vikingos de la familia Montbryce: **VIKINGOS AUDACES**, **VIKINGOS DESAFIANTES** y **VIKINGOS TRAICIONADOS**.

Ya te has dado cuenta de que los FitzRam juegan un papel fundamental en la historia de la familia. **REDENCIÓN** es la historia del patriarca FitzRam, Caedmon, y las historias de amor de sus tres hijos se encuentran en una serie titulada La dinastía de la familia FitzRam (La cautiva del caballero negro, El dulce aguijón del amor, La princesa vikinga salvaje).

Espero que llegues a amar a estos personajes tanto como yo. ¡Me considero un miembro honorario del clan Montbryce!

SOBRE ANNA

Poniéndonos Íntimos Con La Historia

Gracias por leer PROHIBIDO. Si deseas dejar una reseña en el sitio donde compraste el libro y/o en Goodreads, te lo agradecería mucho. Las reseñas contribuyen en gran medida al éxito de un autor.

Me encantaría que visitaras mi sitio web y mi página de Facebook, Novelas de Anna Markland.

Sígueme en Twitter @annamarkland, únete a mi Pinterest, o inscríbete en mi boletín.

Sígueme en BookBub y sé el primero en enterarte cuando se publique mi próximo libro.

Nací y me eduqué en Inglaterra, pero he vivido la mayor parte de mi vida en Canadá. Fui maestra de escuela primaria durante 25 años, un trabajo que amaba.

Después trabajé junto a mi esposo en la gestión de sus negocios. ¡Él es un empresario nato y le gusta presumir que nunca ha tenido un trabajo!

Mi último "trabajo" fue como Directora de Administración de una organización global de ayuda en casos de desastre.

Luego decidí embarcarme en la escritura de una novela romántica, algo que siempre quise hacer. Elegí el período medieval porque es mi favorito para leer.

Tengo un gran interés en la genealogía. Este hobby ha tenido una enorme influencia en mis historias. Mis novelas medievales son relatos sobre honor familiar, ascendencia y raíces. Como genealogista aficionada, atesoraba el sueño de rastrear mis propias raíces inglesas hasta la Conquista Normanda, lo cual probablemente era imposible, ¡ya que no descendiendo de la nobleza! Así que inventé una familia y mis historias siguen a sus miembros a lo largo de varias generaciones.

Soy una firme creyente en el amor a primera vista. Mis héroes y heroínas pueden inicialmente negar la atracción entre ellos, pero eventualmente la química se impone. Quiero que los lectores se alegren cuando el poder del amor supere cada obstáculo y los amantes encuentren a su alma gemela. Para mí, las novelas son una experiencia de otro mundo y tiempo. Me pierdo en las vidas de los personajes, sabiendo siempre que triunfarán al final y encontrarán el amor. Una de las cosas que más disfruto al escribir romances históricos es la investigación profunda necesaria para proporcionar a los lectores una experiencia auténtica de la Edad Media. Me encanta descubrir datos históricos curiosos e incorporarlos en mis historias.

Escapa conmigo a donde comenzó el romance y ponte íntimo con la historia.

Espero que llegues a conocer y amar a mis personajes tanto como yo.

Me gustaría reconocer la ayuda de mis compañeros del grupo de crítica, Reggi Alder, Jacquie Biggar, LizAnn Carson, y Sylvie Grayson, y las valiosas contribuciones de la lectora beta extraordinaria, Maria McIntyre.